

LOS DISCURSOS PELIGROSOS EDITORIAL

Factoría no-económica de herramientas críticas

(www.pedrogarciaolivoliteratura.com)

ofrece



DESESPERAR

Pedro García Olivo

Libro editado en soporte papel por

Iralka Editorial
Colección Rara Avis
2003, Donostia

ISBN: 84-89806-23-3

Índice

1. Ventana rota
2. Superficies desiertas
3. Pretensión suya
4. Esa loca mentirosa que llamamos “corazón”
5. El hombre de la gallina muerta en la entropierna
6. No servir ni para perder el tiempo
7. Un cuarto cerrado
8. Pocilga literaria
9. Enrollaba los billetes meticulosamente y los introducía en botes de conserva que luego esparcía por la cambra, donde la humedad, el polvo y las alimañas se encargaban de echarlos a perder
10. Tan sucia poquita cosa
11. Escribir envilece, degrada, inmoraliza
12. La fuerza
13. Navíos sin destino
14. No morir más de una vez
15. Tierras casi inhóspitas
16. Pequeños ataúdes con ventanas
17. Que no esperen nada de nosotros
18. Error de piedad
19. El ser con menos sustancia viva
20. Protocolo
21. Hacer un culo
22. Existencia residual
23. Tiempos que vivimos sombríamente
24. Intelectualmente contrahecho
25. Gallinas muertas en el cerebro
26. Propiedad
27. Desesperar no es triste
28. Bajeza de las ideas
29. Propinar una paliza al Guardia Civil
30. Se lo llevará la tierra
31. El hombre debería extinguirse
32. *Los otros* son la policía
33. Que usaban las velas de los conventos para sus placeres solitarios
34. Mi patio de mierdas secas
35. Espejo de mi desorden
36. Acto sin metáfora
37. Se quieren las alas rotas, cortadas; se quiere la celda, echado el candado
38. Infamia del amor
39. Abominar de la posesión
40. Morir o hacer otra cosa
41. Practicante, pero no creyente
42. Pequeño viaje de dolor que nuestra hipocresía denomina “viaje de placer”
43. Aunque se diga la verdad, esa verdad tiene atadas las manos
44. Siempre que puede, no mata
45. Ética inmunda del *trabajo bien hecho*

46. Odiando la Modernidad
47. Hombre de un futuro que no conocerá la especie humana
48. Dejó de ser interpretable
49. Marginalidad
50. Ocio raquíptico
51. Yo, campesino
52. Insumisión
53. Cínico perruno
54. Punto de egoísmo
55. Servir de sustento a los buitres
56. No sé si azoto
57. Universidad fanteche
58. El erizo de la sed de tempestad
59. Salariedependencia
60. A salvo de la cultura impresa
61. Escritura podrida de esperanza
62. Pagar por el simple uso de un orificio
63. Su isla deshabitada es la montaña
64. Se volverá a gozar y se volverá a sufrir. Nada más
65. Decir que yo era uno de los medios de que disponía la literatura para deshacerse, arma con la que podría suicidarse
66. La Razón no es popular
67. Gran odiador
68. Mórbida esperanza
69. Seguiré robando, y no ejerciendo...
70. ¿Desesperar de la lucha?
71. Sornando
72. El sabor de las heces
73. Demasiadas moscas, en ese rincón del patio
74. Defender tan sólo el cuerpo
75. Animal feliz
76. El burdel de los empleos
77. Por fin haber hallado el camino hacia no sabría decir dónde
78. Bajarle los humos a la literatura
79. El representante de la casa de piensos compuestos
80. Desenmascaramiento silencioso
81. El día de Navidad
82. Estar muy cerca de la violencia
83. No seré casi nada
84. El trabajo embrutece
85. El fantasma de la identidad
86. Cargar de cultura el arma de nuestra vanidad
87. Miseria de la "Vida Intensa"
88. El trasto de la Desesperación
89. Oprobio de toda fe
90. Encadenarse a la lucha lo mismo que a una rendición perpetua

1.
Ventana Rota

Primera página: extraño que, ocultándonos su nombre, qué importa quién sea, nos entrega ya la magia de una mirada, ventana empañada de su espíritu. Por los ojos de su primera página asoma a menudo el alma de una novela. Desalmada, mi narración ofrece, no obstante, una mirada vuelta hacia adentro, inexpresiva como las pupilas de vidrio de un oso de peluche. ¡Ojos de esta primera página, que no miran al lector porque lo detestan y que van a ser escrutados sin embargo por su enemigo en busca de alguna miseria, pequeño rodal de mugre, yo os arrancaría a punta de navaja incapaz de zaherir a aquél que pretende haceros hablar a punta de servidumbre y tedio!

Hay por lo menos un hombre que encañona mi escrito municionado de hastío, esclavo también obediente cuando lee. *Aquí tienes una mirada perdida, ventana rota que da a algún vacío.*

2.

Superficies Desiertas

Estoy desesperado. Hasta el punto de iniciar de un modo tan huidizo un texto sobre la desesperación. *“La desesperación es sencilla. Es la ausencia de toda engañifa -el estado de las superficies desiertas y, puedo imaginármelo, del sol.”* Muy cerca de Georges Bataille, pero inmune a su poética del desierto, sostengo la simplicidad radical del desesperar: haber dejado de aguardar... Dejar de esperar, y nada más.

3.

Pretensión Suya

Si sigue así, mañana mismo la abandono. Que se quede con el niño, ya puestos; pero que no me agreda más. Debería haber desistido de corregirme. No tolero que se incursione por mi campo privado de libertad... Nada me hace más daño que esa pretensión suya de sujetarme, de transformarme...

Esa Loca Mentirosa Que Llamamos “Corazón”

Antes pensaba que una novela -una novela mía, por lo menos- debía partir siempre de una cuestión trascendente. Y que le incumbía desarrollarla de un modo riguroso. Carecía de importancia el final. Ahora observo que mis trabajos, en verdad, comienzan de cualquier modo y concluyen cuando quieren. De la trascendencia les queda sólo un regusto, un toque de empalago. Así que han dejado de valer la pena.

Que se quede, ella, con la casa, con la furgoneta, con los millones... Que se quede con el bebé. Que se quede, incluso, con el hatajo de cabras. Y que lo ponga en venta. A mí me basta con las latas de paté de oferta que envejecen en la despensa, y un poco de camino por delante... Como cuando era joven y no sabía -no podía- vivir estúpidamente: *camino y picadura de hígado de cerdo*. A veces, también, alguna docena de huevos duros y cuatro o cinco botellas de vino barato. Lo primero que se acababa era el vino...

Siempre que en mi vida he roto con un modo de existencia, me he desatado asimismo de la mujer que en él me recluía. Es decir, me rompía yo por completo, desde la economía hasta la sensualidad y pasando por esa loca mentirosa que llamamos “corazón”.

El Hombre De La Gallina Muerta En La Entrepiera

Hay aquí un hombre con una gallina muerta en la bragadura que rompió con todos los modos concebibles de existencia al amarrarse voluntariamente a un solo quehacer. Encadenándolo de por vida a una sola tarea, fue su libertad la que le llevó a no esperar nada de las demás ocupaciones. Un hombre que rompió con todas las mujeres al no perseguir la carne de ninguna. Puesto que tenía un mulo, y no quería llegar muy lejos, dio la espalda a las satisfacciones viajeras del progreso, clavándose en esta tierra como la raíz de un espino. Aferrándose cada mañana a su silla de montar, para ir donde siempre como si fuera la primera vez y hacer lo de todos los días con el temple explorador de un aventurero, diríase que este hombre habita alguna oscura región de un tiempo que, sin ser presente, tiene aún menos de pasado que de inviable futuro.

¡Claro que está desesperado! Desesperado como el desierto, como el sol, como sus ovejas y mis cabras; pero de un modo distinto al de la mayoría de los profesores que conocí mientras ejercí de charlatán a sueldo, sobornado y perpetuo. *Desesperado como los que se hartaron de luchar, y como quien ya sólo lucha por instinto; desesperado como la lucha contemporánea, como los condenados a muerte y un buen número de condenados a vivir...* Dejó de esperar, desesperó.

6.

No Servir Ni Para Perder El Tiempo

Cuando concebí este trabajo, se me representó como una cala respetuosa en un mundo reo de la marginalidad, objeto del más olvidadizo desconocimiento. Sin idealizaciones. Sin prejuicios. A salvo de la exaltación romántica en igual medida que del despreciativo despotismo urbano. Mostrar lo que estas tierras y estas gentes conservan de dulzura y de veneno, todo lo que atesoran de magia y bondad lo mismo que de ramplonería y malevolencia, su equipaje de encanto y de terror. Pero, por algún motivo, quizás debido a la flaqueza de mi imaginación y a mi escasa capacidad observadora, las palabras terminaron apuntando hacia otro sitio. Al final, mi consustancial desesperación me salva siempre de esos proyectos tan racionales, tan analíticos. Y vuelvo a entregarme a un hablar de mí mismo que no debe interesar a casi nadie. De hecho, a mí no me interesa. No espero nada de esta obra. No es lícito anhelar algo de ella. Ni siquiera sirve para perder el tiempo.

7.

Un Cuarto Cerrado

Cuando el hombre de la gallina muerta en la entrepierna golpeó al Guardia Civil que le pedía de mala manera el carné de identidad, no esperaba, muy seguramente, ir a la cárcel. Cuando ingresó en presidio, desesperó al instante de salir de allí. Ahora que está fuera, ha comprendido que todos vivimos en una prisión, más grande o más pequeña. *Y dice que más vale no esperar nada de la vida, ya que es un cuarto cerrado.*

8.

Pocilga Literaria

No espero nada de la literatura -a ella tampoco le cabe esperar mucho de mí. Me considero inmune a toda esa engañifa de “la buena escritura”. La figura, clásica o moderna, del escritor de talento me parece odiosa (y, a la vez, cómica, con un deje de patetismo que forma casi parte de su gracia de bufón). Detesto el gran mundo corrompido de los autores de renombre casi tanto como el mundillo lastimero de los escritores en busca de prestigio. Me repele la idea de que pueda existir una crítica literaria que no mueva a risa y un mercado de la obra de arte que no atufe a pocilga.

Sin embargo, *no* escribo.

Enrollaba Los Billetes Meticulosamente Y Los Introducía En Botes De Conserva Que
Luego Esparcía Por La Cambra, Donde La Humedad, El Polvo Y Las Alimañas Se
Encargaban De Echarlos A Perder

He gastado veinte años en alimentar sin descanso un concepto “épico” de lo que mi vida estaba siendo y debía ser. La épica se halla indisociablemente unida a la esperanza: “la grandeza no es algo fortuito, debe ser deseada”, escribió un criminal. Como la desesperación se identifica con la ausencia de deseo (dejar de esperar es dejar de querer), situaba yo entonces mi vida en la antípoda exacta del punto en el que ahora me encuentro. Esperaba ser Hombre, Sujeto, mi propia Obra, Gesto intencionado, mentor de la Epopeya. Esperaba modelar mi vida como el escultor la roca, hacerme y deshacerme bajo la mirada despejada de mi libertad; esperaba llegar a alguna parte, conducirme insomne aunque también caprichoso; esperaba inventar una existencia propia, más mía que yo mismo, atrocamente diferente. Hallábame henchido de esperanza, rezumante de futuro, tocado de heroicidad. Y un día tropecé con el hombre de la gallina muerta en la bragadura...

Orgullosa, parecía brotar de la tierra misma, con el vigor y la majestad de una sabina. El sí que se me antojó, muy exactamente, “una fuerza de la naturaleza”. Fallaba menos que el sol, que las flores, que el invierno. Y no salía jamás de su única, e inmovible, ley de comportamiento: desde el alba hasta el anochecer guardar su hatajo de ovejas. Eso, y nada más. Eso, y para nada. Conducir ganado porque, habiendo nacido aquí, “era lo que esta tierra pedía”. Millonario, no trabajaba por dinero. Austerísimo, no cambiaba dinero por propiedad: enrollaba los billetes meticulosamente y los introducía en botes de conserva que luego esparcía por la cambra, donde la humedad, el polvo y las alimañas se encargaban de echarlos a perder. Señalado como el más rico de la aldea, su ya célebre habitáculo era no obstante el más humilde -con suelo de tierra, minúsculas ventanas sin cristales, chimenea antigua por toda cocina y cuadra a modo de cuarto de baño... Concebía exclusivamente como un lugar donde pasar la noche y resguardarse de los fríos. Más que en una casa -se comentaba maliciosamente-, vivía en un corral, al lado de los mulos y de los perros. Instaló en aquel refugio precario, como en un guiño de ojos al mundo moderno, un teléfono que no sabía usar y una lavadora que estropeó el día de su estreno. Nada más. Mantenía mil ovejas, lo que desde un punto de vista zootécnico resulta rigurosamente “imposible” para un hombre solo. Y, dejando aparte el enigma del pajarraco muerto, jamás había estado enfermo. No se descubría en su rostro la menor huella de desdicha, tedio o ansiedad. Plácido, tibiamente sonriente y acaso un tanto vigilante, sugería la imagen de un hombre a salvo de la amargura.

Tan Sucia Poquita Cosa

Había decidido escribir una novela a propósito de este hombre. Acerca, también, de otros seres desconcertantes que merodean por la aldea, diríase que escapados de la historia y de la racionalidad moderna. Pero la literatura es tan falsa, tan miope, tan lisa, tan sucia poquita cosa, que pronto desistí de empotrar a mi amigo en el tapial indecoroso de un relato de género... Por otra parte, casi lo mismo que reprocho a la labor literaria afecta a su vez a los modos de nuestro raciocinio: no sé muy bien qué es lo que nuestra rotosa y mezquina Razón tiene que discernir en un hombre como Basilio, pero descubra lo que descubra, maquine en su contra lo que maquine, jamás le hará justicia ni tampoco el menor daño. Lo convertirá en un esquema casi abstracto, en un prototipo desangelado, en el blanco enorme de media docena de etiquetas desgastadas y devoradoras, arrojadas como dardos y perdidas por el camino, y nada más... Intuyo, sin embargo, lo que Basilio hace cada día con esa ínfima y polvorienta Razón: enlatarla en sus oxidados botes de conserva, con sumo cuidado, y dispersarla por la cambra para que se ocupen de ella la humedad y los roedores.

Repelencia de escribir una novela, lo mismo que de obedecer. La escritura es obediencia. Qué bien entiendo ahora a Artaud, incapaz de escribir; y a Bataille, incapaz de razonar. Qué bien me entiendo, incapaz de obedecer. El gremio de los escritores tiende a sorprendernos con las más diversas fisonomías: rostros de amargura, de lucidez tópica, de cinismo facilón; rostros de niños grandes, y de viejos prematuros; rostros sesudos, rostros frívolos; rostros de enigma prediseñado por la industria de la imagen, y también de fabricación propia, poco menos que “casera”; rostros de enloquecida cordura y otros de locura razonable,... Pero nunca descubriréis, en ese círculo, una forma de mirar tan pura, limpia de interés y de deseo, unas facciones tan despejadas, grávidas de palpitante y desnuda quietud como nocturnos mares calmos, que sugieran sencillamente “libertad”. En ningún momento produce un escritor la impresión de autonomía, de ese bastarse a sí mismo y ser capaz de prescindir de nosotros que delata al verdadero hombre libre. Acaso porque la escritura fue un engendro del mercado, bastarda de la tiranía; o bien porque la auténtica libertad fructifica en el anonimato. Acaso porque todavía no conocemos lo que debe ser una escritura absorta en sí misma, pendiente sólo de sí misma. O, simplemente, tal vez porque el escribir envilece, degrada, inmoraliza.

12.
La Fuerza

Basilio llama “la fuerza” al conjunto mayor del ganado en torno al cual siempre gravitan, con variable dispersión, los pequeños hatajillos secesionistas. “La fuerza” se hace seguir, atrayendo fatalmente a todas esas nubecillas de ejemplares díscolos, revoltosos.

Viéndome un día sin mi compañera, el pastor me dijo algo que en un primer momento no entendí: “¿Dónde está *la fuerza*?”

Él no sigue a nadie, no ha pactado con nadie ni siquiera la provisionalidad de una ruta compartible... Basilio es *su propia fuerza*.

Seducida por el oro, la fuerza de los escritores sólo retrocede ante el látigo. Oro y látigo. Mercado y Opresión.

13.
Navíos Sin Destino

Hay otra cosa que me irrita de los escritores y, sobre todo, no soporto de mí mismo cuando escribo: el aire de suficiencia, la pose de sabiduría que acompaña a este ejercicio inútil del monólogo sobre el papel. Parece como si el hecho de que nadie pueda rebatirnos mientras escribimos engendre la ilusión de que nos hallamos realmente cerca de la Verdad, o de que nos distingue del común de las gentes cierta especie de talento, determinada agudeza de la mirada, alguna clase de brillo cuanto menos... Esa ilusión despliega a su vez las velas de los *navíos sin destino* de la egolatría, la presunción, el narcisismo. ¡Menudo tufo a vanagloria, el de cualquier escritor! ¡Cómo apesto!

Ya habituado a la maledicencia de sus vecinos, Basilio, que a nadie quiere denigrar, tampoco habla bien de sí mismo. Refiere sus asuntos como sin acento, tal si describiera un fenómeno climático o una cualidad evidente de sus ovejas.

No Morir Más De Una Vez

No nos ha sido dado “renacer”, en ninguna acepción de la palabra. Podemos sin embargo morir mil veces, en un determinado sentido: morir con cada mundo que dejamos atrás, abandonado como cuadro del que huyen los colores. Perekí como científico, más tarde como profesor-funcionario, luego aún como escritor vocacional, por último como fugitivo. Soy, no obstante, el resto que cada una de esas identidades ha dejado en mi espíritu, el poso de tantas muertes, y algo nuevo, de la última hora: un hombre desesperado. *Habituarse a morir de esa manera, buscando en cada mediodía la prueba de que se acerca la noche, conduce a la desesperación, pero por la vía más larga.* Las gentes de esta aldea no necesitaron ser y dejar de ser tantas cosas, deslucir tantos cuadros, herir de ansia aventurera el corazón vigoroso de la mañana, para aprender a no-esperar...

Joaquín, otro hombre rico que viste andrajos, septuagenario saludable, consciente de que podría vivir el resto de sus días en la ociosidad y en la opulencia, en el disfrute y hasta en el derroche, continúa a pesar de todo sacando cada mañana su hatajo de ovejas, como siempre hizo. No quiere morir en tanto pastor. Afincando su existencia en un mediodía perpetuo, preservará hasta el final el cuadro colorista que lo representa con su ganado. De la vida no sabría decir lo muy poco que espera, detestador del consumo y del reposo. Su cotidiana pelea ya no tiene razón de ser: se esfuerza para nada. Solo, sin descendencia ni casi familia, faena para nadie. Pero sigue ahí. Trabaja por desesperación. No pudiendo renacer, tampoco morirá más de una vez... Lo mismo Basilio, desconocedor de lo nocturno, amante de una escena en la que nada se mueve y de la que escapar es superfluo. Igual Carla, mujer de pastor, tildada de bruja.

15.
Tierras Casi Inhóspitas

Debo escribir por atavismo, ya que no creo en la literatura. Lo más importante de estos últimos años, en lo tocante a mi espíritu: ya no necesito preservar ante el espejo (no sé si mío o de todo el mundo; igual da si roto, empañado o deformante) una imagen de mi vida digna y sin mácula. No me es preciso estar orgulloso de lo que hago. Ya no me empeño en mantener un buen concepto de mis obras. Desesperé.

Mi desesperación no provino de la experiencia de la derrota -nunca me sentí vencido. Nada tiene que ver con la amargura: ¡soy tan feliz! El modo mío de haber dejado de esperar se forjó en estas tierras casi inhóspitas, enemigas de lo abstracto y de lo ilusorio; se fraguó con el descubrimiento conmocionante de extraños seres marginales y ante la turbadora lección de la muy inteligente vida animal.

Pequeños Ataúdes Con Ventanas

Tampoco mi vivienda puede recibir, sin sombra de duda, el título de “casa”. Se trata, más bien, de una guarida. Mi cubil. Como la de Carla, o la de Basilio. Un lugar para dormir y protegerse del frío. Las gentes de esta aldea llaman “casa” a toda la zona: “llueve en casa”, “se está bien en casa”,... Cada arroyo bullicioso y cada valle sosegado, lo mismo cada heladora umbría que cada peña bañada de soles débiles, cada gruta intransitable como cada vasta dehesa centenaria... forman parte de “su” casa. Conociendo el terreno palmo a palmo, viven en este refugio del poblado y sus alrededores. Casa común, compartida, inalienable, ella sí que merece el cuidado y el respeto, mucho más que los pequeños ataúdes con ventanas que el hombre de la ciudad llama “pisos” o esas otras viviendas de propiedad privada que se denominan “hogares” acaso porque, a fuego lento, no es poco lo que en su interior se consume. En la *Casa* de mis vecinos, de Basilio y ya también mía, con su techo estrellado y sus paredes de horizonte, cabe casi toda la muchedumbre de una ciudad; y cada vez son más los urbanos que vienen a hollar por fin sin prisas los pasillos de sus sendas, a acomodarse y retozar -liberados por un día- en la salita verde de su bosque. Nosotros, sin embargo, las gentes de aquí, no entramos a gusto, como si nuestro espíritu no cupiera, en las artificiosas y desencantadas casas particulares de los hombres modernos.

Que No Esperen Nada De Nosotros

Hay dos móviles de existencia que deberían llenar de vergüenza al hombre que los reconociera como propios: el afán de riqueza y la sed de fama. Fortuna y reputación. Una vez superado el umbral de supervivencia, ¿para qué sirve el dinero? Quizá tan solo para mostrarlo a los demás. Y cuando nuestro entorno más cercano ya nos reconoce por un nombre, nos identifica perfectamente y nos señala sin temor a error, ¿para qué queremos que ese apelativo se infle, diga en favor nuestro más de lo que al actuar ya sugerimos, resuene en cada admirada cabeza, se reduplicate de eco en eco y, vagando por geografías distantes y diversas, alcance auditorios amplísimos? Quizá tan solo para mostrarnos a los demás. Pero, ¿qué falta nos hacen los otros, qué género de íntima flaqueza nos empuja a solicitar sin descanso el mosconeo incordiante de los demás? Y si, por alguna nefanda razón, no podemos prescindir ya del público, ¿justifica esa vil dependencia la agobiante necesidad de construirnos pensando casi exclusivamente en sus ojos? ¿Tanto esperamos aún de los otros? Quienes no corremos tras el dinero, ni nos dejamos seducir por la idea vulgar del prestigio, atándonos a móviles diferentes -o, tal vez, ya a ninguno-, anhelamos que tampoco los demás esperen nada de nosotros.

18.
Error De Piedad

Cuando, como turista, visitaba años atrás una aldea perdida, y veía el vestir humildísimo de sus gentes, me apiadaba de ellas y de su aparente pobreza. Hoy, en esta aldea, vistiendo aún peor que sus viejos moradores, con algún millón que otro en la libreta de ahorros, como casi todos ellos, me apiado del turista y de su no menos aparente riqueza.

¿Existe ser más desalmado, enemigo de su propia carne, ser más sin entrañas, trozo de hueso, que el hombrecillo fatuo y aspaentoso denominado “intelectual”? Casi todas las idealizaciones, apologéticas o descalificadoras, de la figura del aldeano proceden de este mundo hueco de los intelectuales. La percepción dominante del campesino, del pastor, del hombre de la sierra, se ha fraguado en la ciudad -es un fenómeno urbano-, y siempre ha tendido a anegar en el tópico, en el esquema despreciativo (o en la sublimación romántica, que fundamenta otra especie de falsía), toda la complejidad existencial arrostrada por los habitantes marginales de las aldeas y de las montañas. Estos personajes, a poco que se examinen sin prejuicios, colgado del perchero de la risa el uniforme interior de científico, plantean a la sensibilidad moderna problemas de orden no sólo moral, sino también filosófico -por no decir “metafísico”. ¿Cómo se atreve a hablar de ellos el ser con menos sustancia viva, el ser más vacío, más huérfano de experiencia y hasta de realidad, que cabe concebir: el intelectual, espantajo de biblioteca?

Lo que queda en mí de profesor, de investigador, de estudioso, una mugre de imbécil a sueldo carcomido de erudición y charlatanería, entorpece definitivamente mi comprensión de estas gentes; pero esa otra parte de mí mismo, campesina maltratada, ese rescoldo de hijo de hombre llano -progenitor a salvo de la letra, nómada de los oficios, amante de las labores y de los animales, afortunadamente deseducado-, aún me permite aferrar pequeñísimos jirones de lo concreto.

20.
Protocolo

Antes de comentar escenas aquí extrañamente cotidianas, antes de verter juicios sobre unos personajes de tan abrumadora singularidad, habría que clarificar esta cuestión: ¿desde qué protocolo de análisis?, ¿a partir de qué criterio de racionalidad nos sería lícito, en este cierre de siglo, construir un discurso sobre mundos tan opuestos a esos otros que nos han forjado? Desfalleciente la Razón, ¿aún se le podría encargar un trabajo para el que nunca fue concebida? ¿Y cómo se escribe *fuera del círculo de la Ratio*?

¿Cómo puedo escribir yo, sobre un asunto así, si no pertenezco a esta realidad, en nada me fio ya del análisis sujeto a la Razón y, sobre todo, odio la escritura? Tengo la impresión, sin embargo, de que el tipo de operación que despliego en este libro no requiere una respuesta precisa a tales cuestiones. Se instala en la contradicción y en la impotencia. Me niego, empero, a recoger escenas mudas, lo mismo que rechazo toda tentativa de interpretación unitaria, racional. Con los medios de que dispongo, y mis enormes limitaciones, ni siquiera hago lo que puedo: hago lo que se me ocurre.

21.
Hacer Un Culo

Carla, para quien la existencia de las brujas es tan indiscutible como la de Dios Padre, pinta y repinta sus habitaciones de azul, a fin de ahuyentar a los malos espíritus. Crió a Petra con leche de cabra, acostumbrándola a mamar por sí misma del animal, sus labios contra la ubre. Su hijo Maximino les hace culos a los corderos que nacen sin esfínter, operación que los Servicios Veterinarios consideran impracticable. Consigue salvarlos. Ernesto no come nada que no haya cocinado personalmente, y cuyos ingredientes no provengan de sus huertos o de su pequeña granja. Salud de hierro. Rigurosamente fiel a sus innumerables invencibles manías. Cuando la zorra empieza a merodear hambrienta por las eras, Basilio duerme al raso, con sus gallinas, y aunque llueva. No obstante, suele perderlas. Dirige el ganado como un director de orquesta a los músicos: desde un lugar elevado, sin moverse, con solo gritarles. Dicen que habla con los animales... En su zurrón, junto al vino y al avío, lleva siempre cerca de un millón de pesetas, por si le conviniera cerrar algún trato en plena sierra. Joaquín se cura las heridas con el mismo producto que usa para desinfectar sus corrales: “zotar”...

Así, en bruto, destellante su crudeza, estas escenas no sugieren nada distinto de los tópicos en que solemos anegar a los personajes que las protagonizan. Pero hay otras rendijas desde las que se ofrecen a una mirada menos vagarosa; se puede modificar la perspectiva, abrir el ángulo; cabe aún interrogarlas desplazando aviesamente los acentos.

24.
Existencia Residual

Releo la inicial “primera página” de este escrito, que pronto por fortuna desestimé:

“Si te fijas bien -porque para eso están los ojos: para fijarse, ¿no?-, verás que lleva una gallina muerta entre las piernas. Tú fijate, fijate bien en la bragueta. ¡Virgen María Purísima, qué bulto le hace ahí el pantalón! ¡Menudo gallinote muerto!

Mientras me habla, Ernesto frunce el ceño. Adereza sus palabras con un gesto característico: una expresión de asco afectado de desconfianza que sugiere como briznas de misterio en un desierto de desaprobación, diría que hecha de distante y oscura repelencia; una forma de torcer el entrecejo y de achinar los ojos que siempre se enseñoa de su rostro cuando habla de los embutidos que no son caseros, de las comidas de los restaurantes, de los alimentos precocinados de las tiendas, de las carnes congeladas, de las recomendaciones de los veterinarios, de las costumbres de las mujeres de las ciudades... Y de la *gallina muerta* de Miguelón, apodado “Basilio”.

Conversábamos frívolamente acerca de las afecciones, buscando respuesta a un interrogante de circunstancias: ¿por qué mi compañera y yo arrastrábamos intermitentes dolencias y visitábamos con asiduidad al médico, mientras Basilio -que se sepa- jamás en su vida había contraído una enfermedad? Vivía, este hombre, en unas condiciones casi insultantes para la sensibilidad moderna: sin cuarto de baño en la choza, ni cocina propiamente dicha, sin agua caliente, con dos bombillas por toda luz, suelo de tierra, chimenea antigua, animales a derecha e izquierda, un par de mulos como medio de transporte, atuendo mínimo y añoso, hedores salvajes, un teléfono que no sabía usar y una lavadora que estropeó el día de su estreno como concesiones únicas a la técnica... Ausencia de cuidados, olvido de la higiene, ruinoso infravivienda... y una salud inquebrantable. Practicante de una autosuficiencia casi absoluta, Basilio detestaba comprar en las tiendas. Consumía carne de oveja, huevos de sus gallinas, fiambres de los cerdos que él mismo sacrificaba,... No entendía la utilidad del frigorífico: conservaba los alimentos al fresco. Siempre con un buen pedazo de cielo sobre su cabeza, regresaba a la cabaña de madrugada, montando uno de sus “machos”, después de pasturar el ganado todo el día. Y encaminábase a los corrales aún de madrugada, a esa hora en que el alba lentísima se despereza. Estuvo en la cárcel por responder con una paliza al Guardia Civil que, faltándole al respeto, le reclamó en son de burla el carné de identidad. No lo tenía, por supuesto. Un bastonazo en los morros del policía fue su forma de identificarse. Dormía a menudo en el gallinero, defendiendo la vida de sus aves, conocedor de la astucia de la zorra y de la voracidad del gato montés. Millonario, con cuentas en varios bancos, guardaba la mayor parte del dinero en casa -en los botes de conserva y entre las pieles de los corderos desollados, en los zapatos rotos y en los viejos calcetines de lana arrumbados por la cambra... Junto a la barra de pan y a la bota de vino, un fajo descomunal de billetes inflaba de un modo muy peculiar, como el mondongo de una borrega cebada, su mochila de piel de cabra. Y es que no quería que le faltase capital para adquirir cualquier hatajillo de ovejas que, saliéndole al paso por la sierra, se hallara casualmente en venta...”

Felizmente, pronto comprendí que un texto semejante, contando muy poco para la literatura (como todo lo que yo escribo), ni siquiera valía para mí: apenas me incitaba a continuar componiendo. Cosido al tópico, no hablaba tanto de esta existencia residual de montaña como de las *curiosidades* que los visitantes urbanos sueñan en los

“primitivos” de las aldeas recónditas a fin de saciar su vana sed de diferencia amable, su apetito de exotismo doméstico -un muy vergonzante, y a la vez timorato, coleccionismo antropológico... Sin protocolo propiamente dicho de reflexión, sin asidero sólido para mi escritura, rectificué no obstante e inicié este trabajo como quien se interna por una senda desconocida: incapaz de predecir la orientación de las páginas siguientes.

Tiempos Que Vivimos Sombríamente

Me había propuesto, alcanzado este punto, llevar a cabo una reflexión sobre el valor de la presente escritura en los tiempos que vivimos sombríamente. Pero mejor lo dejo para vosotros. La cuestión del valor permanece demasiado unida a la de la esperanza. No me interesa. “Confieso que no tengo el concepto del valor de mis obras”, escribió Pessoa. Por mi parte, “todo lo que he hecho a lo largo de mi vida ha sido perfectamente inútil; no espero otra cosa de mi escritura”. Hay quienes escriben para la mayoría; otros, para unos pocos; algunos, para ellos mismos. Yo *no* escribo. Lo que sea esto, no vale ni para importunar al silencio. A mí no me sirve; tampoco a vosotros.

Intelectualmente Contrahecho

Me reconozco intelectualmente contrahecho. Como disgregado por una pasión crítica que jamás definió su norte. Odiador de todo sistema de pensamiento, detesto también la brillantez vacía que suele presentarse como su antítesis. Ajeno a la idea misma de alternativa, destruyo para nada. *Es la mía una crítica que ha perdido la confianza en su sujeto.* No descansaría a gusto con una doctrina deslumbradora enquistada día y noche en el cerebro, ni siquiera con un manojito de teorías mínimamente coherente que defender a cada paso -la hoz de una ideología certera abriéndose camino por los sembrados de la ignorancia. De ahí que sea muy fácil no tomarme en serio. A veces digo que no creo en mis palabras, pero es como si dijera que hablamos para engañarnos. En fin, debo ser un signo de los tiempos: un hombre que no sabe cómo se piensa. Y que sostiene, sin embargo, que tampoco vosotros sabéis si es cierta la representación bufa que nuestra cultura organiza en torno al pensamiento...

Gallinas Muertas En El Cerebro

Sobre la gallina muerta que tan tremendo bulto produce en el pantalón de Basilio, se cruzan varias teorías: para unos, Jacinta La del Bar entre ellos, se trata de una hernia, con un montón de tripas asomando. “Algún día, se le saldrá todo el mondongo...” Para otros, la gallina muerta es un testículo, terriblemente inflamado a causa de unas maltesas con complicaciones. “Se curaba las fiebres con buenos vasos de leche, seguro que de la misma cabra enferma”. Ernesto piensa que, en realidad, esconde ahí el fajo del dinero, a buen recaudo... En mi opinión, es la versión del propio Basilio, no obstante, la que debe hallarse más cerca de la verdad: “guardo aquí, de nacimiento, una gallina muerta”. Gallinas muertas en el cerebro las llevan, con toda probabilidad, la mayor parte de los profesores; y, en el corazón, casi la totalidad de los empresarios. Huevos de gallinas muertas se me antojan, hoy por hoy, todos los sacerdotes, todos los policías, todos los políticos y todos los escritores.

26.
Propiedad

Siento por la propiedad el mismo respeto que por lo privado: ninguno. *No me considero dueño ni de esta mano que escribe obedeciendo a no sé quién.*

Se trata, simplemente, de vivir una vida. No hay para tanto. La esperanza supone de por sí un punto de referencia sobreterrenal, una especie de universo imaginario que rebasa siempre el lado puramente biológico del hombre. Aparte de la sed y del hambre, aparte del apetito sexual y de la procreación tal vez, aparte de un resguardarse del frío y evitar el calor extremo, aparte de la autodefensa, aparte, en suma, de todo cuanto obedece a la *carne* en el ser humano, incumbencias irrestañables del cuerpo, están el Proyecto y la Esperanza, la esperanza puesta en el término del proyecto, la ilusión, lo de Más Allá, la engañifa. Yo quiero no tiritar a menudo de frío, no padecer un calor de incendio, algo para echarme a la boca cuando el hambre apriete, formas de mujer en que soltar mis miembros, quiero poder calmar la sed a mi manera, quiero defenderme hasta el punto de no tolerar jamás a un tirano que me exija obediencia o a un patrón que se cebe a mi costa. Y nada más.

Sostengo que el trabajo para otro y la sumisión política son profundamente hostiles, peor que extraños, al hombre como tal.

No anhele ser rico, ni conocido; no pretendo salvar a nadie, mucho menos a la Humanidad (¿qué es la Humanidad, si no una suma de animales?); no deseo aportar nada a ese infierno hiperreal de la Ciencia, o a este lupanar artificioso de la Cultura; no sueño con vivir siempre, ni aquí ni en otro mundo; no procuro ayudar al prójimo - ¿cómo, si apenas puedo ayudarme a mí mismo? Desesperé.

Desesperar no es lo más fácil, en absoluto. El trabajo alienado y la sujeción política nos mantienen atados a la esperanza. Sin ella, ayuno de engañifa, el obrero-ciudadano se hunde en la locura, arraiga en la angustia o emprende el camino de vuelta de la autodestrucción. Desesperar constituye, por tanto, un privilegio. Entraña sacrificar al empleado agradecido y al votante crédulo en que la siniestra organización de nuestra sociedad consigue convertirnos. Desesperó Basilio, que estuvo siempre en lo suyo, trabajando sólo para él, y no creyó en más gobierno que en ése que ejercía sobre sus ovejas. Desesperé yo, que dejé la docencia como abandonando una casa en llamas y cerré con toda caución mis oídos a la cháchara democrática. Aquí no hay dolor. Desesperar no es triste.

Las ideologías siempre me han merecido demasiadas insuperables reservas: en primer lugar, son pensamientos de otro, o de otros. No me atañen; extraños a mí, queden donde están. En segundo, encaminan, diría que a empetones, hacia un determinado tipo de acción gregaria -clarividencia de un cerebro superior, coraje en las voces de unos cuantos subalternos que dirigen fanatizados, corros de hombres asintiendo como en misa... “Para moverme, no necesito que nadie me empuje”, escribió el mejor de nuestros antipredicadores. Finalmente, como he descubierto ahora, los sistemas ideológicos dependen sin excepción de la esperanza para ganarse partidarios y subsistir en tanto engaños compartidas. Fundados en la esperanza, hablan a hombres esperanzados. Si nos atuviésemos exclusivamente a lo terrenal, ninguna idea se vería capacitada para durar más de un día y conquistar a más de un adepto.

Sobran las doctrinas, alforjas harto pesadas para viajes que jamás habrán de hacerse -o que, en todo caso, se harían mejor sin lastre. No cabe ya buscar el lugar del corazón, vieja chiflada, mentirosa incorregible, en el fondo del pecho. Palpita hoy en alguna inaccesible región de la mente: *si pensamos, no sabría explicar cómo ni para qué, lo hacemos con el corazón*. Y el corazón reniega de toda idea que acuse la antigüedad de una hora, de toda consigna que arrastre visiblemente la firma de un *otro*. Sede de lo primario, de lo instintivo, este alquimista enloquecido de los afectos y de la reflexión resulta tan individual como las huellas dactilares. Pero menos registrable.

Propinar Una Paliza Al Guardia Civil

A lo largo de su vida, Basilio sólo ha tenido una relación con las fuerzas que inventan, reproducen y sostienen el Orden. Fue el día en que propinó una paliza al agente burlón. Descubrió entonces lo que cabía *esperar* del Estado. En adelante, desconfiaría cerrilmente de toda idea alentada por las instituciones de la sociedad civil, de todo pensamiento vertido por sus funcionarios, escurrido por sus canales. Sin televisión, sin radio, casi sin saber leer y sin practicar a menudo el trato social, regresó al territorio de su libertad desesperada.

Alto y fornido, a Basilio se le reconoce desde lejos por su andar renqueante y su extraña manera de mover los brazos. Se le quebró una pierna, por dos sitios, al caer por un barranco, y se la “reparó” él mismo. Lo que funcionaba para sus corderos no tenía por qué no servir para él... Renqueó en adelante, pero sus piernas siguieron llevándole a donde quería -y llegaba más lejos que ningún otro. ¿Cómo confiar en un médico que no es capaz de apañarse sus propias quebraduras? El día en que le nació un burro sin culo tampoco recurrió al veterinario: Maximino se lo hizo. En otra ocasión, en la que jugaba a toparse con su macho cabrío, despeñóse por unas riscas quebrándose el brazo izquierdo. También se lo arregló por su cuenta, aunque le quedó para siempre un muy peculiar modo de bracear. Lo que induce a este hombre a valerse por sí mismo no es tanto una autosuficiencia real (Basilio renquea) como su agudo escepticismo: ¿se puede creer de verdad en el valor de la medicina moderna? A mi amigo no lo matará la Ciencia -ni siquiera la médica, dosificadora de venenos. No morirá a manos del Progreso. Lo mismo que lo trajo, a Basilio se lo llevará *la tierra*.

El Hombre Debería Extinguirse

Como, en último término, la esperanza deviene asunto de fe, para desesperar es necesario dejar de creer. Mi descreimiento es tan radical que no tengo fe ni siquiera en mí mismo... Desconfiando de toda palabra humana, jamás me ha convencido ni una sola de las líneas que escribo. Hablamos para administrar el engaño. La comunicación ya no es precisa para la existencia. Todo lo que me hace falta saber de los demás se resume en una frase: “¿qué quieren ahora de mí?” Y todo lo que estoy dispuesto a darles cabe en una sola palabra: “nada”. La sociedad se las puede arreglar sin mí, como yo sin ella. A fin de cuentas, de todas las especies animales la humana es la que menos me interesa. Sé de ella lo fundamental: peligrosa, destructiva, sanguinaria, sería para el planeta una suerte su desaparición... *Mi ecologismo es absoluto: por el bien de la vida en la Tierra, el hombre debería extinguirse.*

Siempre que estos pasos míos perdidos, no se sabe por qué senda, me han llevado a la zaga de una persona, las circunstancias del encuentro situábanme en la posición de Basilio: el otro-guardia me reclamaba de mala manera mis señas de identidad. Y si ese “otro” era una mujer, a menudo acababa yo, maniatado mi omnívoro deseo, entre las rejas de su erotismo. La seducción era mi torpe forma de pretender agredirla, el modo en que caía en su trampa involuntaria. Su presencia, la de ese Estado polizante que nos confina de dos en dos bajo un mismo techo conyugal de represión infinita.

Que Usaban Las Velas De Los Conventos Para Sus Placeres Solitarios

Incluso la sexualidad se manifiesta de modo más puro, más sincero, cuando se prescinde de las palabras: cuerpos en celo, nada que decir. Todos los discursos que rodean el acto sexual de la especie humana tienen por objeto hundir la relación en un légame de mentiras. Me es indiferente que esos discursos procedan de la religión o de la retórica (no menos falsa) del amor espiritual. Hay quien sostiene que Basilio se *desahoga* con una oveja. La guarda en casa y la cuida especialmente. De ser cierto, por mi parte nada que objetar: cuerpos en celo.

Cuando era pequeño usaba el cilindro de cartón duro en torno al cual se enrolla el papel higiénico para masturbarme. Una vez sorprendí a mi padre haciéndose una paja, de pie ante la bañera... “Claro, así no cae al suelo” -pensé. Más tarde, yo mismo lo imitaba, pero ante el lavabo, instalación más recogida. Rompiendo ya a la adolescencia (sexualidad comprimida, una selva en el deseo) no pude evitar experimentar no sé qué morbosa erección ante una niña, con muy poca ropa, que me pusieron en los brazos. Me atormenté después, terriblemente, hasta el punto de forzarme cada noche a releer la Biblia. Pero no hasta el extremo de confesar mi pecado: “Los curas deben tenerla a ratos muy tiesa -me decía-, sobre todo cuando una mujer joven se arrodilla frente a ellos, los pechos a un palmo de sus labios, la boca en primer plano, quién sabe si dispuesta a describir, en esa oscura intimidad del confesionario, lo salvaje de una copulación”. “Fíjate, ayer con las piernas abiertas, derritiéndose de placer, toda hendiduras, tragándose a un hombre; y hoy aquí, la misma, arrodilladita, conmigo, sus agujeros en calma, o puede que no, los mismos, tan cerca de mí..., y no me ve. Hablándole a un macho... ¿Adivinará en mi silencio que la sufro hembra?... Ayer jadeando y hoy aquí, la misma... Me cuenta que se dejó tomar, que se deja, se deja... Por todas sus hendiduras...” Ya por aquel entonces, me hallaba persuadido de que las monjas se servían de las velas de los conventos para sus placeres solitarios. Penes de cera, siempre delante de los ojos... Bien mirado, cada cual se desahoga con lo que puede: el rollo de papel higiénico, una mujer enjaulada, los cirios del convento, una oveja...

Mi Patio De Mierdas Secas

Rememoro hoy otra vivencia de la infancia que me emparenta espiritualmente con los tipos como Basilio. En la casa de mis padres no había inodoro propiamente dicho, y el pozo ciego que hacía sus veces se encontraba embozado nadie recuerda desde cuándo. Los excrementos flotaban a ras del orificio, y el olor se expandía libremente por toda la vivienda. Si uno estaba enfermo, todavía podía usar el váter inmundado, cuidando de no salpicarse con las urgencias de la evacuación. Pero si se hallaba sano, tenía que salir al patio, lo mismo en verano que en invierno, de día o de noche, y defecar donde eligiese. Medio desmoronados los muros, entre sus piedras se esparcían, insalvables y testimoniales, agrupamientos de zurullos más o menos blandos, con sus orlas de moscas verdes, rechonchas y ruidosas, y un espolvoreo de minúsculos mosquitos atarantados. Éramos muchos en casa... Para mí suponía casi una aventura salir al patio y buscar el lugar idóneo donde acuclillarme y desocupar. Rincones limpios, claros de heces, quedaban pocos, pedregosos y de difícil acceso, lo que nos obligaba a husmear por todas partes hasta acomodarnos en las parcelas transitables donde las mierdas ya se hubieran secado. La faena se hacía allí con mayor decoro, a salvo del mosquerío y del hedor extremo, aunque era inevitable regresar a casa con los zapatos enfangados.

Tengo la impresión de que Basilio debe experimentar sensaciones muy parecidas a las que me embargaban en aquel patio en ruinas cuando, todavía saboreando los postres, se dirige cada noche al cuchitril del mulo y busca dónde defecar sin pisar las deposiciones de las jornadas precedentes.

Las mierdas secas molestaban poco, y ya apenas olían. Por eso las estimábamos... Se diría que la enfermedad respetó un habitáculo tan insalubre, consintiendo que nos criáramos robustos y alegres -al igual que tampoco asedia la choza miserable del pastor, que acostumbra a cenar codo a codo con su perro, en la misma vasija donde después los gatos repelarán las sobras. Mucho habría que observar acerca de la obsesión higienista que domina hoy a las poblaciones...

Desde que el aseo personal sirve de base a un negocio, y conforme el hombre se aleja fatalmente de sus sustrato orgánico, las cosas más sencillas de este mundo tienden a convertirse en abstrusos ceremoniales. ¡Qué imagen más desalentadora, la de esos rebaños de mujeres revueltas contra su propia e individual olor corporal y apestando (todas) a una misma pócima francesa, hecha según parece con orín de gato como fijador y unas cuantas hierbas de laboratorio! ¡Y quién tuviera la fuerza de un Diógenes el Perro, hombre-hombre, dicen que cínico, dándose goce en el ágora! Reivindico hoy el corral de Basilio, donde se acumula el futuro abono de sus campos; y mi patio lleno de mierdas secas, en el que cagar era divertido y además se hacía al aire libre.

Aunque sea al precio de la incompreensión, el hombre desesperado, en tanto animal humano, restituye la franqueza elemental con las necesidades de su cuerpo. Sin sublimarlas, las satisface con la máxima economía de medios. *No ama: jode.*

Espejo De Mi Desorden

Reparo ahora en que este trabajo, escrito a trompicones, caprichosamente, aparece sin proponérselo como un espejo de mi propio desorden interior. Espejo de cuanto he hecho con mi vida, de cuanto aún haré... La ausencia de norma, de modelo, de proyecto; la falta de rigor aparente, el caos de los móviles; la denostación de todo Plan, de cualquier Finalidad, del menor Sentido; todo ello identifica en lo profundo a mi espíritu con esta obra -cabría sostener, por tanto, que de algún modo me refleja. No obstante, lo que sugiere de manera precisa, intencionada, es el carácter, *la índole propia y distintiva (tal y como la sueña mi imaginación) de una existencia y acaso una práctica intelectual no-esperanzadas, ajenas a la trascendencia de la esperanza.*

Acto Sin Metáfora

La angustia de no saber qué escribir a continuación, como la de no prever qué ocurrirá el día de mañana, se disipa sola, sombra que borra la tormenta, diría que por un arrebató de este cerebro mío descentrado; y nada en el párrafo que acabo de redactar resultaba (al menos para mí) previsible en la secuencia de textos que lo antecedía. Por eso, en mi caso la escritura no evoca lo organizable de un periplo, una estancia en tierra extraña, esa administración de lo levemente inesperado en que se cifra el placer frío y desvaído del viajar. La concibo, mejor, como acto sin metáfora. En realidad, la escritura, para la que no hallo imagen, deviene muy nítidamente como alegoría (única) de mi vida. *La escritura de mi existencia.*

Se Quieren Las Alas Rotas, Cortadas; Se Quiere La Celda, Echado el Candado

No me iré. Seguiré con ella, cuidando de nuestro hijo, hasta que el tiempo, si no la muerte, nos desgarre. Nos parta en dos. O en tres... Hasta que un porvenir convulso, inimaginable hoy, separándonos brutalmente, nos devuelva a la indefensión de vivir en uno mismo. Acaso dulce dolorosa inútil indefensión... Si no espero nada de la pareja, tampoco lo espero de la soledad. Por otro lado, aunque ella lo pretenda, no logrará *corregirme*: ningún ser detenta, ni en lo más remoto, ese poder sobre mí...

Cuando un hombre se deja influir por otro, es en realidad su voluntad -el habla de sus deseos- la que ha decidido sucumbir al influjo. Quiere esa servidumbre. Se somete libremente. Si yo cambio, no lo hago por las personas que tengo a mi alrededor: más bien, me procuré ese determinado círculo de allegados y conocidos para impulsarme a cambiar. Las mujeres no atan a los hombres; a fin de no volar, los hombres se cortan las alas con el estilete de sus mujeres. Temiendo sentirse libres, las mujeres buscan la mano cruel, diligente, de sus compañeros para echar el candado de la celda que, en secreto y de un modo inconfesable, ansían. Anhelando la seguridad de la prisión, amamos al carcelero. Se quieren las alas rotas, cortadas; se quiere la celda, echado el candado. El *otro* nada puede si ese deseo de no volar, deseo de renunciar a la libertad fugitiva, no ha hecho ya mella en la supuesta víctima de la dominación.

Así que seguiré aquí, con ella, viendo de qué torpe manera intenta en vano transformarme; o notando cómo en parte me reforma, pacientemente, día tras día, cuando, sin que lo sepa, ése es de momento mi deseo, nula mi resistencia. Para continuar siendo el mismo, y endurecerme ante las tentativas homogeneizadoras del exterior, o para ser otro, mudar la piel y acaso el corazón, ella constituirá mi instrumento. No me pegaré a su sombra. Pero tampoco huiré. No la espantaré. Como una sirvienta que obedece por propio interés, que come sobras y roba de la cartera del amo, aún le cabe andar a mi paso, arrastrando a su hijo...

Basilio, capaz de la independencia, desistió de gastar energías en hacerse acompañar. Correr tras el celo de las hembras está muy bien para sus perros, pero no tanto para él. Como los avatares de su existencia no le adosaron ninguna mujer, siguió adelante a solas, tan feliz como siempre, igual de desdichado. No buscó instintivamente esposa, al modo de sus convecinos. Hubo mujeres que sabían dónde estaba; si no lucharon por apropiárselo, si no se le clavaron en las carnes como ladillas, ni ellas se perdieron nada importante, ni tampoco se lo perdió él. Se distanció así del hábito más común. Miró a otro lado. Habiéndose apartado del camino, de ése y de todos los otros, jamás pondría su pie en la huella dejada por nadie... De los demás, nunca esperó nada.

Hasta tal punto está fundida la mítica del amor con el narcótico de la esperanza, que no se podría abdicar de ésta sin desengañarse de aquél. Frente a lo volátil del deseo, el amor establece imaginarias cláusulas de continuidad, fundando su pretensión de “duración” en la esperanza de las contrapartidas ofrecidas por el *otro* -comunicación, apoyo, defensa, compañía,... La ilusión de las contrapartidas sustenta a su vez la esperanza de la felicidad futura, garante de la solidez del vínculo. Se enmascara así el penoso parasitismo de la relación, la debilidad intrínseca de los dos sujetos, incapaces de enfrentarse solos al existir, la soga de ahorcar la independencia con que uno se amarra a otro en el interior de la prisión conyugal, la certeza del tedio venidero, lo infinito de la renuncia que se impone al cuerpo y la devastación despiadada de todo el ancho campo del deseo. En aras de una esperanza vana, el hombre se tortura...

Cuando se corrió el rumor de que accedería a la aldea un camión repleto de mujeres latinoamericanas, saldo de hembras casaderas dispuestas a convivir con los pastores mozos viejos (casi todos) a cambio de un poco de dinero y de la nacionalidad, Basilio planteó enseguida la cuestión capital: “¿Y qué nos darían por ellas los de Veguillas, si las traspasáramos después del estreno?”. Y, en otra ocasión, me espetó: “Yo no digo que las mujeres sean malas; digo que es malo lo que hacen con los hombres. Cuando se juntan dos, uno tiene que ser *la fuerza*. Y, por lo que se ha visto en este rento, si es el hombre *la fuerza*, malo para los dos; y, si lo es la mujer, malo para el hombre”.

¿Qué queda de un hombre sojuzgado por una mujer? ¿Qué queda de un hombre que sojuzga a una mujer? ¿Qué queda de un hombre y una mujer convencidos de que en la pareja no tiene por qué haber sojuzgamiento? Queda, en los tres casos, la estupidez; y, sólo en el último, la estupidez esperanzada -miopía del bondadoso.

Ya habréis captado la contradicción: ¿cómo yo, con una mujer a mi lado y a la que no voy a abandonar, que páginas atrás me he considerado libre a pesar de su presencia, puedo escribir esto...? Pues bien, puedo. Porque todavía me contradigo, estoy intelectualmente vivo. Vivo.

Acabo de engañaros: no hay contradicción. Y cabe la posibilidad de que, no sé cuándo, haya defenestrado intelectualmente. No hay contradicción porque me reconozco sojuzgador, estupidísimo sojuzgador de una mujer. Estúpido, pero sin esperanza. O, a lo mejor, también me enredo ahora en la maraña de una Ilusión, ciego de orgullo; y, en realidad, ella me domina, me tiraniza, mueve los hilos de mi voluntad con una mano invisible y que mata... En todo caso, soy estúpido y estoy felizmente desesperado.

Una última cuestión: ¿qué tenéis en contra de la estupidez? Yo, nada. Porque ella está a mi lado, me atrevo a prescindir de los caritativos rollos de papel higiénico. Desde que está a mi lado, no hay patio de mierdas secas. Porque me acompaña, me resulta más fácil la existencia. Y yo, pequeño, cobarde, incapaz de la soledad, reprimido, mutilado, torturado, yo estúpido, yo prisionero, enfermo, parásito-parasitado, yo incomprensible, puedo, de este modo, escribir.

Hablando tan mal de mí, hablo peor de la escritura. Basilio, que no escribe en parte porque no sabe leer, nunca habla mal de sí mismo. Ni peor de nada.

Creo que he escrito una página memorable. La recordaré todavía un par de minutos.

¿Todo esto para subrayar lo infamante del amor? ¿Es que nunca podré tocar un tema sin tratar de todos los demás al mismo tiempo? Escribir es sencillo; pero, ¿cómo se

piensa? *¿Lograré alguna vez sujetar la meditación, aferrarla como a la mujer que amo y desconozco? ¿El pensamiento es mujer? ¿Infamia de la reflexión?*

Abominar De La Posesión

El placer de la posesión es engañoso: como goce particularmente efímero, inmotivado pestañear de la voluntad, se consume rápidamente, una vez adquirido el objeto, y acrecienta entonces sin remedio un placer de orden superior, que aparece como su exacto reverso –el deleite de la dejación. Apenas conseguida una cosa, nos asalta el deseo de renunciar voluntariamente a ella, el anhelo de perderla, de lograr que no sea nuestra. Así hacemos doble, amplificamos, nuestra victoria sobre el objeto: representa tan poco para nosotros, a pesar de los trabajos a que nos abocó, que nos desprendemos de él deliberadamente. Conquistado, dejó de interesarnos. Yo, que disfruté aprobando una difícil oposición al cuerpo de profesores de bachillerato, me divertí todavía más renunciando a mi flamante condición de funcionario. Para resarcirme del sacrificio, en tiempo y energías, que me exigió la obtención del doctorado, jamás hice uso del título. Lo que ahorrraba en tres años, lo gastaba en un mes -y me hundía en la miseria. Las mujeres que se sentían atraídas por mí, no me excitaban; y las que me ofrecían resistencia pero al final cedían a mis propósitos, en ese instante se ganaban mi aborrecimiento. Los libros que se rendían a mi inteligencia, en muy escasa medida me influían; mientras que aquellos otros, de acusado hermetismo o simplemente confusos, que se burlaban de mis capacidades de comprensión, dejaban honda huella en mi espíritu. Abandoné, en fin, todo cuanto poseí: amigos, artilugios, títulos, trabajos, posibilidades. Harto de cuestionarlo todo sin esfuerzo, empecé a criticarme a mí mismo. Cuando me cansé de destruir lo que me rodeaba, comencé a devastarme metódicamente. El placer de la dejación me dominaba hasta el extremo de que luchaba por las cosas sólo para después desembarazarme de ellas. Ilustra así la venganza del propietario: consciente del oprobio del “querer tener”, del desgaste de sí mismo que le ha supuesto acumular bienes superfluos, se enorgullece como un necio del “poder tirar”...

Hay, sin embargo, un tercer placer, de orden insuperable, que consiste en abominar de la posesión. Dando por supuesto que cualquier cosa que deseemos acabará cayendo en nuestras manos si la perseguimos con suficiente empeño, nos complacemos en desistir de correr tras ella. Ya que todo está a mi alcance, si bien a un determinado alto precio, no quiero nada. Sabiendo exactamente qué camino debía tomar para aspirar a una plaza en la Universidad, me empeciné en avanzar por la vía opuesta. Concedor de la escritura que se lleva hoy, practico otra. Vivo en una choza, cuando podría vivir en un chalet de lujo. Uso siempre ropa de segunda mano, aunque muy poco me costaría ir a menudo de estreno. Renuncio absolutamente al consumo porque no tengo motivos para privarme de lo accesorio. Disponiendo de capital, no me interesa lo que la fortuna proporciona. Este tercer deleite, a través del cual el rico se venga del dinero mismo, como el poderoso del surtidor de su fortaleza, distingue al hombre desesperado: desconcertando a todo observador superficial, no espera nada de aquello que atesora (inteligencia, habilidades de seducción, medios económicos,...). Basilio no hará nunca nada con sus millones, como yo tampoco explotaré la capacidad de escribir que en secreto retengo. Su trabajo, y mi esfuerzo, arraigan en lo gratuito –ajenos al menor fin, carecen de sentido. Con nuestras tareas llenamos el hueco del tiempo, sin pretender fecundarlo de propósitos. Como una planta que florece para nada, nosotros existimos apenas para la sepultura. De nuestro paso por la tierra sólo se hará cargo el gusano. En la antípoda de esta determinación de nuestro carácter, fuente de un placer inconmensurable, se halla el bajuno anhelo de propiedades.

Una tardecica de Febrero, por culpa de la gallina muerta, Basilio estuvo a punto de perecer. Ante este hecho, se multiplican de nuevo las interpretaciones: para unos, habiendo realizado un esfuerzo imprudente, se le agrandó en consecuencia la hernia, por lo que el desventurado, sin poder hacer frente a la infección, perdió el conocimiento de tanto dolor; para otros, dióse por casualidad un golpe terrible en el testículo inflamado, quedando momentáneamente sin sentido; por último, según la sospecha de Ernesto, teoría que muy pocos comparten, alguien avisado de las costumbres del pastor le propinó una paliza tremenda y le robó el fajo de los billetes... Sea como fuere, lo cierto es que un camionero de Alobras divisó en medio de la nieve, cerca de la cuneta, el cuerpo yacente de Basilio, más rígido que la virtud, descomunal como la noche que se cernía y sangrando a borbotones lo mismo que una bestia herida. Cambiando de dirección, trasladó al accidentado a Teruel, donde fue socorrido por los Servicios de Urgencias e inmediatamente hospitalizado. Examinando con frialdad el asunto, estimo más convincente la versión del propio pastor: “No es que la gallina esté muerta del todo; a veces, se me remueve”.

Al camionero le impresionó sin medida el proceder de Basilio. Recuperando el conocimiento en el trayecto, saludó educadamente a su salvador y guardó silencio. “Le daba igual lo que hiciera con él...” -cuenta el chófer. “Le pregunté si lo llevaba a Urgencias, y respondió con toda tranquilidad: ‘Haga usted lo que tenga a bien’. Insistí en si prefería que lo acercara a la aldea, y me contestó casi como antes: ‘Lo que usted convenga’. Enfadado, paré el camión; y le dije que, o se decidía, o lo dejaba allí mismo. Y él hizo ademán de bajarse. Entonces arranqué y me dirigí a Teruel. Se aguantaba con las dos manos el bajo vientre, por donde sangraba sin cesar...”.

Comentando la peripecia con mi amigo, me confesó “no se más partidario de reparar el carro que de vender los machos”. “Vi que podía morir, y no me pareció mal; luego vi que aún podía salvarme, y tampoco me pareció mal. Así que esperé a que pasara esto o aquello, sin esforzarme en nada”. En el día de hoy como en el de ayer, igual que en el día de mañana, a Basilio le da lo mismo morir que hacer cualquier otra cosa. No sólo no teme a la muerte: le es indiferente que llegue antes o después. “Uno empieza a morir ya en las entrañas de su madre. Como todos tenemos que ir a parar a la muerte, de poco sirve acortar el paso. *Me hace compañía saber que no viviré siempre*”.

Estamos ante una de las más desgarradoras implicaciones del carácter desesperado: desacralizada la vida, la muerte se percibe también en su justa proporción. Nada que ensalzar en la primera, nada que denigrar en la segunda. *Vida y muerte aparecen como las dos caras de una misma moneda devaluada: lanzada al aire de la existencia cada día, puede caer por uno u otro de sus lados*. Y, en todo caso, nada hay en ello de extraordinario. El hombre está vivo como lo están las ratas, las hormigas que sucumben bajo la suela de nuestros zapatos, la lechuga que degollamos en el huerto, esa mosca, el pavo que os vais a cenar el día de Navidad... Aquí no hay magia, ni milagro, ni maravilla. Es lo más trivial del mundo. Igual sucede con la muerte. Damos un paseo por el bosque, y nuestro disfrute cuesta la vida a millones de insectos. Se lanza una red de pescar al mar, y ya está preparada la masacre. Los niños torturan y finalmente matan, serios en su juego criminal, la reluctante mariposa que persiguieron entre risas... Así como no hay otra vida que aguardar, tampoco cabe esperar nada de ésta. Si la vida no es algo en sí mismo demasiado estimable, aún menos valioso resulta el suicidio. No vale la pena esforzarse en acabar con esta insignificancia de existencia... Además, la

desesperación no supone en modo alguno aversión al existir: se le bajan los humos, simplemente. Vivir no es tan gran cosa. ¿Qué más da perecer antes o después, si no hay nada que conquistar, nada en el punto de mira de nuestro deseo? ¿Qué más da morir mañana mismo o dentro de cincuenta años, si el tiempo está vacío y *ninguna Ilusión lo fecunda de mentiras*? Evidentemente, poco importa. Así lo ha sentido siempre Basilio, y de ahí que no luchara por subsistir el día en que se le removió la gallina moribunda. Así lo siento yo hoy.

Si el “instinto de supervivencia” no constituye sólo una versión laica del cristianísimo Ángel de la Guarda, si aparte de ocultar la fragilidad e indefensión humanas trabaja de alguna manera en beneficio del hombre, ese dudoso cómplice de la manía de perdurar se halla en nosotros sumamente debilitado. No buscamos la muerte, más bien se diría que la rehuimos, pero todo ello a modo de trámite, sin aspavientos, acaso por un simple recelar de la Nada desconocida o por tener alguna pequeña empresa entre manos que no quisiéramos dejar inconclusa...

La presentación del personaje de Basilio y mi relativo ocultamiento están sirviendo para una crítica de las categorías fundamentales de la Ratio moderna. Esta crítica, absolutamente exenta de originalidad, adopta el motivo de la Esperanza como mirilla; y apenas anota nada que no se haya repetido ya insistentemente, desde otros registros, con mayor profundidad y más vasta perspectiva. *El desordenado bazar del pensamiento moderno no debe abrigar la ilusión de que también yo le suministre baratijas de ideas novedosas.* Lo extraño es que haya tipos como Basilio, prácticamente analfabetos, “viviendo” casi desde siempre ese conjunto de certidumbres penosamente alcanzado por la reflexión filosófica contemporánea. Sin saber lo que es el logocentrismo, el hombre de la gallina muerta entre las piernas sitúa su vida y cada una de sus escasas palabras fuera de esa órbita onto-teo-teleológica. A su lado, yo, loro loco de unos cuantos teóricos de nuestro tiempo, soy además un fante. Incapaz de pensar como ellos, no he llegado tampoco a vivir como él. A su lado, ellos no son más que sacos de palabras, charlatanes que viven una realidad diferente a la de sus discursos. Filósofo de fondo, verdadero, pensador salvaje, Basilio ignora hasta qué extremo una cuadrilla de escritores ponen letra a la música de su vida, al mismo tiempo que lo consideran “imposible” como persona. Pero Basilio es real. Y esos filósofos, desde algún punto de vista, se me antojan “imposibles” como teóricos.

Mientras éstos, por ejemplo, critican la generalidad y el nivel de abstracción de la Ratio burguesa, él, que jamás habla en términos conceptuales, ha barrido de su existencia el mandato de cualquier idealización moderna: Ciencia, Ilustración, Progreso, Verdad, Razón, Libertad, etc., no son para Basilio ni siquiera palabras. Son la confusión que en realidad significan: una “nada” enrevesada. Yo he tenido que soportar cómo mis antiguos maestros me llenaban de sentido el cuenco vistoso de tales términos; y cómo mis posteriores tutores intelectuales, pretendiendo hacerlo añicos, procuraban con denuedo vaciármelo. El, ahorrándose el recorrido, no vio ahí el menor problema. Engañifas, fantasmagorías, humo que se disipa, nada de nada: eso constituyen tales abstracciones para mi amigo, a quien se puede tachar de “inculto”. Pero eso son. Y no cabe más clarividencia en su desconocimiento: ¿de qué nos ha de servir *conocer* a fondo aquello que no existe?

Basilio todavía labra sus campos con arado romano, tirado por poderosos mulos, como antaño. Curioso de lo que fuera el Progreso, se compró un tractor y encargó a un vecino que lo usara para trabajar sus tierras. No le gustó el resultado. Guardó entonces el vehículo en un viejo almacén de grano, de donde no ha vuelto a salir, objeto del desprecio y no tanto del olvido. En su opinión, “la tierra agradece más la labor con arado antiguo”. Antepone la calidad de la faena al criterio de la rentabilidad y del tiempo invertido, por lo que prescinde de la máquina. Probó también un ciclomotor; y no le convenció su utilidad, escasa fuera del asfalto. Regresó enseguida a las caballerías de toda la vida, y aparcó la moto, al lado del tractor, en el “Almacén del Progreso”. Jamás usa el teléfono, habiéndose opuesto desde el principio a que le explicaran su funcionamiento: alegó, el día de la instalación, que lo quería para recibir llamadas, no para hacerlas. “Si alguien quiere hablar conmigo, y no está aquí, me parece bien que pueda hacerlo. Yo, en cambio, si no le veo la cara, no quiero”. De la lavadora odió el ruido, y la arrinconó para siempre. Basilio, en fin, no lleva reloj. No le gusta y no lo necesita. “Si tengo que tratar con alguien, lo mejor es vernos a la salida del sol o a la

puesta, momentos del día que son los mismos para todos”. Así de sencillas son las relaciones de este hombre con el Desarrollo Científico y Técnico de la Humanidad...

Sobre la Liberación, no esgrime más que una idea, clara y concreta como su hablar: “¿Qué me sé yo lo que sea la Libertad?”. Se siente “suelto, largo el tiro, sin amo”. De los demás no opina nada. “Cada uno levanta el carro de esta vida a su manera”. “Ciencia” es “lo que hacen los científicos”, lo cual no presupone, antes al contrario, que hagan algo valioso. “Racional” es “lo que se ajusta a lo que las cosas parecen”, venga de quien venga, maestro, peón, bruto o eminencia. Etcétera.

En otros dominios, Basilio se revela sin más como *un hombre de la aldea*. Y así como nosotros aceptamos sin cuestionar los dogmas de los saberes científicos -es decir, de la superstición científica-, él respeta y acata los decires de la tradición popular (a menudo, superstición supersticiosa). “Los lunes no se debe echar sal a las ovejas porque se quedan cojas; los martes tampoco, porque enferman de los ojos; los miércoles son días malos, no se sabe el porqué; los jueves sí, ese día se les puede echar la sal sin miedo.” Pero mientras nosotros asumimos los enunciados científicos con expresión solemne, y un poco necia, él, que sigue esas costumbres, las acepta sonriente, con un punto de escepticismo en su fidelidad, casi irónico. “A lo mejor no tiene nada que ver, pero aquí lo hacemos así.” Considera probado que el ajoaceite no sale bien, porque se desata, “si hay cerca una mujer con la regla o un hombre guarrindongo que se toca la recoba”. Perdido un animal, lo aconsejable es volverse a casa y rezarle una oración -aunque no se crea- a San Antonio. Para curar el mal de ojo, es tan largo y estrambótico su procedimiento que desistió de describírmelo por no aburrirme... Basilio fue educado en la fe cristiana. De joven, dice, “era practicante, pero no creyente”. “No hacía mal a nadie yendo a misa, pero de eso a creer en dioses y vírgenes hay un mundo”. Más tarde, dejó también de practicar, excepto en lo tocante a la oración que hace aparecer a las ovejas perdidas.

Nosotros, que creemos en la existencia de “fuerzas (militares) de paz”, “misiones de paz” llevadas a cabo por soldados; nosotros, que votamos sin desesperar a partidos que nos engañan y oprimen; nosotros, que cambiamos de pensamiento según los programas de la televisión; nosotros, que trabajamos toda la vida para pagar una casa, y hacemos horas extraordinarias para costear también la adquisición compulsiva, febril, de esos artilugios generalmente inútiles con que la inundamos; nosotros, que encerramos a padres y hermanos en manicomios de espanto si un infeliz psiquiatra lo recomienda; nosotros, que toleramos la pena de muerte en muchos países de nuestro entorno, que detestamos a los gitanos y a los inmigrantes (“y con razón”, se añade); nosotros, crédulos hasta la estupidez, supersticiosos de otra forma, ignorantes de incógnito,... no tenemos ningún derecho a mofarnos de los ‘conocimientos’ de Basilio, quien, en el fondo, y asimismo para los ámbitos ajenos a la religión, se me antoja “*practicante, pero no creyente*”.

Pequeño Viaje De Dolor Que Nuestra Hipocresía Denomina “Viaje De Placer”

Basilio jamás ha salido del territorio de la aldea y sus pastos. “Viajar debe ser muy aburrido. Estar siempre viendo cosas diferentes, y ya está”. Ésa es la opinión de mi padre, que este hombre hace suya con matices. “Yo no entiendo eso de ir a un sitio y luego volver. Las tierras son para vivirlas”. Nosotros, los hombres civilizados, para conjurar el tedio, inventamos ese pequeño viaje de dolor que nuestra hipocresía denomina “viaje de placer” y que se resume muy exactamente en la sentencia de mi padre: “Estar siempre viendo cosas diferentes, y ya está”. Mi viejo, emigrante, vivió en lugares distintos, *habitándolos* profundamente: disfrutó y padeció las costumbres de sus gentes, luchó por la existencia, se afincó y echó raíces, hizo amigos y enemigos, amó tanto como odió, tuvo miedo e infundió temor, admiró, detestó, procuró comprender y olvidó a su pesar... El verdadero nomadismo se sitúa también en la antípoda de los risibles viajes pequeñoburgueses de placer: más que “resbalar” por las tierras, *el nómada arraiga en el camino*. No regresa, no visita. Se incrusta.

La ignorancia del viajero común, hoy llamado “turista”, no escapa a la severidad de una mirada sedentaria: habiendo estado en todas partes, se comporta como si no hubiera aprendido nada en ningún lugar. Atestó de fotos sus álbumes narcisistas, alivió un poco de peso su cartera de privilegiado, aburrió después a sus amigos con el relato jactancioso de peripecias sin gracia ni trascendencia, frivolisó sobre otros hombres y disertó superficial sobre curiosidades y rarezas de otros países... Finalmente, retornó cabizbajo a su posición de tornillo, momento indistinguible de la máquina social que lo humilla y adocena; regresó a la servidumbre del trabajo, al hastío indecible del hogar, a su insignificante, descolorida y amarga existencia de esclavo en el mejor de los casos bien pagado... *Más que en busca del placer, viajaba para huir del dolor*.

Basilio no se sintió nunca impelido a escapar de este páramo, nada en la sucesión sin pena de sus días le incitó jamás a partir: extranjero, el dolor no se instaló en ésta, su casa. “Por la sierra, la amargura anduvo siempre sólo de paso”. Los pastores se ahorraron por eso el efímero consuelo de los viajes de ida y vuelta; y continuaron, como la mayor parte de los turistas, sin saber mucho de las otras tierras y de los otros hombres.

Es preciso sentirse devorado por un sufrimiento insaciable, presa de una aflicción atenazadora, para considerar los avatares de un viaje de vacaciones como formas del disfrute. Hay que saberse reo perpetuo, en una celda muy estrecha, para transfigurar la marcha veraniega, pequeña y periódica, contados los días, en una suerte de liberación. Apunta Basilio: “*No por darle más cuerda al perro, deja de ser perro; no porque llegue más lejos, está suelto*”. Mi amigo, que desconoce la angustia y acaso debería reconocerse libre, no viaja de ese modo. “Si algún día me fuera de aquí, sería para *pelear* en otra parte”. “Pelear” quiere decir procurarse un medio de vida en el que uno sea su propio amo, subsistir sin obedecer, comer sin cebar a otro. Cuando le explico a Basilio las miserias y torturas que inducen a viajar a los funcionarios, los maestros, los oficinistas, la élite de los trabajadores, etc., noto que casi se consterna: “¡Ah! Entonces sí... ¡Que viajen! ¡Que viajen! *Si hay cuerda, que sea larga. El perro quiere más era...*”.

El viaje cicatero, con retorno inevitable, del turista por unos días se funda en un sucedáneo de la esperanza: creer que, en otro lugar, por fin se le podrá hincar de verdad el diente a la existencia, disfrutar como no es pensable en el territorio del que se huye. Esta esperanza de un placer inmenso se ve luego traicionada por la realidad de un montoncillo de pequeños disfrutes laceriosos: comer hasta hartarse, hasta la indigestión,

hasta el absurdo, como se podría haber hecho en el domicilio particular por menos dinero; acreditar, si hay suerte, algún contubernio sexual ligeramente exótico, como los que tan fácil se tendrían en el barrio de al lado; fotografiar manifestaciones artísticas que no se entienden y que a fin de cuentas interesan poco...

La esperanza del placer, mil veces corrompida, renace sin embargo de sus cenizas cada verano, cada Navidad, por el horror inconmensurable del malvivir cotidiano en el propio penal de residencia. Por ello hablamos de “viaje de dolor”. *Se requiere estar herido para viajar de esa forma...* Y Basilio rebosa salud, a pesar de su gallina muerta; se enorgullece de su autonomía, aunque le tachone de callos las manos y le estríe de sudor la frente. No suspira por el tristísimo gorgotear de la esperanza en que se cifra el viajecillo de placer filisteo. Desesperó.

Yo, que he sido pequeñoburgués, y casi prototípico, prodigué hasta la necedad ese lastimero turismo: recorrí Nicaragua, Turquía, los países del Este, Escandinavia, el Magreb, etc. Y no me enteré de nada. Tampoco disfruté demasiado. Aparte de enriquecer un poco más a la bien montada industria del turismo, no sé en verdad lo que hice. Por supuesto, hice el autómeta. Pero ¿qué más?

Viaje auténtico, no de placer, sino de experiencia, fue mi estadía por tres años en la Budapest tardocomunista. Viaje de experiencia está siendo mi afincamiento en esta aldea, emprendido hace ya cinco años. En los dos casos, me transformé, me hice otro, encaré adversidades e incertidumbres, y luché por subsistir... Viajes, los dos, desesperados, nada buscaba en ellos, nada anhelaba encontrar. Todo cuanto hallé, aquí lo mismo que allí, fue por accidente. Ridículo sería celebrar la dudosa riqueza de los hallazgos, fruto de la impremeditación y del no-deseo; patético, arrepentirse de haber volado.

Lo verosímil se mezcla en mi espíritu con lo inverosímil. Es mi pensamiento una tierra estremecida donde lo sostenible cohabita con lo insostenible. Capaz de ser frío, de pensar con gravedad, lo más serio que termino haciendo es desacreditarme a mí mismo y reírme de mis escasas y nada originales ideas. Basilio, en cambio, se conserva de una pieza. Hombre antiguo, habla poco y como si en cada una de sus muy meditadas observaciones estuviera comprometiendo toda su dignidad como persona. No miente. No exagera. Hombre de palabra, su decir cuenta lo mismo que un documento ante notario: pesa todo lo que puede pesar un discurso ayuno de dobleces. Habla tal si, sobre el mármol, cincelara un epitafio. Su acento se asemeja al del aforismo, al de la sentencia. Y diría que sus frases se disponen como cielos de tormenta sobre un mar calmo de silencio. Despliega el mismo rigor ante cualquier asunto -ningún objeto de conversación que por un momento secuestra la atención de una persona le parece frívolo. Restituye así el verdadero sentido de la comunicación, su utilidad. E involucra todo su ser en la verdad de lo que dice. Compra y vende de palabra, y exige del otro la misma absoluta fiabilidad de que hace gala en sus tratos. Si una persona lo engañara, faltara a su palabra, hablara en broma sobre una cuestión para él decisiva o se contradijera a cada paso, Basilio la borraría por completo de su mundo, apenas sí recordándola como lo fastidioso de un mal sueño, un tropiezo irrelevante de la realidad. No entiende a los hombres que no están hechos de silencio y de renuncia. No comprende cómo se puede hablar sólo para llenar el hueco del tiempo. No sabe lo que es una conversación de circunstancias. Y no responde a todo el mundo: únicamente toma en consideración las interpelaciones de aquellos seres que le merecen respeto, que de alguna manera se han ganado el derecho a dialogar con él. Administra el lenguaje como si fuera un bien escaso y carísimo. No despilfarra expresiones. El peor defecto que sorprende en sus semejantes es que “hablan demasiado”. Cuando se entabla con él una conversación, el ritmo no es el de la charla habitual: escucha atentísimo, como si le costara trabajo entender lo que se le dice; inmóvil, casi hierático, medita después un rato ante su interlocutor; finalmente, contesta, muy despacio, repitiendo dos veces su aseveración -diría que una para escucharse y otra para ser escuchado. Si supiera leer, odiaría la poesía, por lo que arrastra de afectación y empalago; y detestaría la novela, por su sometimiento a la ficción. Si supiera leer, no leería. Se tiene la impresión de que para él la palabra es, muy concretamente, aquello que quizá siempre debió ser y hoy ya no está siendo: un instrumento, un medio, una herramienta de la necesidad...

Su concepción del lenguaje no deja así el menor resquicio ni para la demagogia, sobre la que se asienta el discurso político; ni para la seducción, en la que se basa la literatura. Se halla, por tanto, muy lejos de Artaud, que proponía “usar el lenguaje como forma de encantamiento”. La palabra, para él, como una romana, como un trillo, como la guadaña, sirve para lo que está hecha y nada más. Quiero decir con esto que desliga el asunto del lenguaje del problema de la esperanza. El discurso político se fundamenta en la esperanza de que puede haber una “toma de consciencia”, una “conversión” del oyente -cierta eficacia sobre el receptor, que se vería impelido a obrar, impulsado a intervenir en la contienda social siguiendo una línea determinada. Proselitismo y acción corren de la mano en este caso. La palabra ha de convencer (“iluminar”) y empujar (“movilizar”). Sin la esperanza de ese efecto, el discurso político carece de sentido. Por añadidura, se deposita también la fe en la “verdad” del relato; se espera mucho de ese compendio de certidumbres que habría de rearmar la voluntad de progreso de la

Humanidad. La crisis actual del relato de la Liberación, fundado según parece en una cadena de verdades irrefutables, muestra el absurdo de esa doble esperanza. Operan fuerzas exteriores al lenguaje, independientes del discurso, capaces de aniquilar su supuesto potencial concienciador y movilizador. *Aunque se diga la verdad, esa verdad tiene atadas las manos; llegando al hombre, no le hace actuar.* De ahí el fracaso de la demagogia, aún en su vertiente revolucionaria... El discurso literario se apoya a su vez en una esperanza aún más vana: la de que exista una clave universal del disfrute y un criterio absoluto del valor. Y no merece la pena insistir en que eso que llamamos “arte”, engendro sospechoso de intelectuales, funciona y circula exclusivamente por canales de élite, diciendo poco o nada al público “no ilustrado”. Por otra parte, no contamos en modo alguno con la menor garantía de que la “buena literatura” (si la hay) sea la misma que se inscribe en la tradición culta, oficial, dominante. Cuestionada también la justificación del discurso de seducción, sólo le queda a la palabra la tarea humilde, deslucida, que le confiere Basilio: servir a los hombres en sus asuntos rutinarios. Y no cosquillarlos de placer o educarlos en no sé qué esplendentes verdades redentoras...

Desinflado, el lenguaje recupera su antiguo valor pragmático. Basilio habla para comprar, vender, cambiar, pedir o prestar auxilio. El resto de su vida se halla envuelto en el silencio. A mí me dirige la palabra como si me hiciera un favor. Y se rebaja a departir conmigo, patético charlatán sin cura, movido por un elemental sentido del socorro mutuo: hoy por hoy, ésa es la ayuda que recibo y que su humanidad no me niega. Si divaga ante mí, es por un problema mío de debilidad e inconsistencia.

La relación de Basilio con el animal tampoco carece de matices. Cuidador escrupuloso de su rebaño, vive en estrecha camaradería con las ovejas. Sestea con ellas, a la sombra de las sabinas, cuando los tórridos mediodías estivales rinden de sopor hasta a los perros; y dormita más de una noche entre sus lanas, al raso o en abrigos de circunstancias. Se viste fundamentalmente con sus pieles, bebe leche de las cabras, y abona campos y huertos con el estiércol acumulado en los corrales. En lo esencial carnívoro, se alimenta sobre todo de los corderos que, por enfermedad o accidente, no consigue llevar hasta su peso de venta; de las ovejas viejas que es preciso sustituir, y de los machos cabríos también achacosos sacrificados para elaborar chorizos y cecinas. Rara vez selecciona para su consumo un ejemplar joven y sano: éste se comercializa. Le basta, pues, con el desecho de su propia producción. Avezado matarife, no se prodiga en el oficio. Pero tampoco siente ante la muerte que administra la menor reserva moral: “Estos animales están para que vivan los hombres. Los cuidamos para que nos cuiden”. “Y si usted quiere comer carne, le mate yo el cordero o se lo mate otro, *fue usted quien convidó a la muerte*”. Siempre que puede, no mata; sin embargo, su consciencia no halla alivio de ninguna clase “delegando” en los demás la tarea sucia del sacrificio y consumiendo él después el manjar disfrazado por la cocina. En esto también se opone a la sensibilidad moderna y a su contradicción implícita: grandes degustadores de carne que no “soportan” la visión de una matanza y que no “podrían” degollar al animal que luego devorarán con placer. “No disfruto dando la muerte, pero tampoco me encojo”.

Este hombre habita en una aldea de alta montaña donde el prolongado y frío invierno castiga con dureza los huertos; donde no se han abierto tiendas, y la alimentación forzosamente se basa en una combinatoria, múltiple aunque sencilla, de carne, cereales y patatas. Su relación con la vida se ha hecho así sutil: luchando por la supervivencia de cada cordero, enfrentándose a diario con los problemas infecciosos del ganado ovino, desviviéndose, en suma, por el bienestar de sus animales, luego se aferra al cuchillo y acaba con ellos como si cortara unas briznas de hierbas. En ocasiones, se ve obligado a sacrificar ejemplares que ha llegado a querer más que a ninguna persona -éste es el caso de las ovejas de recría, cuidadas con esmero durante toda su existencia y finalmente eliminadas a causa de un injusto envejecimiento. Me estoy refiriendo a que Basilio asume la crueldad inherente hoy a la especie humana -o, al menos, la pulsión de matar que caracteriza al hombre contemporáneo. Nunca abrigó la esperanza de un mundo sin violencia. “Si hacemos esto con los animales de que dependemos, qué no haríamos con un hombre enemigo”. “La muerte está en el hombre”.

Basilio no simpatiza en exceso con sus congéneres; todavía no ha hallado motivos para estimar en mucho a la especie de que forma parte. No descubre en el hombre las cualidades que atisba en el resto de los animales, domésticos o salvajes. Por eso, no espera nada de sus semejantes. Y no cree que estos animales sin sentimientos, que comen carne pero no pueden matar, que no obstante hacen la guerra a sus vecinos y sí son entonces capaces del crimen, que cazan por placer o deporte y luego arrojan los cadáveres a los perros, que queman bosques para hacer algún negocio y envenenan mares sin remordimientos, que hablan pestes los unos de los otros como si el odio les fuera hermano, que roban al más débil lo mismo de noche en el callejón que a plena luz en la fábrica, que mandan a los mansos y a los humildes a morir en la mina o a asesinar en el país ocupado, que han organizado una convivencia basada en la explotación de unos por otros; estos animales que hasta ahora no han sabido vivir sin hacer daño, sin

oprimir o dejarse oprimir, aparentemente ayunos de toda inteligencia, locuaces y vacíos, armados hasta el fondo del corazón de leyes sanguinarias y reglamentos homicidas; estos animales, en fin, hipócritas, falsos, engañadores, de los que uno no debe fiarse jamás, con voluntad sojuzgada y deseo dormido de depredación, puedan algún día coexistir en el seno de una sociedad pacífica, igualitaria, libre. Lo creería antes de sus ovejas que de los hombres; antes de los venados que de los hombres; antes del jabalí, de la perdiz, de la liebre. Del hombre, nunca. No conserva la menor esperanza en ese arreglar de una vez las averías de la especie humana. Debe su desesperación a la formidable enseñanza de la vida animal y a su propia experiencia de matarife desalmado.

Ética Inmunda Del Trabajo Bien Hecho

Yo, por haber criado y matado cabritos, no sólo he descubierto el suelo mismo de la crueldad de que soy capaz. También he oteado algo del proceso mediante el cual uno se torna progresivamente insensible a la muerte y al dolor ajenos. Lo que, cerrándonos los ojos al espanto del crimen, nos permite infligir vejaciones a los seres que dominamos, conscientes de su indefensión, es, en muchos casos, la “ética” del trabajo: “un trabajo bien hecho”, ése es el objetivo, aparentemente irreprochable, que obscurece lo atroz del proceder, velándonos la pistola montada, silenciosa y mercenaria, en que hemos convertido nuestra alma. Al pretender realizar la tarea de un modo técnicamente perfecto, olvidamos su correlato de sufrimiento y de horror.

Ser un buen matarife. Saber matar. Ser un buen profesor. Saber torturar a la juventud, saber oprimirla, saber corregirle el carácter, saber sujetarla, saber aplicarle la violencia del examen, saber someterla a lo arbitrario de la autoridad, saber humillarla mediante la calificación, saber sentirse superior por el espectáculo de un poder que se ejerce gratuitamente, saber matar la crítica, saber matar la inquietud, saber matar el deseo de aprender. Saber matar. Ser un buen matarife. Todo esto y, por supuesto, el dinero: los mil duros que vale el cabrito, la nómina del profesor. Trabajos bien hechos. Y el dolor del otro... Basilio no se engaña a este respecto. Yo hoy tampoco, aunque he estado muy cerca en el pasado.

Clavar el estilete en el punto exacto, para que brote torrencial la sangre; cortar la piel limpiamente, derechos y enérgicos los tijeretazos; desollar a puño, sin desgarrar; extraer con cuidado las vísceras, evitando roturas y derrames. Y una buena presentación al comprador. Lo mismo que suspender sobrado de argumentos; hacer evidentes los errores del alumno, sus malos modos; avergonzarlo y ofenderlo sin que estalle en ira; conseguir que pierda sus hábitos antisociales, sus costumbres inadecuadas... Buen profesor, con el noventa por ciento de alumnos suspendidos. ¡Matarife!

Odiando La Modernidad

Llegado a este punto, me declaro satisfecho del presente trabajo. Creo que no carece de sentido. Me está permitiendo desahogar mi rabia contra la vida moderna. ¿Por qué odiaré tanto la modernidad? Quizás porque no me deja inventar una existencia sin ídolos; y me importuna, me acosa, me hostiga como una moral de beato. Tuve que padecer su incordio el día en que abandoné España, patria asignada que nunca amé, para instalarme en la Budapest del bienestar comunista, subyugado por el abominable encanto de aquella Hungría zozobante. Su incordio el día en que dejé el Este, con sus capitales bulliciosas, por haberme prescrito mi intuición, y para la salud de mi escritura, una terapia de soledad y silencio en esta despoblada montaña de Ademuz. Su incordio cuando puse punto y final a mi experiencia docente, trajín de matarife, y me dediqué a conducir el hatillo de cabras. Mucho antes, su incordio cuando corrí a Nicaragua, brigadista romántico, para defender el sandinismo sitiado. Hoy mismo, su incordio por negarme a consumir, negarme a trabajar, negarme a visitar a la familia, negarme a cuidar mi aspecto, negarme a vigilar mi salud, negarme a representar el papel de padre y esposo (aunque me uní a una mujer y comparto mi tiempo con un niño), a aparentar mi edad de hombre que ya ha vivido, a exhibir la cultura que me administraron como se trepana un cráneo; negarme a acumular amigos, derrochar simpatía, hablar de temas interesantes, arreglar mi casa, viajar, salir, buscar algo; negarme, en fin, a ser moderno.

Hombre De Un Futuro Que No Conocerá La Especie Humana

¿Y qué decir de Basilio? En medio de esta aldea marginal, que no se parece a las demás aldeas del país, y de estos hombres marginales, diferentes de los que en otras partes se dedican a lo mismo, Basilio es un extraño. Su individualidad raya en lo absoluto; y sólo resulta comparable, en su rareza, al esquivo género de su soledad. Inescrutable individualidad, la de este hombre solo. Pasmosa índole solitaria, la de este ser sin igual... En otra parte ensayé, fracasando clamorosamente, una aproximación a la naturaleza de su idiosincrasia:

“En mi condición de profesor, de doctor, de cabrero y de *ido*, sé ahuyentar de mi palabra el moscardón de la repetición insulsa y del romanticismo vacío. Digáis lo que digáis, y responda yo como responda, este hombre está aquí, en su choza, junto a su ‘macho’, al margen de vuestro mundo e incluso de los reproches que en él gastáis. Quien lo tacha de ignorante, admite acto seguido que su ignorancia no es de la especie más común. Yo lo considero excepcionalmente inteligente. Si estoy en lo cierto, esa inteligencia inquietante y un tanto indómita de que hace gala no es del orden de la nuestra -o él no la usa como nosotros. Algo mejor que la inteligencia y menos corriente que la estupidez distingue a Basilio: es un hombre singular, monstruosamente diferente. No participa de la naturaleza de los fósiles, pues éstos conservan una coherencia interna que los remite a un tiempo pretérito; y él, ni se asemeja a los hombres de otras épocas, ni deja entrever por ningún lado el menor signo de consistencia tópica en su carácter. A propósito de su forma de ser, apenas aventuraré unas cuantas fragilísimas sospechas, ya que su comportamiento escapa a toda aprehensión racional, ofende a la competencia de cualquier sistema lógico interpretativo”.

Solo, único, inconfundible, Basilio no es antiguo por no querer ser moderno; no vive en el pasado por negarse a cohabitar con el presente; no mira hacia atrás, decepcionado y claudicante, por atisbar el cierre ignominioso de todos los caminos. Aunque la deconstrucción del Proyecto Moderno subsuma la crítica de las formas de racionalidad anteburguesas, Basilio (su pensamiento, su obra) permanece a salvo de ese filo contemporáneo del análisis. Porque no está “antes” de la Ilustración, como tampoco “después”: está *en otra parte*. Nietzsche vería en él un “alegre mensajero”, portando noticias para las que todavía no hay oídos, *misivas de gentes impensables en busca de un destinatario eternamente por nacer...*

Si bien no puedo apuntalar esta idea, para mí Basilio es un hombre del futuro -pero de un futuro que muy probablemente no conocerá la especie humana. Hombre de *otro* futuro, futuro enquistado en el presente, futuro del poder-ser, del camino recién abierto y por nadie frecuentado, acaso porque no lleva a ningún sitio; futuro de la puerta que se abre al mar, al desierto, al sol, como quería Bataille; poder-ser que está siendo ya en un hombre y quizás en él y en su silencio se extinga, como ascua presa en la estufa de leña consumiéndose desdeñosa de incendios irreales. Hombre de otro tiempo no pretérito, siempre solo por haber caído del curso de las épocas; siempre solo por no evocar lo que fue ni sugerir lo que será, y por no soportar lo que cegadoramente hoy es. *Como aquel Grito infinito bajo un cielo vacío y en medio de la noche más muerta, radiante, su desesperación, no dejándose imitar, atraviesa el espesor del tiempo y de los sueños incomunicable por intraducible, enigmática y desoladora*. Tuvo una forma muy suya de desesperar.

Dejó De Ser Interpretable

Si Artaud desentrañó en Heliogábalo lo que ningún historiador alcanzó siquiera a sospechar, mi soberbia quiere haber descubierto en Basilio a un ser que, estando a la vista de todos, ninguna consciencia de nuestro tiempo tiende a admitir como “posible”: un hombre perturbadoramente distinto. Incisiva, procaz, casi canina, su alteridad no está contemplada en el sistema ideológico moderno consolidado con la burguesía -en el *logos* de la Ilustración no tiene cabida su forma de no-ser-otro. Dejó de ser interpretable. Su vida escapa por mil puntos a la policía de la inteligencia contemporánea... Sin esfuerzo intuimos lo que la Razón (y “no es ya el sueño de la Razón el que engendra monstruos, sino la Razón misma, insomne y vigilante”), al borde del desfallecimiento pero ejerciendo todavía el dominio, gustaría de decir, si se lo propusiera, de un hombre como Basilio: rústico irreflexivo, excéntrico, de antigua brutalidad en los modales, calado de manías, que no sabe disfrutar de la vida ni por tanto qué hacer con su propia cuantiosa fortuna; ignorante de campo, hostil a la educación, con una existencia más de bestia que de ser humano; infeliz, desgraciado que habita solo en un rincón del fin del mundo, incapaz de relacionarse con sus semejantes; enfermo que necesita auxilio, desarmado de cordura y vacío de sentido común; preso de la aldea, que todo lo desconoce del resto del país y que, por miedo o atavismo, ni siquiera desea ya viajar; triste ejemplo de cómo se desperdicia una vida, sin afán de cambio, sin interés o simpatía por la novedad, sin aprendizaje, sin fuente alguna de enriquecimiento espiritual; ser que inspira lástima, si no mueve a risa, ridículo, acaso tarado, juguete de una sexualidad reprimida y desviada; egoísta primitivo, sin la menor consciencia cívica, ferozmente antisocial e insolidario...

En realidad, esta Razón sólo cuenta con dos registros, y aquí despliega el que usa para *ejecutar* con economía. Pero en Basilio la razón nació muerta. Pesa en su vida menos que una charla de ascensor. Por eso es un hombre del futuro inconcebible, de un futuro extraño y ajeno a ese otro (canijo, rastrero, quisquilloso) que la Humanidad se ganará como castigo.

Marginalidad

Incomprensible, incomprendido, mi amigo soporta estoico la mordedura de la maledicencia aldeana, manifestación inmediata de esa especie de odio rebajado que en todas partes suscita su arrogante, y espantosa, marginalidad. Despreciado aquí y allá, objeto mayúsculo del vituperio popular, Basilio se sabe denostado a muerte por sus propios convecinos (hombres, estos sí, antiguos y que quisieran ser modernos; hombres del pasado, vetusto el corazón, con astillas del presente en el cerebro; hombres a medio ilustrar, trabajables, indistintos). Se burlan de su vestir andrajoso, de su vivienda en ruinas, de sus incontables extraños hábitos, de su aspecto miserable en medio de la riqueza, de su soledad elegida, de lo mucho que padece para nada, de su gallina muerta, de las cosas que dice tan despacio y que luego repite para oírse mejor, de lo poco que opina, de su oveja mimada y su corral-cuarto-de-aseo, de los billetes en conserva y el millón en el zurrón, de que practicara antaño sin creer y hoy ni crea ni practique, de que no reciba médicos en casa y huya de los veterinarios, del tractor echándose a perder en el garaje, la moto inútil, la lavadora rota y el teléfono mudo, de su experiencia de la prisión y de su paso por el hospital...

No hay ni un solo elemento de su personalidad que no despierte la sorna del resto de los campesinos, la estupefacción de los visitantes de ciudad, el escarnio de los ricos y aún con mayor crudeza la mofa de los pobres, *mi infinita simpatía...*

50.
Ocio Raquíptico

Un día, hablando del círculo vicioso “trabajo excesivo para asegurarse un ocio raquíptico – ocio raquíptico para soportar el exceso del trabajo”, Basilio me apunta: “Yo siempre estoy de vacaciones”. Y no miente: nada, salvo su libre determinación, su voluntad soberana, le ata a la ganadería. No trabajando por dinero, consciente de su riqueza, lo hace por un propio interés espiritual. Cuidar y conducir rebaños es su vocación. Al no padecer el empleo como una obligación ineludible, servidumbre para subsistir, tampoco se siente impelido hacia un ocio esclavo, huero, atarantado de gasto y daño, torpemente febril.

Recuerdo casi con dolor el comentario de una obrera de la industrial del calzado -con sus pulmones maltrechos por la inhalación cotidiana de los vapores de la cola, percibiendo en compensación apenas sí el salario base, feliz pese a todo por sortear de esa forma las inclemencias del paro, y, en el tiempo que la *lógica del capital* le concede para “reponerse” como fuerza de trabajo, practicante compulsiva, lo mismo que muchas de sus compañeras, de una sexualidad analgésica y una drogadicción blanda meramente escapista: “Cada fin de semana me gasto diez mil pesetas, por lo menos. Pero, para eso trabajo, ¿no?”. Con diez mil pesetas, sin necesidad de evadirse costosamente de nada, Basilio sobrevive más de un mes; y no trabaja para eso...

Con su hato, Basilio se siente arraigado en la tierra y en la vida; se sabe eslabón de la cadena de la naturaleza, animal entre los animales, hollando caminos olvidados, sobre las peñas, entre las zarzas, cruzando arroyos, casi hecho de roca, de hierba, de viento; se percibe salvaje, indómito, libre; se descubre bestia, criatura, cuerpo. Se siente.

Esculpido por los hielos, bruñido por las lluvias, tostado al sol del verano, cabeza despejada sobre pies incansables, yo también me reconozco ahora montaraz, cimarrón, indoblegado. Yo también he restablecido mi vínculo natural con la tierra. Yo, campesino... La tierra, tan material, tan concreta, tan física, como un hombre-solo-hombre, abomina de toda noción de esperanza.

Si hubiera, de todos modos, que elegir una denominación tópica para clasificar a Basilio tal un insecto, yo optaría por la de “insumiso”. Este hombre encarna para mí un tipo brutal de rebeldía. Sus cerca de mil ovejas existen, por completo, fuera de la ley. Como no recibe en su casa ni al alcalde, ni al médico, ni a los veterinarios, a los que define como “amigos de la mentira” y por tanto niega la palabra, sus animales se mantienen al margen de las campañas (obligatorias) de saneamiento ganadero. Sin registrar, sin contabilizar, sin la conocida chapa en la oreja que distingue a una res vacunada y desparasitada -inserta, sobre todo, en los planes de lucha contra la temible brucelosis-, se trata de un ható clandestino. Pierde Basilio, en consecuencia, la subvención por ejemplar que otorga la Comunidad Europea, y que, en su caso, le supondría cinco millones de pesetas anuales. Se ve también obligado a huir periódicamente y esconder el rebaño de las puntillosas inspecciones sanitarias. Cuentan que, en una ocasión, desapareció con su ganado y no regresó hasta el mes siguiente, sabedor de que ya para entonces los veterinarios de la zona estarían de vacaciones y los sustitutos no querrían complicarse la vida persiguiéndole. Al no existir para Sanidad Animal, evita también a Economía y Hacienda. Se incrusta así voluntariamente en el mundo de la economía sumergida, tratando exclusivamente en negro y prescindiendo de documentos, declaraciones o intermediarios legalizados. Sin seguro autónomo, descubierto e inerme ante las enfermedades; sin cotizar, ajeno a toda imposición fiscal o tributaria; con un carné de identidad caducado (por la fuerza, se lo tramitaron mientras permaneció en prisión), envejeciendo junto a la partida de nacimiento en no sabe qué bote de conserva; sin fiarse jamás de ningún papel escrito, ni de ningún emisario oficial de los poderes públicos, Basilio vive al margen del Estado. Absoluta, su insumisión se tolera por la sospecha de que no está en su sano juicio y por la certidumbre de que, a fin de cuentas, no hace mal a nadie. Incapaz, sin embargo, de “robar” a los otros ganaderos, mi amigo paga cada año los derechos de pasto, negándose a recoger, por supuesto, el albarán acreditativo de haber satisfecho tal cantidad a las arcas municipales. “No lo hago por la alcaldía, sino por los pastores”, se justifica.

Esta radical desobediencia civil lo sitúa también, como un privilegiado, fuera del campo de la esperanza. Para subsistir no necesita creer en ningún aparato, en ninguna institución, en ninguna fórmula de organización política y económica. Se atrinchera deliberadamente en el mundo del trueque y del “trato de palabra” porque no espera nada de los códigos que, en pretendido bien de la comunidad, ordenan y aherrojan la vida económica. No espera nada del Imperio de la Ley, en el que vislumbra una especie de conspiración de los ricos para explotar y controlar a los pobres. Entiende mejor la Venganza que la Justicia: “Vengarse es de hombres; denunciar, de torpes y de cobardes”. De un realismo inexpugnable, tampoco sueña con la desaparición futura de la maquinaria política. No cree en la Revolución (“matar gente para seguir igual”). Se contenta con liberarse a sí mismo, arrancar de su existencia las huellas del Estado, desvincularse. Pocos hombres de este llamado “Primer Mundo” han conquistado, como él, la dicha de vivir de espaldas a Leviatán. La expresión que utiliza para aludir a esa condición suya de marginalidad e independencia me gusta por su exactitud y su simpleza: “*yo estoy suelto*”. Desesperó, se soltó.

Menos diamantina, no tan pura, mi rebeldía difiere de la de Basilio... Fui objetor fiscal mientras supuse que, por mis elevados emolumentos, me correspondía hacer efectivo un ingreso anual a Hacienda. Cuando descubrí que estaba equivocado y que, a pesar de mi considerable sueldo, Hacienda me devolvería todos los años casi doscientas mil pesetas, regresé sin demora al redil de los contribuyentes ejemplares, cumplimentando cada ejercicio, puntualmente y con la mayor honestidad, mi Declaración de la Renta. Fui objetor de conciencia al Servicio Militar, y realicé la prestación social sustitutoria en Cruz Roja para aprovecharme de la inimaginada corrupción y de la estulticia filantrópica de ese sorprendente Organismo. Permito que los veterinarios molesten y casi hieran a mis cabras sólo para embolsarme las cinco mil pesetas por campaña y animal de la subvención comunitaria. Y mi modo de escapar de la enseñanza no ha sido la renuncia formal a mi condición de funcionario, sino esta amable instalación en una excedencia prácticamente perpetua.

Ya que el Estado existía, he intentado robarle. Ya que había instituciones, he buscado la forma de servirme de ellas. Desobedecí “desde dentro”, casi en secreto, gacha la cabeza y las manos en los bolsillos; pero no me emancipé, no me liberé. Algo debo tener de cínico perruno... Sin embargo, y aparte de estos beneficios personales, nada espero del Estado, nada en favor de la sociedad. La atracción que siempre ha ejercido sobre mí lo inefable del Delito está siendo más fuerte que el ideal de la coherencia, de la vida sin tacha. Diría que, a este respecto, mi desesperación supera a la de Basilio: *no necesito sentirme limpio, inocente, íntegro. Prescindiendo de toda ética, a menudo veladamente infiel a la imagen que de mí guardan los demás, ignorante de los hombres que soy, de los que fui y de los que quiero ser, múltiple e incompleto, escindido, confuso, desgarrado, partidario de la traición voluptuosa y de un odio que no se equivoca de objeto, me conduzco en todo momento de forma que nadie sorprenda nunca en mi mundo (en las miserias elegidas de mi vida y en los fantasmas movedizos de mi pensamiento) nada digno de amar, nada compartible, llevadero, aprehensible, nada precioso. Sé que la moral tiraniza, seca las fuentes del alma; y no abomino de la inconsistencia, de la ruindad, del pequeño crimen.*

54.
Punto De Egoísmo

Hay en mi radicalismo un punto de egoísmo sin disimular que lo corrompe -o lo enaltece.

Servir De Sustento A Los Buitres

Seguro de que nadie torcerá el rumbo de su deseo mientras viva, Basilio teme, muy fundadamente, que los demás se impongan sobre su voluntad cuando muera. No quiere ser enterrado, y menos en un cementerio -después de tantos años sin practicar, presente que sus vecinos volverán a apriscarlo, esta vez cadáver, en la majada hedionda de la Iglesia. Como corresponde a un ecologista instintivo, pero extremoso, Basilio pretende que echen sus restos por un barranco, para servir de sustento a los buitres, aviar humildemente a las fieras. Ya le han contestado que “eso no se puede hacer, aunque sea su última voluntad”, por lo que nuestro hombre, en desagravio, maquina un plan: al igual que los gatos y los perros más fieles, cuando adivine cercana su última hora abandonará el rebaño que ha guiado durante toda la vida, dejará la choza y se irá a morir a una paraje recóndito donde *los otros* no lo encontrarán antes de haberse convertido en carroña devorada. Anhela así salvaguardar su coherencia incluso después de la muerte, ser “él mismo” mientras haya carne en sus huesos.

De una forma quizás un poco demasiado literaria, también yo había calibrado la idea de no permitir que me enterrasen. Donaría todos mis órganos, y pediría a la autoridad competente que las sobras fueran echadas a los cerdos. Por alguna extraña razón, me harían pedazos para servir a otros hombres y no permitirían que el residuo fuese útil a los animales. Soberbia humana. ¿Qué nos hemos creído? ¿Y mi libertad? ¿No es mío el cuerpo? Y si no tengo nada en contra de los cerdos y sí mucho en contra del hombre, ¿por qué se van a aprovechar de mi fallecimiento para beneficiar al segundo y, desoyendo mi voluntad, no a los primeros? Absurda vanagloria del género humano. Racismo de los racionales. Debería maquinar un plan, como Basilio. Irme, tal vez, a morir a un cebadero... ¿Quién puede creer en una especie, o al menos en una cultura, que tiende cada vez más a incinerar a sus muertos para evitar que todavía favorezcan a la vida, como si quisiera sustraerlos de las leyes mismas de la naturaleza? No me cabe esperar de los hombres ni que ofrezcan mi cadáver a los cerdos. Tampoco le será fácil a Basilio saciar con su cuerpo exánime el hambre de los buitres.

He caído tantas veces en la trampa de tomar por serio un problema frívolo, o hasta imaginario, puramente ficticio (por ejemplo, el de la Liberación, el de la Verdad, el del Progreso, el de Dios,...), que en estos momentos me reconozco incapaz de distinguir un asunto intrascendente, todo lo más “pintoresco”, de otro grávido de sentido, inaplazable, fundamental. No sé, por ello, si estas últimas páginas, tratando de buitres y de cerdos, significan algo para alguien -azotan, invitan a la reflexión. Pero..., ¡cuánto le gustaría a Basilio que se lo comieran las alimañas!

Se supone que en la Universidad me enseñaron a reflexionar científicamente, a usar del modo correcto ese instrumento incomparable llamado “razón”, a acercarme con las cautelas de la lógica y del rigor a la verdad de las cosas... Sin embargo, como en esa Institución sólo se habla de fantasmas, palabras preñadas de vacío, conceptos más huecos que el alma del hombre contemporáneo, problemas de humo bajo la lluvia, resulta que me adiestraron perfectamente en la sospechosa tarea de utilizar una herramienta imaginaria, carente de realidad, para enfrentarme a cuestiones evasivas, interrogantes de fuego fatuo, enigmas de nada en las entrañas -cuestiones que, en su falsedad, ni concernían al cuerpo ni saludaban a la vida. A salvo de esta estratagema, Basilio usa sus sentidos, y lo que tenga en el cerebro, para sortear los peligros concretísimos de una existencia sin quimeras, asechanzas casi tangibles que parecen emanar de la tierra y de la carne. Da respuesta, así, a tres preguntas que de mi educación se descartaron, inquisitivas, por cuyas venas corre la sangre del hombre: ¿dónde estar?, ¿qué hacer?, ¿cómo morir?... Y Basilio ha resuelto: *vivir allí donde el Estado desfallece; hacer aquello que mantiene a raya a los humanos; morir de libre determinación en las riscas, para ser devorado por los buitres...*

Periódicamente se apodera de mí un desordenado apetito de infierno. No soporto, entonces, la armonía que trabajosamente he instaurado sobre mis cosas, y siento la turbia necesidad de arrojarme de cabeza por el balcón del abandono y del peligro. Siembro el caos en mi corazón lo mismo que en mi cerebro, hiego sin proponérmelo a las personas que me rodean y dicen quererme, y me interno temerario por un camino serpenteante de enigmas. Echando por la borda los frutos, tan anhelados, de mis afanes pretéritos, me enfrento a una vida nueva, vacías las alforjas, con la felicidad y el miedo de un niño lejos de sus padres. Normalmente, habiéndome expuesto a un mundo extraño y en alguna medida hostil, una movilización impetuosa de mis energías hasta ese momento enmohecidas y un nuevo frenesí de mis sentidos largo tiempo abotargados me permiten aferrar un punto de orden, echar un ancla, dar dos pasos seguidos sin tropezar y hasta tender vigilante la mano a los primeros emisarios del universo inexplorado. Al cabo de una temporada, podría decirse que me he instalado en la entraña misma de ese mundo; que me he familiarizado con sus asperezas y dominado sus bruscos arranques hasta el extremo de sentirme natural de sus tierras, compatriota de sus gentes. Se inicia así un período de experiencia y de disfrute, intelectualmente fecundo por la curiosidad que despierta en mí la nueva realidad. Período en el que me invade, incontestable, la forma más insultante de la Dicha, una casi enojosa alegría de devorar salvaje la existencia; del que se desprende una novela como hoja de chopo en otoño, sin esfuerzo, por sí sola; y en el que nuevos afanes enfebrecidos obtienen la recompensa de sucesivos frutos que pronto abandonar. Transcurren algunos años, y el viejo apetito de infierno se recobra. Como un erizo que dormitara en mi cerebro, y ahora despierta y clava sus púas en mi consciencia, la restablecida sed de tempestad me empuja dolorosamente hacia el riesgo de otros mundos...

Fui viajero solitario e inoportuno en la desmantelada Polonia del comunismo de campamento, vicisitud que me llevó a la cárcel de Cracovia; cooperante del Frente Sandinista en Nicaragua, donde padecí el paludismo; mafioso del cambio negro y del contrabando en la Budapest de fines de los ochenta; profesor rigurosamente anarquista en Alicante, con escándalos de prensa como medallas de honor, denuncias sin número y la razón no sé si extraviada o reluctante; fui jornalero de la almendra, del melón y de la granada, desoyendo a un cuerpo que, resentido, me recordaba cada noche la edad y los excesos; alcohólico hasta que una mujer me desterró de la amargura, nunca descubriré para qué; escritor incansable, fustigante, padeciendo que la literatura me revelara el secreto de su patetismo y de su oquedad; investigador avergonzado de publicar estupideces, siempre firmadas por la pedantería y el narcisismo; nómada de furgón-vivienda mientras me duró el dinero; amante del amor hasta que las seducciones y el devenir erótico se me convirtieron en abominables rutinas; fui pobre voluntario cayendo casi en la mendicidad, y rico a mi pesar tolerando que el consumo procurara consumirme; apátrida orgulloso en la recién nacida República Checa; nihilista rotundo e incorruptible en el País Vasco, vueltas las espaldas al conservadurismo moral de los independentistas; enseñante clásico, y respetable, en Ademuz, desvelándome pronto el erizo la infamia de tal impostura; turista traslumbrado, incapaz de comprender y hasta de percibir, en balde los prismáticos, la cámara fotográfica y la videogradora; fui recluso de una habitación cochambrosa mientras me interesó el mundo opaco de la soledad secreta, el mundo de las pensiones baratas y de los cuartos de alquiler; fui... Y estoy siendo, ahora, marido, para irrisión de mis ideas de ayer y escarnio de mis

instintos de hoy; padre, contrariando a la parte más inquieta de mí mismo; cabrero huraño, torvo, encrespante, de conformidad con lo errático de mi carácter y mi vocación invencible de enemigo; un hombre desesperado, acaso por el exceso de mi esperanza perdida. Ignoro, sin embargo, si también me encuentro de paso por estos confines de la radiante desesperación; o si, alcanzada alguna meta, habré de quedarme aquí para siempre, saciado por fin el apetito de caos, muerto el erizo.

Lo cierto es que esta intermitente pasión de la huida me distingue de Basilio, y no cuadra bien en un hombre enteramente desesperado. Mi amigo jamás planeó un abandono, un cambio de ambiente, la intercalación de una novedad que alterara el pulso inusitadamente regular de su modo de existencia. Y pudo haber trastocado su vida, como hicieron otros, bien emigrando (en los tiempos del hambre y del miedo, de la fascinación fabril y del campo decaído) a Barcelona; bien desescombrando determinadas porciones de su fortuna y canjeándolas por envidiables satisfacciones mundanas, acomodándose por tanto, viajando, tal vez residiendo en una ciudad; bien aventurándose en algún negocio, promoviendo otra empresa, curioso de lo que aconteciese en los extramuros de la ganadería... Pero Basilio en ningún momento se sintió carcomido por la tentación de dejar de ser lo que era: en su cabeza no hay un erizo, sino un pavoroso mar calmo.

Lo que a lo largo de mis juventudes ha despertado al erizo y me ha hecho sucumbir a la hambruna de desorden ha sido siempre una peculiar forma de esperanza: la esperanza de que hubiera “vida” más allá de esta muerte sorda de la existencia trivial; de que se pudiese Vivir, con mayúscula, en alguna otra parte y haciendo otra cosa; esperanza de que un hombre pudiera forjarse su destino con sólo proponérselo, y modelar a consciencia sus días tal una obra de arte; esperanza de que la sombría organización de este mundo no me adormeciese prematuramente, no me encerrara en prisiones de lujo, no me hiciese vivir la vida de los otros, no me adocenara, no acabara con la única forma de libertad que consideraba todavía digna de tal nombre -libertad de huir no importa si para peor, de escapar aun cayendo en otra red, de evadirse ante la mirada sonreidora del gendarme, dispuesto ya a soltar sus perros de presa... Esa esperanza de Vivir, de construirme en la Libertad y en la Independencia, de hacer Arte con mis Días, inseparable -como ya he anotado- de un concepto “épico” del existir, me zarandé alegremente de aquí para allá, me colmó de satisfacciones intrépidas, me enseñó a estimarme, a quererme por algún selecto motivo y de cierta altiva manera; pero me aherrojó, a pesar de todo, en la lobreguez de una falacia, me hizo muñeco de una ilusión, adorador de un ídolo, sustentador de mentiras. Ante ese ídolo, Basilio no se ha arrodillado jamás; nunca alimentó una tan vana ilusión, un tan lastimero autoengaño -nació desesperado.

En su acepción corriente, la “libertad” no constituye más que una palabra vacía, espectro romántico que destornilla de risa; a su lado, la “independencia” rebosa realidad, si bien como un objetivo asequible y desprovisto de grandeza. La circunstancia de Vivir rezuma tal relativismo que, manifestándose a veces en la angostura coercitiva del pueblo, o incluso entre las cuatro paredes de una habitación, no siempre acude a la cita de un voluptuoso cambiar de mundo, darles vueltas al planeta, intimar con la locura. La propia existencia siempre es una Obra, y no una obra más bella por esta hecha de abandonos y fugas. La sombría organización de nuestro mundo, en fin, nos domina y enajena lo mismo al atarnos que al desatarnos; y cabría redefinir la constante mudanza geográfica y psicológica como modalidad subrepticia del arraigo y la confinación -cárcel de la fuga, rutina del tránsito, encasquillamiento del “ser - dejar de ser” . La misma ‘épica’ admite tantas interpretaciones que puede estar muy bien más cerca del sedentarismo absoluto y profundo de Basilio que de mi tan frívolo ir de un lado para

otro. No pretendo, con esto, sostener la inutilidad y el error de la vida nómada; simplemente apunto que se trata de una forma entre otras de consumir la existencia, una manera más de envejecer y correr hacia la muerte. No me hallaba en el umbral de nada grandioso mientras fui un fugitivo irredimible, como tampoco me hallo ahora que me he clavado en la aldea. No tengo mucho que objetar a la vida irregular, a condición de que no se espere nada de ella. El error, la inutilidad, sobrevienen cuando se enloda de esperanza ese modo, escasamente sublime, de existencia, como ocurrió en mi caso. Sin arrepentirme en lo más mínimo de mi pasado, soy consciente, esto me salva, de que vivía una farsa y mis palabras me engañaban.

Sólo la desesperación nos libera de la mentira interior; sólo ella nos devuelve a la realidad árida, desnuda, casi cadáver, de una condición humana ajena al menor brillo y a la más nimia trascendencia. Instrumento de la liquidación sumaria de toda Quimera, podríamos definir la desesperación como un abrir los ojos sin cobardía ante el fantasma de lo que creemos que somos; *un reconocimiento frío y sosegado de nuestra pequeñez de mugre, de nuestra insignificancia de ruido tenue en medio de una noche cualquiera, de nuestra impotencia de hojarasca mecida por los vientos más comunes.*

Salariedependencia

Existen dos formas de controlar a las poblaciones cuya eficacia ya ha sido suficientemente atestiguada en la modernidad: una, destinada a quienes padecen la mordedura de la pobreza, blancos discrecionales de la moralidad policíaca y de la jurisprudencia, consiste en abocarlos a un espacio de autodestrucción en el que se hibridan, cual enredadera monstruosa, la delincuencia, el comercio sexual y la adicción a las drogas; otra, diseñada para los colectivos económicamente solventes, no siempre de la clase dominante, e incluso cada vez más de la dominada, radica en atornillarlos a las satisfacciones del consumo. Los primeros, atenazados por la debilidad de sus medios de vida, la precariedad gestionada del empleo y el juego de la intocable discriminación social, incurren en toda suerte de “ilegalismos útiles” (“reproductivos”, diría Foucault), devastándose en una guerra más que nada interior que apenas sí pone en peligro al Sistema. Los segundos, para mantener a toda costa un tren de vida suntuoso o simplemente por encima de sus posibilidades, caen sin remedio en la trampa fácil de los préstamos, el endeudamiento y lo que cabría denominar “salariedependencia” (dependen del trabajo de cada día, del salario de cada día, para poder afrontar una cadena de pagos, incesantemente reanudada, que los condena casi de por vida a la explotación laboral y aleja del territorio cercado de su voluntad cualquier tentativa de huelga, absentismo o beligerancia política).

Complementarias, estas dos estrategias tienen además en común la circunstancia de fundarse notoriamente en la esperanza. Esperanza, para los miserables, de un goce enloquecido y catártico; de un furor de última hora; disfrute de crepúsculo de todas las cosas, acechante la noche en que habrán de extraviarse para siempre los móviles y las razones; placer apocalíptico, terrible, vengador... Esperanza, para los acomodados, de una existencia subrayada por los títulos de distinción, superioridad y buena estrella que confiere el tener y el exhibir. Esperanza, en los dos casos, de escapar de una vida inquietantemente vacía, huérfana de sentido, sin tragedia verdadera ni felicidad sostenible, raquítica y ruin como el espíritu de los hombres, desaborida, desangelada y desarreglada lo mismo que un beso amistoso, maquina tal la Justicia, sin otro encanto que el de la crudeza y no menos exangüe que el perdón o los modales.

Inmune a las dos estratagemas, armado de desesperación, capaz de aceptar la falta de epopeya del existir, su sencillez animal, Basilio ni se siente atraído por el *suicidio en placer* de los desahuciados, ni dilapida neciamente capitales y energías sólo para incrementar su prestigio entre los devotos de la Opulencia. Lúcido hasta la austeridad, sano de cuerpo y cerebro, no pide a la vida nada que ésta no pueda darle sin constreñirlo. Débil, confuso, intelectualizado, yo caí en las dos redes y me dejé dominar dos veces, ciego por exceso de Ilustración, estólido como todo hombre moderno. Jugué a acumular propiedades como por hechizo, demorándome después, con el impudor de un nuevo rico, en la ostentación jactanciosa de mis bienes supuestamente codiciables; y me precipité más tarde por el abismo de la autodestrucción, ebrio de romántica pasión consuntiva... Tuve más de lo necesario, trabajando en lo que odiaba para poder permitírmelo. Y, cuando me cansé de despilfarrar, arriesgué mi propio fin sin darme cuenta de que también la sociedad que repudiaba había dictado los papeles de mi desobediencia. Hijo de emigrantes sin trabajo, soñé vengar la mala suerte de mis padres derrochando aquello que nunca tuvieron. Hijo de trabajadores temerosos, anhelé retar lo indecible, desafiar el mayor peligro, vivir todas las experiencias desasosegante. Hijo de padres esperanzados, perpetué no obstante un tiempo su vana fe en el porvenir.

Alimenté, incluso, la esperanza anónima de los oprimidos: transformar la sociedad y redimir a las víctimas de la explotación por la vía de una militancia solidaria. Mientras cuidaba mucho de presentarme en todas partes afectando la severidad y la pureza de un luchador esclarecido, consumía desafortunadamente, en un acto de obediencia absoluta, y ataba así mi futuro a la alineación del empleo. Después, manteniendo todavía la pose de la consciencia comprometida y revolucionaria, sucumbí a la atracción de la vida tormentosa para, incapaz de herir a mis enemigos opresores, agredirme a mí mismo con saña estulta y ofender miseriosamente a quienes me estimaban.

Basilio se ahorró esa múltiple degradación, liberándose a sí mismo y a nadie más, bastándose con los frutos de su trabajo autónomo y exprimiendo los placeres de la vida que no tienden a acabar con ella. Magnífico testimonio de un desesperar contestatario, su experiencia marginal, la de un hombre indomable, constituye, también, un muy “pernicioso” ejemplo de insumisión desengañada. Más daño hace, desde su soledad y su silencio, este pastor analfabeto a la siniestra conformación de la vida en los Estados modernos, que cualquiera de los tan explosivos, y bienintencionados, libros de crítica y denuncia. Mucho más que yo, saco roto de palabras.

“Habrá que vestir luto por el hombre -anotó E. M. Cioran- el día en que desaparezca el último iletrado”. Completamente de acuerdo. El hecho decisivo que ha permitido a Basilio conservar durante toda su vida un innegable punto de honda lucidez ha sido su no-exposición a la cultura impresa. Tuvo la suerte de evitar la escolarización; y esa ausencia de estudios determinó que fuera, de verdad, capaz de pensar por sí mismo. No se vio pedagógicamente forzado a repetir ningún discurso escrito, por lo que nunca confundió la práctica individual del pensamiento con la reiteración de enunciados canónicos -como suele ocurrir entre los estudiantes y las personas pagadas de su saber. La circunstancia de que perdiera pronto a su familia (falleciendo su padre de gangrena y su madre de cáncer cuando aún era niño; y pereciendo por congelación en el mismo invierno, poco después, sus dos hermanas pastoras), de que rehusara buscar esposa y huyera, como del diablo, de las relaciones de vecindad, aseguró, asimismo, la originalidad un tanto avasalladora y la autonomía casi insultante de su reflexión. Cuando habla, no cita a nadie. No toleró que le enseñaran a usar de una determinada manera su cerebro. Por último, al vivir tan desconectado del mundo exterior (estropeada la radio desde el día en que la arrojó contra un árbol por anunciar, casi en son de fiesta, la invasión americana de un país para él extraño pero que imaginaba hasta ese momento en paz, tranquilas sus gentes al cuidado de los ganados o afaenadas y ruidosas en las labores; sin televisión; sin preguntar nunca nada ni rendir cuentas a nadie), pudo defender sus ideas arrinconando el temor de que alguna fuente de autoridad cayera descalificadora sobre su persona y sus concepciones. No siguió jamás ninguna “moda” ideológica, pues, ignorando lo que estaba en cartelera en cada momento, ni siquiera sabía lo que, en rigor, significaba la palabra “ideología”. La montaña y los animales fueron sus únicos instructores. No militó en otro partido que en el de sí mismo. A ninguno de sus semejantes le fue concedido nunca hallar el pretexto por el que someterlo a un examen: nadie sepultó su discurso bajo el horror cotidiano de un número sancionador. Como no discutía con los demás, sus ideas se fueron endureciendo y sólo la vida misma podía modificarlas. Hombre apegado a la tierra, amante de los primarios, jamás perdió ni un segundo meditando sobre una realidad inconcreta, sobre un fantasma conceptual o una abstracción mitificadora. El idealismo, la metafísica, el logocentrismo, quedan tan lejos de su raciocinio como la palabra impresa. Visual, casi físico, su pensamiento no deriva del lenguaje: cabe identificarlo en su modo de comportarse, procede de la práctica. Porque hace cosas, tiene una forma de pensar. La vida que lleva es el compendio definitivo de sus ideas -no reconocería como propias sus concepciones si, tras haberlas recogido en un escrito, alguien se las leyera. “Pienso lo justo para vivir”, me dice. “Sólo entiendo de lo mío”. “Creo en aquello que me ayuda”. Deleuze apuntó una vez que deberíamos servirnos de las ideas lo mismo que de una caja de herramientas...

La esperanza ha atribuido al pensamiento, en nuestra cultura, cualidades excesivas. Se esperaba de él que erigiera al Hombre en la especie-reina de la naturaleza, y más bien lo ha convertido en un destructor incomparable, depredador consentido, el peligro más serio para la vida en el planeta. Se esperaba de él que ideara formas de organización social en las que la libertad y la felicidad se fundieran por fin como destino último de los racionales, y sólo ha alumbrado regímenes temibles donde la violencia y la sujeción constituyen la norma. Se esperaba de él que revelara a los humanos los mil y un secretos de la Existencia y del Universo, y en su lugar los abrumó

con un sinnúmero de supersticiones científicas y con montones de engaños meramente justificadoras. Se esperaba de él que se posara sobre cada individuo como el sol o la noche, sin privilegios ni exclusiones, y resultó que terminó siendo acaparado por una minoría risible de hombres pálidos y ojerosos. Se esperaba de él que estrechara lazos con lo que llamamos “alma”, “espíritu” o “corazón”, y aficionóse a frecuentar la morada del Tirano, sonriendo sólo ante el Capital. Hemos esperado tanto del pensamiento, que ya no sabemos para qué sirve en realidad. Y ha sido tan profunda nuestra desilusión al descubrir la mezquindad de sus frutos, que, separándolo de nuestras vidas efectivas, nos hemos convertido, todos, en mentirosos, hipócritas, horda de cínicos modernos. Si hubiera dejado en paz la esperanza al pensamiento, muy probablemente lo usaríamos como Basilio, para vivir cada día. Pero estamos envenenados de esperanza, perdidos de fe, enfermos de aguardar; la esperanza nos hace hombres “de nuestro tiempo”, parásitos y criminales...

Basilio no es de esta época; pertenece a un futuro que no será el futuro del hombre.
Habrá que vestir luto por nosotros cuando fallezca.

Cuando el desmedido narcisismo de la adolescencia me abocó a la escritura como forma de hacerme admirar por los demás tanto como yo mismo me admiraba, el tema que inmediatamente asaltó mis páginas fue el de la denuncia social. La educación mojigata que recibimos desde la infancia nos predispone ya para ese género de sensiblerías. Con un tono en el que se fundía un sentimiento de lástima por los desposeídos y el instinto de rencor hacia sus explotadores, me empeñé en revelar a todo el mundo lo que todo el mundo ya sabía. Conmiserativa, moralizante, bienintencionada, mi escritura exhalaba simpatía hacia los trabajadores, los marginales, las mujeres oprimidas, las víctimas del racismo, los pueblos del Sur, etc. Es decir, escribía para aquellos entre los que yo no me contaba, a cuyo mundo no pertenecía, y les relataba sin descanso eso que cada día, desde la mañana hasta la noche, tenían delante de sus ojos: lo intolerable de su discriminación, lo insufrible de sus penurias, la iniquidad del Capital y su aparato de Estado, la colaboración de la Iglesia y de la Cultura con sus opresores, la brutalidad del ejército, la forma en que la burguesía dominante los embaucaba y desmovilizaba a través de las ideologías pacifistas y de la democracia, etc. Derrochaba, pues, mi escritura, junto a esa camaradería ruidosa con los explotados que me servían de tema (alimentando así mi vanidad de escritor, y de escritor comprometido), y junto a una afectación de piedad en la que todavía reverberaba mi adoctrinamiento religioso en la escuela y en la familia, derrochaba, sobre todo, indignidad y esperanza.

“Indignidad de hablar por otro”, como solía repetir un filósofo francés. ¿Quién era yo, quién soy ahora, para hablar en nombre de los demás, para explicarles, desde mi posición superior de hombre instruido, a salvo de las distorsiones ideológicas, qué es lo que en realidad les ocurre, por qué, desde cuándo, en beneficio de quién, e incluso lo que deben pensar y lo que deben hacer para superar su penosa situación? Indignidad de los intelectuales que han pretendido educar, concienciar, organizar y liberar a la clase obrera, todo eso sin haber padecido una sola jornada inhalando gases tóxicos en la fábrica y dependiendo del jornal que mata poco a poco para sobrevivir. Pero, también, sin haber amado en lo profundo, secretamente, al jefe alguna vez. Sin detestar a la mitad de los compañeros y ser indiferente a los problemas de la otra mitad. Sin abrigar, de cuando en cuando, la ilusión de convertirse mañana en empresario. Sin... Indignidad de los hombres que describen de qué forma son oprimidas las mujeres, qué sienten y cómo deben emanciparse. Indignidad de los cuerdos que declaman en favor de los locos, y de los psiquiatras que hablan por ellos. Indignidad de la raza blanca al pretender comprender el corazón del negro y cómo ha sufrido bajo su yugo. Indignidad de la cultura occidental cuando anhela, por ejemplo, liberar a las mujeres musulmanas de la tiranía de sus hombres o exportar su sistema político en detrimento de cualquier otra forma autóctona de organización no-democrática. Indignidad del hombre integrado analizando y explicando el subsuelo psíquico y emocional de la marginación. Indignidad del criminólogo absolutamente incapaz de perpetrar un crimen. Indignidad del psicólogo. Indignidad del sacerdote. Indignidad del maestro. Indignidad del padre. Indignidad de la mayor parte de los escritores.

Esperanza de un mundo perfecto, sin opresión, sin violencia, sin dominación; Reino de la Libertad y de la Justicia, igualitario, civilizado, fraternal; Mundo Ideal en el que se refracta de modo indecoroso el Paraíso de los cristianos, y que tiene el mismo efecto sobre las poblaciones: efecto del opio, de la morfina, de todo aquello que nos aleja de la realidad y nos la hace más soportable, “engañifa” para mantener sujeto al hombre,

esperanza. Esperanza de hallar, si no ha sido ya descubierto, el modo de encauzar a los hombres hacia ese Paraíso. Esperanza de que la escritura, a su vez, coopere en dicho proyecto redentor, habilitándose para “ilustrar”, “iluminar”, “desalinearse” y acaso también “movilizar”. Esperanza de que nuestra existencia, grávida de sentido por lo sublime de la Causa a la que se entrega, sea de alguna manera “más vida” que la de los otros, manipulados, ideologizados, enajenados. Indignidad de la esperanza.

A salvo de este círculo oprobioso de las Grandes Tareas, Lo Que Podemos Hacer Por Los Demás, las Emancipaciones, la Solidaridad y el Compromiso, Basilio, que nunca habla por nadie, nada espera de los hombres, nada de su propia escasa palabra, nada de su vida ayuna de esperanza. Digno en su discurso que sólo trata de lo suyo, digno y certero en su desesperación, este hombre se me aparece hoy como la antípoda rigurosa del deplorable escritor progresista. Antípoda de la abyección. Mi antípoda, si sigo siendo el que era.

Mi propia ignominia como escritor lastrado por la esperanza, consciencia separada que usurpaba la voz de los otros, se me hizo por fin evidente, laceriosa, insoportable. Llegó entonces la hora de la mítica, y me ensoñé de abandono y Fuga. Volviendo los ojos a los laberintos del interior, decidí no escribir más que de mí mismo. Sortearía, así, la indignidad. Toda habría ido bien de ser cierto aquello que creí descubrir en mi corazón. Pero me engañaba. No conozco introspección más mentirosa que la mía. Cada vez que pienso en mis móviles, o en mis determinantes, me engaño sin remedio. ¿Indignidad de hablar acerca de uno mismo? Me temo que claudiqué ante otra forma, más sibilina, de esperanza: esperanza de hallar en mi cerebro los medios con que explorarme, esperanza de llegar a saber algo de mí, esperanza de aferrar la capacidad de comprenderme, esperanza de “ser” de alguna forma y poder encargar a mi literatura que arrojara luz sobre ese pozo de mi identidad, vana esperanza del acto de consciencia y del autoconocimiento...

En verdad, no sé nada de mí. No me creo. No me intereso. Me miento a sabiendas. Todo cuanto escribí entonces a propósito de mí apesta por eso a epopeya. Me autodefiní como “fugitivo”, ser atormentado que huía de las ideologías, de la familia, de la propiedad, del trabajo, de la patria. Fugitivo de mí mismo, espíritu de la Fuga. Y lo peor de todo es que de nuevo veía ahí (en el nomadismo, la quiebra, la ruptura, en la escapada) la forma de cambiar el mundo, de contribuir por lo menos a su transformación. Consideraba, en cualquier caso, que una estrategia de la huida incansable evitaría de por sí el apresamiento insidioso en lugares políticos de complicidad, permitiría mantener limpias las manos, emprender el camino de vuelta a la inocencia. Huir de la posición de explotador tanto como de la de explotado; no oprimir ni ser oprimido; ni trabajar ni hacer trabajar; renunciar a todo lo que da el Estado y a todo lo que aburguesa; y no seguir hábitos, no fosilizarse, no permanecer en ninguna tierra lo mismo que en ninguna idea. “*Es posible que yo huya; pero a lo largo de toda mi huida busco un arma*”, solía repetir. Fiel a la Fuga, y aborreciendo la instalación, escaparía -pensaba- a todos los mecanismos de control social, viviría a salvo de todas las máquinas normalizadoras e integradoras de este mundo. “Inocente”, sería también de algún modo “libre”. Debo reconocer que, para este giro de mi pensamiento, fueron decisivos algunos libros (el “Anti-Edipo”, de Deleuze, particularmente; pero asimismo los textos de Foucault, de Artaud, de Bataille, de Nietzsche,...). Era yo, por aquel entonces, excesivamente vulnerable a la palabra escrita...

La esperanza de conocerme, que corrompió este afán mío de recuperar la dignidad, pronto enlazó, así, con esa otra esperanza de conservar la consciencia tranquila, las manos limpias, el corazón intacto. Ridícula esperanza de preservar la salud en un mundo enfermo, la bondad entre los malvados, la inocencia en una cueva de ladrones...

Construí una épica de la Fuga y me presenté como héroe de la evasión interior. Mentí sobre mí mismo y escribí demasiadas páginas acaso sin valor. La esperanza volvía a arruinar mi trabajo. De nuevo muy lejos de mí, Basilio nunca huyó de nada, siempre fue la misma persona, dedicó toda su vida a un solo oficio y mantuvo a lo largo de los años un pensamiento mínimo pero invariable. No pierde el tiempo examinándose; le basta con cuidar de sus ovejas. Matarife, vendedor de corderos, se sabe sucio y se sabe cómplice. Degüella. Trafica. Negocia con la burguesía de los carniceros; los enriquece. Trata con tipos desaprensivos, intermediarios y especuladores. De espaldas al Estado, Basilio da sin embargo la cara (diría el alma) al Capital. Y no se arrepiente de ello: “*A veces debe uno besar manos que quisiera ver cortadas*”. Brecht ya lo admitió: “Desgraciadamente, nosotros que queríamos preparar el camino para la amabilidad no pudimos ser amables”. Con sus manos sucias, intranquila su consciencia, culpable como todos, Basilio al menos no se engaña. Jamás depositó su esperanza en esa especie de higiene absoluta del corazón. Y en lo que concierne al autoconocimiento, su postura apela también a la desesperación: “No sé si me conozco, pero me da igual. No sé. Pienso en otras cosas”.

¿Y en qué punto me hallo ahora, con este *Desesperar* sobre la mesa? ¿De nuevo me engaño? ¿De nuevo construyo un mundo épico? ¿Mitifico? ¿Qué forma de esperanza me impulsa? ¿Continúo presentando mi vida como epopeya, y a mí mismo como héroe? ¿Apesto a vanidad? ¿Desesperé? ¿Así como no me conozco, conozco a Basilio? ¿Desesperó? ¿Existe el concepto del valor de estas páginas? “No sé. Pienso en otras cosas”. Indignidad de todo escribir.

Pagar Por El Simple Uso De Un Orificio

Nada tiene que ver la vida del hombre en desesperación con la ascética. Se relaciona mejor con el desdén de la Secta del Perro hacia los placeres sofisticados: no se repudian por sí mismos, sino por la esclavitud que cuestan. Perfectamente cínica, la austeridad de Basilio no está reñida con un sencillo saber gozar de los placeres de la existencia. Pero este hombre tampoco va a convertir la búsqueda del placer en el propósito último de sus días. No espera del placer una *donación de fundamento* a la existencia. Vivimos, existimos, como por accidente, por un simple capricho de la naturaleza -el estar aquí no precisa del misticismo de un sentido trascendente. Basilio lo ha aprendido de los animales: nacen, se reproducen, muere. Ahí tenemos el sentido. “*La rosa sin por qué, florece porque florece*”, anotó Silesius.

Desublimado, incapaz de fundar nada por sí mismo, el placer no resulta por ello superfluo, desdeñable. Ningún animal rehuye el goce. Basilio, a fin de cuentas, tiene su oveja... Como tantos otros, este pastor poco pulido, de aspecto desaliñado, si no temible, seco en el hablar, renqueante, con muy poco que ofrecer a nadie, no entra en los circuitos que distribuyen y redistribuyen a las mujeres entre los hombres (para un rato, o toda la vida). Excluido de los canales por los que el sexo fluye y la mujer se entrega, Basilio sólo contaba con dos opciones para satisfacer, entre los humanos, sus necesidades lúbricas: la infamia de la violación o la concurrencia a los prostíbulos. Descartado lo primero por el respeto que a mi amigo le merece la voluntad libre del otro, reacio a pagar por el simple uso de un orificio, Basilio halló en la zoofilia la salida más digna. Si de agujeros se trataba, el de su oveja le ofrecía mejores garantías sanitarias y un menor coste. Orgulloso, Basilio no se rebajaba ante una hembra asaetada de machos todo el día. Si hay un lado oscuro en la zoofilia, el de la prostitución se le antojaba noche sin luna. Y las mujeres que no se pagan en el acto, esas otras que enmascaran la transacción con los afeites del matrimonio -las peores de las prostitutas, pues a cambio de la manutención se entregan en cuerpo y alma a un solo hombre y para toda la vida, en opinión de Engels-, hembras de andar por casa, jamás verían en Basilio la posibilidad de cerrar un buen trato, de sacar partido de su venta. Se imponía, pues, la oveja.

Tampoco se sustrae este hombre a las otras comunes circunstancias gozosas de la vida. Nunca falta vino en su tonel, algún jamón secándose en la cambra, cordero en la fresquera... Y sabe disfrutar, como muy pocos, de los placeres sutiles que el habitante de la ciudad ha olvidado: placer de contemplar todos los amaneceres y todos los crepúsculos; placer de respirar el aire más puro, de beber el agua más fresca, de otear los horizontes más vastos, los cielos más despejados; placer de caminar sobre la tierra húmeda, de dormir bajo las frondas, de subir a los árboles como los niños y encaramarse a las peñas como las cabras; de mojarse los pies en los regajos, recolectar frutos silvestres, partir el pan con las manos, llevar un cuchillo al cinto, tirar piedras al río, cantar a solas, gritar sin molestar a nadie, distinguir el trino de los pájaros, masturbarse en la nieve...

Los placeres concretos, acaso los verdaderos placeres, son ajenos a la esperanza. Es la sofisticación del placer, su refinamiento pretencioso o su alargamiento artificial, lo que introduce la esperanza en la órbita del disfrute –y lo que también da entrada al Capital.

Las relaciones de Basilio con la naturaleza lo convierten en una especie de nuevo Robinsón, desencantado. Su isla desierta es la montaña. En ella encuentra todo lo que necesita para sobrevivir. En primer lugar, pasto para el ganado, que, proporcionándole carne y leche, le permite también confeccionarse su propia ropa, de lana y de cuero. A menudo, protección y escondrijo -cuando huye de los entrometidos, veterinarios, asistentes sociales y policías. Y, siempre, leña para el hogar; plantas medicinales y alimenticias, tal la manzanilla, el te de roca o el tomillo, cuyas cualidades conoce perfectamente; frutos silvestres como el champiñón, el espárrago, las setas; aguas, duras o blandas; arenas, para construir y para lavar; a pesar de su denostación de la caza, liebres, perdices, algún jabalí; piedras con que afilar su enorme cuchillo de hoja curva; aliagas para la estufa; ramaza de pino, de sabello, de enebro, para cubrir sus corrales; espliego y ajedrea para perfumarse de sierra; y, sobre todo, senda para sus pies incansables, follajes para aliviar las calores y abrigos profundos donde defenderse del frío, lechos de hierba que invitan al reposo, cielos límpidos bajo los que declararse feliz, vastos paisajes en que explayar sus ojos, el ritmo de las estaciones evitando el aburrimiento, lluvias y nieves para especular con las mieses; flores que alegran la vista mientras, también alegres, viven, y no como cadáveres en el jarrón; fatiga para dormir bien; la magia de un ciervo apenas sí atisbado entre las brumas del amanecer; la solemnidad del águila y la risa de los buitres; esos atardeceres lentísimos que lo embriagan de serenidad, y esas auroras encendidas que sientan como una arenga para los trabajos ordinarios del día...

Estas son las cosas que quiere Basilio. Son, también, las cosas que tiene. Ahí se agota, se apaga, la luminaria humildísima de sus deseos. Entre Basilio y esta alta montaña del olvido valenciano se configura un mundo aparte, un universo autónomo, cerrado sobre sí mismo, que nada demanda (y nada espera) del exterior. Aquí, Basilio podría vivir prescindiendo de los demás, al margen de las leyes de los hombres y de la lógica de sus mercados. La única relación que el pastor mantiene con el mundo exterior consiste en la venta de los corderos. Podría renunciar a ella, ya que no anhela incrementar su fortuna -y se diría que la detesta. Pero el equilibrio del hato, la buena marcha del ganado, exige esa periódica transacción. Además, Basilio, hombre descomplicado, jamás se ha propuesto la autosuficiencia, jamás ha pretendido bastarse a sí mismo en todo. No alimentó la esperanza de remedar a Robinsón, ingenio y proeza. Nada tiene en contra de la venta de corderos. Nunca se vio como un héroe; no quiso convertir su vida en una epopeya. Su suficiencia, que jamás fue un proyecto, ni le place ni le enoja. Simplemente, va con él. “Yo me apaño solo”, me dice.

Desvinculada la naturaleza de la esperanza, deja de funcionar como sostén de un negocio o fundamento para el candor del idealismo. Lo mismo que Basilio no ha soñado erigirse aquí en un “hombre natural”, en perfecta armonía con la montaña, tampoco ha procurado nunca aprovechar sus frutos para ganar dinero (venta de setas, de caracoles, de semillas de enebro, de endrinas, de fósiles, de manzanilla, de té de roca, de cardos, de espliego, de madera,...). Desvinculada la naturaleza de la esperanza, aún se puede vivir en ella sin destruirla, rentabilizarla o pretender salvarla.

Dejando a un lado el sopor de la engañifa, la vida en la sierra nada conserva de bucólico. Desamparante, la rudeza del monte hiere y aflige. Basilio, que de ordinario goza de este entorno, también, y a menudo, lo ha sufrido: las peñas le partieron los huesos; una víbora le dejó para siempre el tobillo izquierdo exageradamente inflamado;

los hielos estriaron su rostro y los soles le quemaron la piel; la senda le pintó las piernas de varices; y, ya sea por la leche de sus cabras o por algún esfuerzo, lo cierto es que esta vida de montaña le ha legado asimismo una gallina muerta, que guarda en la cintura...

Más débil, fragilísimo, menos adaptado, yo inauguré mi vida montaraz padeciendo unas inquietantes, y con frecuencia mortales, “Fiebres Q.”. La bacteria que las produce forma parte del ambiente de la aldea, hallando su reservorio en el ganado. Yo debí contagiarme en mi propio corral, al asistir a una cabra enferma. La crudeza de aquella escena se basta para desterrar todo romanticismo ignorante, todo idealismo blandengue, toda distorsión bucólica, de la percepción de la vida en la sierra. Imaginad a tres hombres, enfangada de estiércol su ropa, los pies en un charco de sangre, intentando que una matriz monstruosamente hinchada, desprendida a causa de alguna infección, entre de nuevo por la vulva de una cabra. Todo ello en medio de los insufribles alaridos del animal, moribundo, colgado de sus patas traseras. Maximino, hombre avezado en estos menesteres sanguinarios, con la matriz en las manos, presionaba fuertemente sobre la vagina tumefacta. Después de una hora de esfuerzos, cosió con hilo de saco y un punzón la hendidura. A pesar de su buen oficio, la cabra murió. Por inhalación, yo pasé a cobijar una colonia de bacterias, liberadas del órgano infecto. Durante casi un año y medio, conviví con el agente de mi dolencia, la coxiella burnetti, acartonada en mis huesos. Enfermedad y miedo.

Tanto en el disfrute como en el pesar, la vida de Basilio, al igual que la de otros muchos aldeanos, está exenta de esperanza. La enfermedad y la muerte son compañeras de existencia, de las que nadie sueña librarse. Conservar la salud no se ha convertido aquí en un proyecto, objeto de esperanza. Tuberculosis, meningitis, tétanos y maltesas componen un cuarteto de afecciones que han terminado erigiendo la enfermedad en algo cotidiano, recurrente, contingencia habitual ante la que es necesario endurecerse. No han sido raras las muertes en el pasado, por esos motivos. Y tampoco se descartan ahora. Contra tales dolencias, como no se alimenta la esperanza de una vida en salud, los hombres no se defienden. Consumen como siempre la leche de sus cabras, tuberculosas y brucelósicas en variable medida. Conviven con perros, gatos, mulas, corderos y ovejas bajo el mismo techo del hogar. Jamás usan guantes o mascarilla. Limpian los corrales cuando pueden, y no mucho más los suelos de las casas. Comen, a veces, con las mismas manos sucias con que han ordeñado, sacrificado animales, movido estiércol,... La obsesión higienista moderna, que asola nuestras ciudades, tiene aquí muy poco que hacer. Estos hombres, al menos en lo concerniente a la salud, están desesperados. Si no se alcanzan extremos de epidemia, ello se debe a la adaptación de sus organismos, progresivamente inmunizados contra los virus y las bacterias del ambiente. Todos, sin embargo, han pasado las “Fiebres de Malta”, y vieron morir por ellas a no pocos de sus conocidos. También muchos quedaron con secuelas. Endémica como el tétanos, la tuberculosis acecha a los ancianos. De vez en cuando, un caso de meningitis estremece la aldea...

Y del mismo modo que no se abriga la esperanza de la salud perpetua, tampoco se da cobijo a la ilusión de una existencia arraigada en el placer. No se espera de la felicidad que dure, ni que sea aún más feliz. Los mismos pastores millonarios de hoy rozaron la mendicidad no hace mucho tiempo. Saben lo que es el hambre. Temen que regrese. No esperan que su bonanza del momento sea eterna.

Pertechándose contra la hambruna, estos hombres se aprovisionan de un modo rigurosamente desconcertante. Cada casa de la aldea tiene algo de tienda, de mercado de abastos. Repletas las despensas, se diría que sus moradores se preparan para años de guerra. Kilos y kilos de arroz, de pastas, de alubias, de patatas; decenas de tarros de café, de cacao, de conservas de todas clases, lo mismo de tomate que de atún, de mermelada como de guisantes, de bacalao y hasta de champiñones; litros de aceite, de vino de mesa, de licores, de refrescos; congeladores atestados de carne y de verduras; jamones en la cambra, y también cecinas sin número, embutidos secándose, tinajas con enajados de cerdo y de oveja... Indefensos contra la enfermedad, los aldeanos se protegen de una indigencia vieja conocida. La esperanza ha sido expulsada aquí de los territorios limítrofes del placer y del dolor. Se volverá a gozar y se volverá a sufrir. Nada más.

Decir Que Yo Era Uno De Los Medios De Que Disponía La Literatura Para Deshacerse,
Arma Con La Que Podría Suicidarse

Cabe la posibilidad de que esté llevando la figura de Basilio hasta un extremo de desesperación que él mismo no aceptaría. Tal vez mitifique. A mi manera, podría estar incurriendo en una suerte de idealización vulgar. A lo peor, falseo la realidad de los aldeanos y distorsiono esta existencia suya marginal. Las cosas pueden no ser así. Acaso miento. A Basilio le falta consistencia humana, verosimilitud. De tanto preservarlo de la esperanza, lo estoy convirtiendo, quizás, en una abstracción, un sistema filosófico, una momia conceptual. Pues bien, mala suerte. No me preocupa. Mi tema es la desesperación, y no Basilio; desesperar, y no la vida en aldea. O, dicho de otro modo, mi tema soy yo, y no la desesperación; yo, y no desesperar; yo, desesperado. No he cambiado mucho, a este respecto, desde los días en que empecé a escribir, aún adolescente, hasta estos tiempos seniles en los que ya *no* escribo... Sigo tratando de mí, sin conocerme; hablando de los demás, sin haberme molestado en comprenderlos; tocando temas empalagosos, cuando detesto toda pesadez. No he cambiado: intelectualmente contrahecho. Senectud camino de los cuarenta años, como si sólo hubiera vivido un día y ya me atenazara un gran cansancio de existir. No he cambiado, a lo largo de ese día de cuarenta años. Intelectualmente contrahecho. Por lo menos, ya *no* escribo. Contrahecho.

¿Qué es esencial y qué es accesorio en este texto? ¿Es Basilio accesorio? ¿Pertenece al mundo de los recursos? ¿Es mi instrumento? ¿O es la desesperación lo superfluo, asunto de técnica, estrategia narrativa? ¿No seré yo, más bien, lo que sobro, lo externo, cuestión formal? ¿Seré un recurso? A veces pienso que en este trabajo, como en la mayor parte de los anteriores, sólo abordo un tema, obsesión de fondo en relación con la cual todo es secundario, marco, aparejo, esqueleto: el tema del escribir, lo que sea mi escritura. Y puedo estar apuntando de alguna forma que ella sí que es superflua, accesorio, ella sí que pertenece al mundo de los recursos. De más en mi existencia, prescindible como todo objeto, puedo representarme mi escritura como un útil para tristes fines, herramienta rota para la reparación de lo patético. De sobra, por un lado; y, por otro, desdichadamente necesaria. No sé... *En otro tiempo, me gustaba decir que yo era uno de los medios de que disponía la literatura para deshacerse, arma con la que podría suicidarse. Ahora digo que no escribo, como si yo fuera el suicidado y ella me hubiera deshecho...*

¿Es mi vida un recurso literario? Sé que, durante años, lo fue. Y me temo que, quizá a lo largo de ese mismo periodo de tiempo, la literatura fue para mí un recurso existencial. Ahora, *no* escribo. Esto no es escritura. ¿Dónde está, en estas palabras, lo accesorio, y dónde lo esencial? Un saco de palabras, siempre lo fui. Saco de palabras, también este “Desesperar”. El saco, yo desesperado. “Palabras, palabras, palabras que me ahogáis; tengo sed de otra cosa”, escribió Bataille. Desde luego, no es mi caso.

Siempre me escondo detrás de las palabras, lo mismo cuando escribo que cuando pienso. Si no me escondiera, no sería lo que soy. No me sería. ¿Cómo se puede escribir y decir al mismo tiempo la verdad? ¿Se puede? No, creo que no. *La verdad no está hecha de palabras*. Las palabras dicen que yo soy Pedro García Olivo. Sin embargo, yo, que conozco mejor que nadie a ese Pedro, me desconozco profundamente a mí mismo. Saquito.

La Razón No Es Popular

Cuando la Razón vuelve su rostro avejentado a estos parajes residuales, siente la tentación de ser generosa, salvar lo salvable, reconciliarse con saberes que tradicionalmente se le enfrentaban. Habla, así, de “cultura popular”, imaginándose de todos modos vigente en algunas de sus manifestaciones. “Existe -nos dice- una sabiduría popular, fundamentalmente médica, basada en la experiencia y en una forma mía rebajada, grosero raciocinio en cualquier caso bien fundado”. Remedios caseros de una medicina bastante naturista; gastronomía regional; inteligencia práctica en el cuidado de los animales; arquitectura popular; destreza, diseño y sentido de lo útil en la artesanía; oficio y paciencia de una agricultura casi sentimental, todavía investida de cierto primitivismo biológico...

Sin embargo, esta Razón de rostro añoso se equivoca. Y no es una de sus especies más toscas, de espíritu campechano, poco “instruida”, la que ha alumbrado esos saberes. Dudo también de que se funden siempre en la experiencia. Yo hablaría de magia, de poesía brutal, de refinada superstición, de venerable prejuicio; hablaría de teatro, si bien de la crueldad; de juego metafísico, de puesta en escena enloquecida, de imaginación errática, de ternura indecible, de barbarie.

Las enfermedades del globo ocular se curan en esta tierra poniéndole al animal un pañuelo anudado al cuello. Las intoxicaciones, pegándole un mordisco en la oreja, para que sangre gota a gota. La meteorología se rige por la luna. Los curanderos son más estimados que los veterinarios. De modo casi unánime, se cree en el “mal de ojo”; pero son muchos los que niegan la existencia de las bacterias, de los virus y, en general, de cualquier enemigo no-visible de la salud. “Cometocinos de campo”, como sostuvo Joyce, los hombres de la aldea se niegan a admitir que el consumo de cerdo sea dañino en lo más mínimo. Para prevenir desgracias, mejor pintar los cuartos de azul. Si el día de San Antón no se le hace una hoguera al benefactor de los animales, habrá muertes en el hatillo con toda seguridad. El tétanos es una serpiente que le entra al hombre por un pie, le crece dentro y, por fin, se come su cerebro. Un hueso de conejo lanzado al aire determina, según como caiga, el sexo del niño que habrá de nacer. Igual que existen los curas, existen las brujas: cuestión de fe. Las puertas que chirrían barruntan lluvia. Un partido político que gana las elecciones es como una oveja vieja que tenemos que cebar para sacrificarla y hacer chorizos. Cuando por fin engorda, come muy poco y ya casi no supone gasto. Nos conviene que el partido en el gobierno sea siempre el mismo, una vez cebado con nuestros dineros; pues, si entra otro, nos robará como aquél, para engordar a su gente, que llegará flaca y con hambre. Hay una nube rechoncha, llamada “la tonta Baltasara”, que aparece por levante y anuncia tormenta para el día siguiente. Por cierto, la última “tonta Baltasara” resultó ser un incendio. El interés de los doctores es hacer muchas recetas, pues tienen comisión en la farmacia. *Un pastor leyó una vez en un libro muy antiguo, de cuando se sabían todas las cosas y las letras se adornaban con dibujos, que, andando el tiempo, la tierra entera se convertiría en un desierto. Y debe ser verdad, por lo antiguo que era el libro y lo elegante de los dibujos...*

Si la Razón interviene aquí, lo hace de una forma tan extraña que cabría sospecharla demente. Pero no interviene. Este mundo le es hostil, por mucho que intente arredarlo. La Razón no es popular. Habiendo dominado prácticamente el planeta, a la par que su correlato económico (el capitalismo), su protegido social (la burguesía) y su referente político (la democracia), no ha sabido ganarse el corazón de estas gentes.

67.
Gran Odiador

Debo ser un charlatán, puesto que me encuentro tan a gusto entre las palabras. Un charlatán enfermizo, ya que, a la vez, las odio más que a nada en la tierra. Y nunca descarté la posibilidad de estar loco, pues hablo a solas, al vacío, ni siquiera a mí mismo. Lo que menos soportaba de la Enseñanza no era el hecho de tener que tomar la palabra, sino la circunstancia de que esas palabras fueran inmediatamente oídas. Una de las cosas que más detesto de la literatura y su mundo es la existencia del lector. Me parecería perfecta si también ella hablara vacío. Nada tendría que objetar a una escritura que no se firmara, absolutamente anónima, y que permaneciera por completo a salvo de ser leída. Pero eso no es escribir. Si no hay un hombre pedante, vanidoso, soberbio, que se mira sin descanso el ombligo, y otro encandilado, fascinable, disponible, que le profesa estúpida admiración (todo admiración es estúpida), y quiere también echarle un vistazo a ese ombligo ajeno, entonces no hay literatura, no hay escritura. Por ello, lo mío, sin lector y con un autor que se desconoce, será siempre un *no-escribir*. ¡Cuánto deberíamos aprender de esos escritores anónimos de libros que se han perdido! Ellos son mis inspiradores. A ellos dedico esta no-escritura.

Una observación: la búsqueda de la paradoja, el gusto por la frase ingeniosa y desconcertante, que se afirma contra la corriente de las opiniones compartidas y defiende lo indefendible, el discurso provocativo, aturdidor, en la línea de Oscar Wilde, no me interesa en absoluto. Si alguna vez parece que me precipito por esos callejones de pirotecnia barata y ocurrencia de bufón, se trata sólo de un espejismo, o de correcciones ópticas que me permito sin ningún fin, con la inercia de quien se fuma un cigarrillo. La paradoja no es, en mi caso, asunto de estilo, técnica literaria, sino un fruto fatal de mi mala (rota) cabeza. El pensamiento no es lo mío. No lo practico. Cojo y dejo las ideas como conversaciones de parada de autobús, y con tan poco respeto hacia su pretensión de verdad que a veces me hundo en la contradicción y en la incongruencia. Todas las teorías me seducen unos segundos, y después me cansan. Estoy harto, incluso, de este dar vueltas mío en torno al desesperar. Mi odio al Estado no es una idea: es un sentimiento que me entró por lo ojos antes de que intentaran enseñarme a usar el cerebro. Mi odio a la burguesía es también un sentimiento, pero éste me entró por el sudor del cuerpo, mientras el sádico de mi primer patrón se echaba una siesta surestina delante mismo de nosotros, sus trabajadores adolescente, borrachos y extenuados. Mi odio a la cultura es biológico, una reacción del organismo al exceso de saberes que me han administrado hasta hacerme perder la inteligencia natural y el conocimiento espontáneo. Y mi odio a la escritura puede tomarse como una manía de viejo chiflado que olfatea algo podrido allí donde otros aspiran no sé qué fragancia embriagadora. En otra parte hablé de “husmo”: hedor a carne en descomposición. Fuera de esto (y dejando a un lado la repelencia que siento hacia el hombre; no ya odio, sino desprecio y asco), no hay en mí ninguna constancia, ninguna fijación de la reflexión, nada mental permanente. A menudo, me defino como un gran odiador, boca enemiga.

68.

Mórbida Esperanza

Me parece que no hay ni una sola idea humana que no esté preñada de mórbida esperanza: si no fuera incapaz de pensar, *ahí* tendría un motivo para dejar de hacerlo.

Seguiré Robando, Y No Ejerciendo...

La forma que tiene de corromper la pobreza es más dulce que la de la riqueza. A mí me corrompieron ambas; a Basilio, ninguna. No fui inmune a la acumulación de capital, y luego dilapidé mis ahorros como un necio. Inmoralizándome, la pobreza me arrojó al mundo del delito, donde atesoré hermosas vivencias. Nunca me sentí mal después de un robo, y sí cada día a la salida del trabajo. Decía Genet que robar era más digno que trabajar. Por supuesto... Más conscientes son de ello los peores trabajadores que los mejores ladrones.

La vocación hacia el hurto me llegó en la niñez. Para mí era una tarea absolutamente seria, trascendente, a la que dedicaba lo mejor de mi inteligencia y lo más incisivo de mi imaginación, robar golosinas en el supermercado. Fui creciendo, y a la par perfeccionando mis mañas, ganando en astucia, robusteciendo mi afición. Sustraía cintas de música y ropa en los Grandes Almacenes, libros en las papelerías de barrio, cualquier cosa en los autoservicios. El día en que no perpetraba un robo, faltando a mi cometido, descuidando mi misión en la tierra, se revestía para mí de un carácter trágico. Removíase mi consciencia, que no me perdonaba la desidia... Procuré inculcar ese hábito a mis amigos, y empezamos a divertirnos juntos. Los más pequeños de la pandilla traían a la “cabaña-cuartel” mandarinas de las tiendas, tebeos de los quioscos, material escolar del Colegio,... Los mayores nos decantábamos ya hacia el alcohol, los preservativos y los pequeños artilugios que se pueden regalar a las mujeres. Una de mis hazañas más notables fue sustraer una peluca de un departamento de El Corte Ingles, llevándomela puesta. Se la obsequié a mi madre, que estaba loca y gustaba de disfrazarse. El día en que mi padre, para conmemorar mi recién estrenada mayoría de edad, me regaló una moto robada, se avivó hasta la indecible la llama de esa pasión mía por el *desorden en la propiedad*. Según parece, hubo un accidente, una colisión en la que se vio involucrado un motorista. Mucha gente acudió a ayudar a los heridos, entre ellos el dueño del ciclomotor. Mi padre se acercó, y aguardó. Cuando se disolvió el tumulto, y ya no quedaba nadie en los alrededores, cogió la moto y la echó en la furgoneta. Habiéndole conseguido una matrícula falsa, la escondió en un antiguo cebadero hasta el día de mi cumpleaños. Nunca se me olvidará ese detalle de mi progenitor, al que debo el cultivo de mis mejores cualidades. Todavía hoy, siempre que puedo regalo algo robado.

Cuando aprobé la oposición al cuerpo de profesores de bachillerato, mi flamante condición de funcionario me permitió progresar todavía más por esa vía de la ilegalidad y del delito. Adquirí un coche que debía pagar en cuarenta y ocho plazos, y no hice frente a ningún recibo. Me lo llevé al extranjero, a Budapest, dejando mi cuenta en números rojos. La Citroën me localizó finalmente gracias al buen trabajo de un detective, al cabo de tres años; y la Banca Nacional de París, concesora del préstamo, me inscribió muy arriba en su lista de morosos. Falsifiqué la dirección que constaba en mi carné de conducir, y durante mucho tiempo no pagué ninguna multa. No me llegaban las notificaciones. Compré también a plazos una bicicleta en Galerías Preciados, y sólo pagué la mitad. Una empleada de este establecimiento llamaba periódicamente a mi madre, intentando conseguir mi dirección. La pobre, en su desvarío, le contestaba que todavía no había regresado de China. En fin, me aproveché de la honorabilidad que se supone en un funcionario para dar trabajo extra a los Departamentos de Ventas y a los detectives privados de la Banca.

Otro recuerdo encantador de mi juventud sitúa en mi casa a unos cuantos hombres encorajinados intentando embargar cualquier cosa, desesperándose por la inexistencia de los bienes que pretendían secuestrar, por la falta de valor de los demás enseres y por las palabras de mi padre, que eran siempre las mismas. “Si quieren me pueden llevar a la cárcel, pero entonces no trabajaré y no podré pagar lo que debo. Ustedes verán...”

Mi padre. ¡Cuánto gasóleo hemos robado juntos de los camiones y de los tractores, cuántas herramientas de los talleres, cuánto material de construcción de las obras...! ¡El sí que era un educador!

Llegó sin embargo el momento en que uno de mis peores robos, sustracción de considerable cuantía, obtuvo la aprobación del Estado y el beneplácito de la ley: fue el día en que me ingresaron mi primera nómina de profesor agregado. Y eso sí que soliviantó mi consciencia. Demasiado dinero por nada; demasiado dinero por dominar a un hatajo de infelices desprovistos de poder; demasiado dinero para que cerrara los ojos al oprobio de la docencia; demasiado dinero para un soborno; demasiado dinero, robado a toda la comunidad, por permitir que me imbecilizaran y seguir a rajatabla el lema de Cortázar (“mandar para obedecer, obedecer para mandar”); demasiado dinero por deponer las armas de la crítica y abdicar de la soberanía sobre mi inteligencia; demasiado dinero sustraído a todo un país, aquiescentes la ley y el Estado. ¡Los profesores, menudos ladrones *de guante blanco*! ¡Menudo robo a todo el mundo, particularmente a los más humildes!

Si al acto de robar se le extirpa ese componente de atentado contra la moral hipócrita y de desobediencia a la arbitrariedad de la ley, pierde para mí todo su interés y todo su valor. Reivindico, una y mil veces, los innumerables pequeños hurtos de mi padre, llenos de poesía, de imaginación, de juego infantil y burla inocente, pero también impregnados de un sentimiento certero de la equidad social (nosotros, miserables, robábamos a fin de cuentas a quienes algo tenían que defender), atravesados por un instinto profundo de rebeldía e insumisión -desacato a la ley lo mismo que a la moral, al Estado como a la Iglesia- y por un desdén absoluto hacia todo lo que ostentara el título de “propiedad privada”. Agentes de una nueva redistribución de los bienes (robábamos para regalar), estimábamos más que nada el gesto en sí mismo, exorcizando a través de él todos los demonios de la apropiación particular y de la disciplina fetichizada. Muy lejos de esta inteligencia maldita del robo, de esta sabiduría díscola del delito, se halla el atraco periódico del funcionario: este hombre roba para obedecer, por haber renunciado a la autonomía de su consciencia, víctima de la moralidad dominante y juguete de la legalidad de los ricos. Roba a toda la sociedad para afianzarse en su cúpula, cubiertas sus espaldas por la ignominia de la organización estatal. No pude contarme mucho tiempo entre ese gentecilla gris, tarada, del crimen legalizado. Capaz de robar a un maestro su estúpido maletín, no soportaba el insulto mensual de la nómina en mi cuenta. Seguiré robando, y no ejerciendo... Si me corrompió la pobreza, dulce veneno el que emponzoñó mi alma. Seré fiel a mi feliz corrupción. Nada espero de los códigos jurídicos, nada de las instituciones civiles, nada de vuestra idea del Bien, nada de la propiedad, nada del asentimiento, nada de los padres que enseñan a sus hijos a trabajar, nada espero de nada.

Desesperado como yo, Basilio en cambio no roba... Una vez más, su desesperación es de un orden superior a la mía: tampoco espera nada de la insumisión programática, de la rebeldía consciente, de la desobediencia que obedece sin embargo a una filosofía concreta, de los padres que enseñan a robar a sus hijos... El sí que no espera nada de nada; espera menos que nada de menos que nada.

¿Desesperar De La Lucha?

Como se habrá observado, una de las fuentes más importantes de contradicción en mi discurso radica en lo movedizo de la relación que el eje de mi sensibilidad (se llame corazón, cerebro, o de cualquier otro modo) sugiere y no establece entre “desesperación” y “lucha”. ¿Es la Desesperación todavía una forma de lucha, acaso menos “política”, ya casi “metafísica”, y, por tanto, de mayor calado? ¿O, teñido de esperanza todo el concepto de Lucha, exudado de la falacia, sería preferible prescindir de él? ¿Es el hombre desesperado un luchador de fondo, casi abisal, o son todos los luchadores, desde la raíz misma de su práctica, servidores de la engañifa? ¿Será la Desesperación un concepto ideológico tendente a la rendición, a la entrega de armas, a la claudicación absoluta del individuo? ¿Será administrado este “desesperar” por el propio Sistema para neutralizar eventuales recidivas de la lucha? ¿Es grato mi concepto del *hombre desesperado* a los poderes económicos, políticos y culturales enfrentados siempre a la figura del luchador?

Es, ésta, una cuestión que no tengo resuelta en absoluto. Me gustaría ser visto en todo momento como un luchador y, si fuera posible, un luchador desesperado. Pero igual que atisbo algo de “ilusión”, de “falso consuelo”, en la idea misma de la lucha como motor de la existencia, percibo un tufo de pasividad, de conformismo y hasta de complicidad en el desarrollo lógico del concepto de *desesperación*. Siéndome ambas ideas muy queridas, ya no sé si desesperé de la lucha o si lucho a la desesperada. Probablemente, desesperé de algún tipo superficial de lucha, y ahora me aboco a un combate interior, a una pelea trascendente en la que está todo de una vez en juego. Quiero creer que no hay lucha de hondura, gravedad de la lucha, sin un previo desesperar. Denunciante infatigable de todo enemigo fantasmal, de todo simulacro del combate, la desesperación despejaría así la senda de la lucha, acabando con la obstrucción de las más diversas ideologías apaciguadoras. Nos llevaría al lugar exacto del enfrentamiento y ante el adversario verdadero.

Pero no puedo descartar las posibilidades restantes, opuestas a esa problemática reconciliación de mis dos estimados conceptos: que desesperar equivalga a deponer las armas de la transformación social, y que la lucha sea estéril al fundarse en un sucedáneo de la esperanza.

Luchador. Desesperado. Cambiar la vida. Defenderse. Rebelarse. Emanciparse. Transformar la sociedad. Ausencia de toda engañifa. Resistir. Oponerse. Desesperar de la lucha. Falsa Consciencia. Ideología. Misticismo. Opresión. Estado burgués. Lucha desesperante. Desenmascaramiento. Legitimación. Discurso peligroso. Creyentes. Aprender a callar. Tiempos sombríos. Siniestra organización. Lo Que Sea La Realidad. La paz del cementerio. Y ESOS SON LOS IMPRESCINDIBLES. Una mano que es invisible y que mata. Gallinas muertas, en el cerebro. Superficies desiertas... No sé de qué manera atar estas palabras, no sé qué hacer con ellas; ellas me hablan. ¿Y esto es lucha? ¿Esto, desesperación? ¡Saco de palabras! Ni lucho, ni estoy desesperado. Sólo escribo. ¿Sólo escribo? ¡Sólo! *No digas eso, por Dios.*

Basilio no gusta de presentarse como un “hombre desesperado”. Tampoco se ha sentido nunca impelido a definirse como “luchador”. Distingue a la intelectualidad el hábito de sepultar la complejidad del ser, o la extrema simplicidad del no-ser-nada, bajo un cúmulo de etiquetas vacías. De sí mismo, Basilio sólo indica que es “pastor”, y natural de Arroyo Cerezo; sobre los demás componentes de su identidad mantiene un

seco y lúcido desdén. “¡Qué misión cómo sea!” “¿Qué falta tengo yo de saber si lucho o no lucho, si estoy desesperado o no lo estoy?”

¿Por qué enfangar las cosas que hacemos o no hacemos en el légamo de las palabras? Siento, no obstante, esa necesidad. La siento aguda, punzante, insoportable.

Hay escenas en las que el alma de un hombre se expresa mejor, reflejándose como ante un espejo, que por medio de las palabras; imágenes en las que el hombre *está* por entero, sin mediaciones ni subterfugios. De Basilio recuerdo una, sumamente reveladora: durmiendo en el gallinero, al calor de un humilde candil, para defender sus aves del gato montés que asolaba los corrales. Durante varias semanas, el gato fue la mayor preocupación de Basilio, el objeto invariable de sus pensamientos. Primero mató las gallinas y los pavos de Ernesto; luego los pollos de Domingo, el vaquero; por último, los conejos de Carla. Basilio no quería correr la misma suerte. Por ello, a pesar del frío del otoño, de la lluvia y de las nieves, de la humedad de esta tierra, del estiércol de su corral, de las ratas; a pesar de todo, Basilio tomó la costumbre de dormitar (“sornar”, diría Balzac; palabra que sugiere el reposo de las fieras, vigilante, intranquilo, receloso) cada noche con sus gallinas, al raso, en aquel pequeño, sucio y maloliente recinto destejado. Desde aquí lo veo, con su zamarra hecha trizas, sus botas altas, el pasamontañas agujereado, los cabellos en grasiento desorden, recostado en un rincón, con la cabeza al lado del candil, esperando en semivigilia, ni durmiendo ni despierto, al temible felino. Toda su vida estaba allí, todo su ser, toda su desesperación también. No tenía otro propósito, nada más importante entre las manos, ninguna otra inquietud, nada por lo que luchar, a excepción de ese procurar salvarle la vida a sus gallinas. No hallaba otro motivo para la angustia, otro asunto sobre el que reflexionar, salvo el gato montés y sus mañas. Así de concreta era su existencia, así de hundida en lo vivo, en lo terrenal, humana demasiado humana, sin engaños, espejismos, empresas filantrópicas, grandes tareas, ideales que lo distrajeran de lo fundamental –*lo fundamental*: la defensa de la vida que le rodea, de cada vida a él vinculada, su propia protección. No le atormentaba la causa de la Libertad; no se desvivía por la Ciencia; le traía sin cuidado el futuro de la especie humana; ignoraba si estaba ahorrando mucho o gastando en demasía; no le preocupaba su prestigio, lo que se podía decir de él; no le acosaba la necesidad de irse, de cambiar de vida, de fundar una familia; ningún objeto deseaba adquirir, ninguna relación amistosa debía cultivar; nada, en definitiva, le daba vueltas por la cabeza, excepto el peligro que corrían sus ocho gallinas. Sólo abrigaba una esperanza: la de poder salvarlas. Noble de corazón, frío de inteligencia, Basilio se ocupa únicamente de lo más valioso. Ni le encandilan las quimeras de la Modernidad, ni se deja sojuzgar por los vástagos de la vanidad humana y de la consideración social. Superhombre nietzscheano, este Basilio. Qué bien entendería a Zaratustra: “Mi consejo, realmente, es que os alejéis de mí y me evitéis”.

Está lloviendo. Son las doce. Los perros vigilan cansíos. Pero Basilio no se descuida. Esas son las noches que espera el gato para hacer sus fechorías. Un saco de plástico le servirá de impermeable. Tiene muchos. Eran de abono. Como hace frío, se echará por encima del abrigo la piel de “manso” que le curtió su madre, poco antes de morir. Ya ha cenado bastante. No puede con esas morcillas de arroz y sangre de cerdo. Se las tira a los perros. También tienen derecho... Apura, no obstante, el vino. Poco más de un litro, por cena. Y, como todas las noches, hace del estiércol su cama y se dispone a dormir con un ojo abierto y otro cerrado.

Por cierto, Basilio no logró su objetivo. Una de esas noches lluviosas y heladoras, el gato se encaramó a la tapia de su corral. El vigía se puso en pie. Lo vio bien claro. “Como los de casa, pero más grande”, dijo al día siguiente. Empezó a gritar, para alarmar a los perros. Fue inútil. Cansados de ir todo el día con las ovejas, los canes

tardaron en reaccionar. El gato montés no tuvo miedo de Basilio. “Me miró a los ojos, y no se asustó. Bajó de un salto, me esquivó y medio mató a tres de las ocho gallinas...” Garrote en mano, Basilio procuró noquearlo de un golpe en la cabeza, como hizo con el Guardia Civil. Pero no tuvo tanta suerte. “Apenas le di en el costillar”. Como es costumbre en la aldea, y para hacerse caldo por las noches, mi amigo “arregló” las tres gallinas. Nada se desperdicia.

El Sabor De Las Heces

Por mi parte, si tuviera que elegir una escena de algún modo reveladora de mi espíritu, tal y como a veces se me representa, no dudaría en lo más mínimo: una sofocante noche de verano, después de cenar, acucillado debajo de la mesa de camilla, oliendo el sudor de los pies de mis padres, que repelan sus platos como si fueran los últimos y comentan algo del poco dinero que va quedando, emigrantes en Barcelona, discriminados por ser murcianos (“de una puta y un gitano -decía el refrán- nació el primer murciano”), me introduzco el dedo índice en el culo y me lo llevo a la boca rebosante de mierda. Me gustaban las heces, porque estaban dulces; y me las comía después de cenar no sólo para acabar de matar el hambre...

¿Qué se puede esperar de un coprófago miserable? Nada, que escriba si acaso. En el patio de mierdas secas que es este mundo, se buscará un rincón olvidado por las moscas y nos defecará alguna novela. Llena de mal gusto. Pésima. Como esta página.

Demasiadas Moscas, En Ese Rincón Del Patio

Redacto estas páginas en las mejores condiciones del mundo. Mi despacho es la montaña. Mi compañía, un hatajillo de cabras. No hay hombres a la vista. Escribo al amanecer, y poco antes de que el sol se ponga. Recostado perezosamente en las rocas, o caminando. Nada me distrae, salvo la belleza del paisaje. Sobre mi cabeza, siempre un buen pedazo de cielo, como quería el Swam de Proust. *Y mi escasa imaginación libando algún recuerdo, cortejando alguna idea.* Me declaro incapaz de escribir en una habitación, cerrada a la vida, delante de un ordenador, antes o después del trabajo, comodamente sentado, con el café calentito en la taza, respetado por una mujer que no quiere molestarme y unos niños a los que se les dice que su papá es muy inteligente. Demasiadas moscas, en ese rincón del patio. Gallinas muertas, en el cerebro.

Hay un rasgo de Basilio que no pasa desapercibido ni a sus más acerbos detractores, y que suscita general admiración: su carácter absolutamente inofensivo para el resto de los hombres. Excepción hecha del altercado con el Guardia Civil, Basilio jamás ha tenido el menor tropiezo con uno de sus semejantes. No se le recuerda ni una sola riña, física o de palabra; no ha participado en ninguna de las rencillas que dividen el pueblo. Nadie se ha sentido nunca calumniado por él, ofendido, injuriado. No ha tenido para sus vecinos ni siquiera la nimiedad de un mal gesto. Pasea su singularidad por la aldea sabiéndose vilipendiado, objeto de mofa, pero sin responder a una tan cotidiana vejación. No se trata, empero, del cristiano “poner la otra mejilla”, sino de una extraña sabiduría práctica a la hora de elegir a sus contrincantes. Sostuvo Mishima que “la altura de un hombre se mide por la de sus enemigos”, y Basilio no concede talla suficiente a las gentes que le rodean. Del común de los hombres no espera nada, ni siquiera su consideración. No tiene una “imagen pública” intachable que estar lavando a cada rato. No le preocupa lo que digan los demás. Muy noble debe ser la lucha para que Basilio se involucre en ella. Como el filósofo arisco que la emprendió a martillazos con los ídolos modernos, “a una edad increíblemente temprana descubrió que ninguna palabra de los hombres le haría jamás el menor daño”. Se enfrentó al Guardia Civil, eso sí. Pero, en primer lugar, porque nada queda de un hombre debajo de ese uniforme. Y, en segundo, porque aquel desaprensivo amenazaba la integridad de su cuerpo, y no sólo su reputación. Era el organismo entero, la carne, la piel de Basilio, lo que el desalmado agente puso en su punto de mira. Y Basilio defiende a muerte esa dimensión suya corporal. Un ser capaz de apalearte impunemente, con esmerada profesionalidad, sí que es un enemigo de talla. No es un hombre, tampoco una bestia. Algo peor. Aún más que el gato, temible. Y de su nefando poder Basilio se protege con todo el alma. Nada demanda de los hombres, salvo que no le hieran el cuerpo. Desesperado, inmune a la palabra, a las armas de la inteligencia, al filo de la agresión simbólica, Basilio ha recuperado la fortaleza de los animales verdaderos: se revuelve sólo si le infligen un daño físico. Con su nombre, con su imagen, con su reputación, que hagan lo que quieran. Eso no duele. Y él no perderá el tiempo en una guerra tan trivial y ante un enemigo tan pequeño.

Pertenece al ámbito de la esperanza la extrema susceptibilidad ante la opinión ajena: esperanza de inmortalidad, de vivir sin el soporte del cuerpo a través del brillo del nombre, de la reputación clavada en la memoria de una comunidad. Como el hombre que anhela tener muchos hijos para no morir del todo cuando haya muerto del todo; como el escritor que acumula publicaciones exactamente para lo mismo; como quienes creen en “otra” vida por no poder soportar la falta de sustancia de la única vida realmente existente, falta de sustancia del ser humano, perfectamente mortal; como todos estos tristes domésticos de la ilusión, la persona que vive pendiente de lo que los griegos llamaban “doxa” (consideración social, renombre, opinión ajena) sucumbe risiblemente a la más vana, superflua y estúpida de las esperanzas: la esperanza de eternidad. Antístenes, cínico de la primera hora, reivindicó, por contra, la “para-doxa”, un vivir sin tener en cuenta lo que los demás puedan pensar o decir del propio comportamiento. Diógenes, queriendo llevar a la práctica esa consigna, se equivocó de camino: al buscar premeditadamente la provocación, el escándalo, el espectáculo disgregador, seguía tomando como referente la “doxa”, continuaba trabajando, viviendo, para la mirada de la comunidad, atento a la palabra de los otros, labrándose

una imagen pública, patético siervo de su propia “mala reputación” y sacrificadamente fiel a su fama de “hombre-perro”. Basilio, más cínico que estos cínicos -en la acepción antigua de la palabra “cinismo”: “kynismós”-, sí que sabe vivir de espaldas al “qué dirán”, en las antípodas de la sed de eternidad, indiferente a lo que los otros hagan con su nombre, defensor cerril sin embargo de la integridad de su cuerpo felizmente perecedero. Y todo ello sin llevar una vida de opereta, desde el anonimato, hostil a la teatralidad, sin el menor propósito de importunar a nadie. Diógenes superado, Basilio se instala así en una minúscula región de libertad posible -sobre sus actos no pesa el juicio de los demás. ¿Qué queda de un hombre si lo despojamos de los fundamentos de su apariencia? Queda el animal que no se atreve a ser, lo que Basilio ha hecho de sí mismo.

75.

Animal Feliz

Ahora que tengo un hijo, se me puede hacer una pregunta: ¿cómo quieres que sea, qué esperas de él? De él no espero nada. Me gustaría que fuera un animal feliz.

El Burdel De Los Empleos

Chamorro, pastor de Ademuz, tuvo un día una curiosa idea. Asiduo del Club del Hontanar, la casa de putas de los ganaderos, descubrió allí la posibilidad de hacer un negocio. Era popular en aquel establecimiento por su comportamiento invariable y fastuoso. Cuando llegaba, ponía encima de la mesa doscientas o trescientas mil pesetas y exigía que todas las prostitutas estuvieran enseguida a su servicio. Esperaba a que se fueran los demás clientes y, cerrado el garito para atenderlo exclusivamente a él, iniciaba un período de fiesta particular, de jolgorio privado, que duraba toda la noche y buena parte del día siguiente. Desnudas, todas las mujeres debían moverse alrededor de él. No habría de quedar sin abrir ni una sola botella de champán. Como no tenía carné de conducir, el amigo que lo había llevado en auto debía aguardar en la calle, durmiendo incómodamente por la noche y aburrido desde el amanecer hasta casi el mediodía. Sin embargo, obtenía una recompensa fija de diez mil pesetas y una caja de champán... Chamorro solía acudir al Club una vez por estación, no más. Hay quien dice que trabajaba para eso. Una de las prostitutas, sudamericana exuberante, que sabía manejarlo a la perfección, pronto se situó en el punto de mira de su idea: podía contraer matrimonio con ella y permitir no obstante que siguiera ejerciendo en su casa de La Solana. Muchos pastores acudirían al arrabal, porque la chica hacía muy bien su trabajo y él modificaría inteligentemente las tarifas. Llevaría, así, los dos negocios. Si la joven se quedaba preñada, tampoco le vendría mal un muchachote para las faenas de los corrales... Lo mirara como lo mirara, Chamorro no encontraba falla en el asunto. Ella, para castigar menos el cuerpo y vivir mejor (Chamorro era rico), manifestaba su conformidad, deseosa, casi impaciente... Y él tendría su desahogo bien a la mano, a cualquier hora, sin gasto.

Chamorro explicó su idea a medio mundo. En nadie encontró aprobación, como si se tratara de un disparate. Sin embargo, las mismas personas que se reían en su cara o casi se enfadaban al enterarse del proyecto eran incapaces de dar alguna razón en su contra. Desconcertado, resolvió pedir consejo a Basilio, hombre poco expresivo y de palabra corta y justa. Durante un tiempo había desistido de hablar con él, pues era el único pastor de la zona que jamás pisaba el Club del Hontanar. Como era sabido, se apañaba con su oveja y le había tomado aprensión a las rameras. No obstante, y ya que Basilio siempre veía las cosas de otro modo, siendo su palabra de ley, se decidió a comentar con él sus planes. Certeras, las palabras de Basilio hicieron que se olvidara del negocio. No había en ellas ni el menor prejuicio, ni la más mínima abstracción de lo tratado, ni el más apagado eco de una moral represiva: “Chamorro, tendrás en la puerta más clientes que compreros. Yo sólo te digo esto: no podrás llevar bien las dos faenas. *O se está en una cosa, o se está en otra*”. Chamorro se convenció entonces de que, en efecto, ya bastantes problemas le acarrea sacar adelante sin ayuda, solo, la empresa de los corderos como para compaginarla ahora con un menester difícil que también la granjearía más de un quebradero de cabeza. Para desconsuelo de la sudamericana, el pastor abandonó la idea, resignándose a su condición de soltero sexualmente necesitado.

No se halla, en el discurso de Basilio, rastro alguno de las casi inevitables intelectualizaciones del problema. Había hablado de lo concreto, y de la manera más precisa. No se cruzó por su mente la cuestión de la opresión de la mujer, la censura moral de la prostitución, el escrúpulo religioso que puede suscitar una boda exclusivamente crematística, el rol dominante del hombre en el hogar, etc. Simplemente, atendió al asunto sin apriorismos de ningún tipo, con un realismo atroz.

Si ella quería y él quería, el problema no estaba ahí. No estaba ahí, por mucho que se empeñen los curatos y los intelectuales. La cuestión era saber si Chamorro podría hacer las dos cosas. Y hacerlas como es debido: bien.

Van Gogh sostuvo una vez que “si se es pintor, no se puede ser otra cosa”, y Basilio estima lo mismo en relación con la ganadería. Por eso alertó, con buen juicio, a Chamorro. Y yo pienso lo mismo que Van Gogh, lo mismo que Basilio, en lo referente a la escritura: “Si se es escritor, no se puede ser otra cosa”. No se puede escribir bien con un negocio fijo entre las cejas. Escribir, como pintar, como conducir ganados, es una forma de vida, y no sólo una ocupación. Si la escritura no gobierna enteramente la vida del autor, los frutos de su trabajo sólo valdrán para el mercado. Detrás de cada “escritor a tiempo parcial”, como se dice hoy (profesor-escritor, médico-escritor, juez-escritor,...), siempre veo la puta exuberante de su oficio envenenándole de gusto el cuerpo, desbordándole de oro los bolsillos, llenándole de gente la puerta de su casa, y abocándole a una literatura de mercado fofa como las grasas que degradan su figura y boba como la mitad de sus amigos. Dejando a un lado toda abstracción del debate de la escritura, dejando a un lado por una vez la reserva política que provoca una doble ocupación legitimadora (servir a la opresión estatal de dos formas, en dos lugares), dejando a un lado la cuestión de la autonomía y de la libertad del creador, el problema de la relación de la obra con los poderes y con las mercancías, las consecuencias de la definición social del escritor, etc., aún puedo hacer mía la óptica terriblemente concreta de Basilio, perfectamente desesperada en su renuncia a la idealización, renuncia a anegar un motivo de reflexión en pantanos de esperanza política, estética o religiosa, y sostener que la escritura de un profesional de otra cosa invita al vómito. Ese hombre se realiza mejor sin salir de su puesto en el burdel de los empleos. La meretriz imponente de su oficio debería bastarle. “O se está en una cosa, o se está en otra”.

Por Fin Haber Hallado El Camino Hacia No Sabría Decir Dónde

Lo que de ningún modo puedo negar es que las riendas de mi vida han estado siempre en manos de la escritura. Para una escritura tormentosa de la aflicción que sabe esconder su origen y de la angustia exquisita fui enseñante. *Un trozo de hueco* y *Nada que salvar*, libros que debían ser escritos, me hicieron funcionario, consciencia desgarrada de opresor. Antes, había sido imbécil, con una tesis doctoral titulada *La Policía de la Historia Científica...* La escritura me sublevó más tarde, ávida de un suicidio no sólo simbólico, contra mí mismo y mi entorno: *El Irresponsable*, texto terrible, descorazonador, estuvo a punto de volverme loco para que pudiera escribirlo. Harto de protagonizar una lucha encarnizada no sé si contra algún enemigo, pero consciente del oprobio de mi función, debiendo huir, sentí entonces que los vendavales de la escritura me empujaban y que había otra obra trabajándome desde la sombra para poder nacer. Era *El espíritu de la fuga*, que me convirtió en prófugo de todo lo que había conquistado, fugitivo de mi propia identidad.. “Los mundos convulsos, el pensamiento errante, la vida irregular”: así hizo aquella novela que hablara mi deseo. Yo obedecí. Cuando la literatura se cansó de que su hombre se deshiciera una y mil veces ante el espejo de las palabras, concedióle una tregua, teñida de derrota, de frustración y de deriva. *Lo indecible de las ruinas* y *Misivas del abandono* fueron su instrumento. Reverdeció por un instante, en medio de aquel desasosiego, la vieja pasión del combate; y un discurso nostálgico, despreciador de toda pasividad, haciendo que restañara la herida de mi desánimo, escribió por mí *El husmo*. Callé por un tiempo, perdí toda esperanza, creí por fin haber hallado el camino hacia no sabría decir dónde, y las palabras que desde siempre aguardaban su cita con mi pluma se desbordaron en este *Desesperar*, sin que pudiera oponer la menor resistencia. Así que yo, odiador de la escritura, enemigo acérrimo de todo lo que se puede hacer con las palabras, me reconozco constituido por ellas, excrecencia de lo que detesto, hijo pródigo -quisiera que parricida- de una pasión literaria vil, consuntiva, usurpadora de la verdadera existencia... Aparte de escribir, sólo he hecho lo que para escribir debía. Triste marioneta. Sucedáneo de hombre. El esclavo de las palabras.

No debo tener mucho que decir, ya que insisto una y otra vez en los mismos temas. Y acabo, al final, escribiendo lo mismo. La escritura desesperada se caracteriza por una absoluta pérdida de fe en sí misma. En este sentido, y por oposición a la escritura dominante -discurso satisfecho de sí, pagado de sí, inebriado de amor propio-, puede concebirse como *no-escritura*. Ya no se presenta como llave de la verdad, ventana abierta a lo desconocido, a lo misterioso, instancia de revelación de la esencia de las cosas y de los hombres, exploradora, inquisitiva, indagante, luz que se arroja sobre alguna penumbra, sobre alguna oscuridad, mirada que escruta, que investiga, que descubre; tampoco sitúa a su autor en un pedestal de talento, en una tarima del saber, en una cumbre de inteligencia o, al menos, de imaginación, administrador de la belleza, artífice del deleite de la lectura, encantador de serpientes, brujo, hechicero, mago, narciso pedantorro. Desublimada, la escritura ya no espera nada de sí misma, y no tiene por qué hablar bien de su forjador. El escritor desesperado, consciente de su patetismo, de su flojera, hace lo que puede con los medios de que dispone, y no pretende grandes cosas. Nada tiene que enseñar a nadie, nada que hacer por nadie. Ni alumbrar verdades, ni reparte placeres. Tampoco se ama a sí mismo a través del supuesto valor de lo que escribe. De hecho, la cuestión del valor le interesa aún menos que las expectativas penosas de los lectores. Escribe por debilidad, por flaqueza, por no ser capaz de callar, acaso por alguna tara, alguna grave deficiencia de su carácter, por enfermedad, por propia miseria espiritual, por no tener nada mejor ni peor que hacer, por vicio, por estupidez, por cobardía. Y su escritura, que cuenta muy poco para él mismo, nada debe valer para el lector.

Como una piedra arrojada por una mano cualquiera, ahí están mis obras, perfectamente inútiles. Como un hombrecillo que trabaja para alimentar a su familia, y un día morirá y se acabará el hombrecillo, aunque no el trabajo ni la familia, aquí estoy yo, absolutamente irrelevante. Desesperado y feliz, sin nada que aportar a nadie, como Basilio en medio del monte contemplando sus ovejas, irrelevante e inútil, seguro de que no está en mi poder hacerlos daño, a salvo de influir sobre lectores aún más débiles que yo, incapaz de convencerlos de nada, inservible, accidental como la circunstancia de haber nacido, vacío, ligero, hueco, hoja que arrastra el viento, con muy pocas mentiras a las que aferrarme, viviendo por instinto como los animales, hostil, odiador, enemigo.

El Representante De La Casa De Piensos Compuestos

El representante de una casa de piensos compuestos visitó en cierta ocasión a mi amigo Basilio. Interesado en “ganárselo” como cliente, se atrevió a irrumpir en su choza. Dicen que salió al instante, con cualquier excusa, y vomitó a un par de metros de la fachada... Lo que este hombre vio en la chabola, y sus delicados intestinos no pudieron soportar, se ha convertido en un cliché que todo el mundo evoca cuando se habla de Basilio. No cabe dudar de la veracidad del relato, pues yo mismo he contemplado -a través del vano que, entreabierta, deja su puerta por las noches- escenas semejantes. Sólo que yo no vomito por ello. A mí lo que me revolvería el estómago sería la visión del representante de la casa comercial, con su estúpida sonrisa de cazador que avizora un pieza cosida a sueldo en los labios y esa corbata de ahorcar el propio sentido estético pendiendo del cuello como un babero. Cuentan que cuando este fantochito entró en la choza, Basilio estaba a medio cenar. Una oveja recién desollada colgaba de un clavo en un extremo de la chimenea. Aún sangraba, por la boca. Basilio tenía sobre un cartón, a falta de plato, encima del poyo de sacrificar que hacía de mesa, un pedazo de carne asado directamente al fuego, con cenizas incrustadas. A su lado, los perros devoraban las entrañas del animal, con predilección por unos hígados verdosos y llenos de piedras. Molesto, el zumbido de las moscas acompañaba el jadeo de los canes, en una atmósfera saturada por la peste de las vísceras reventadas y el olor a lana y estiércol de todos los pastores de la zona. Como el suelo de la casa de Basilio sigue siendo de tierra, y ese día había llovido, el representante sintió además cómo se enfangaban sus zapatos, salpicados de barro y sangre y encolados de paja húmeda. Basilio escuchó lo que aquel hombre tenía que decirle, sin interrumpir por ello su cena. Comía con las manos, mordiendo un poco salvajemente. Cuando el representante terminó de revelar, esta vez improvisando un resumen, sus consabidas intenciones, inminente ya la vomitera, Basilio le respondió, con la boca llena de carnuza ensalivada, que a sus ovejas no se les echaba “mierda de ésa, hecha a base de química y Dios sabe qué”. El hombre de la sonrisa fósil y de la corbata ritual, más que marcharse, huyó de la cabaña... Dejó a un par de pasos de la puerta un vómito de martini con aceitunas. Más tarde, los perros de Basilio degustarían medio incrédulos, y a modo de inesperado postre, un tan mundano aperitivo...

El marco de la escena resulta fácil de imaginar. Arrediladas las ovejas, mi amigo se vio en la necesidad de “arreglar” para su consumo un ejemplar enfermo, ardua tarea en la que se demoraría un buen rato. Por lo avanzado de la hora, mermadas sus fuerzas después de una jornada particularmente larga, debió sentir contumaz el agujijón del hambre. El representante esperó a que anoheciera para efectuar su visita, sabedor de que los pastores encierran tarde el ganado. En casa de Jacinta, que funciona como bar, se tomó el martini y las aceitunas, haciendo tiempo. Basilio detesta los piensos compuestos. Y no suele fiarse de los vendedores, sobre todo si se le presentan risueños y encorbatados. Por añadidura, no acostumbra a recibir a nadie con la carne caliente encima de la mesa. Habla poco: lo justo. Y va al grano.

Yo no descubro nada extraordinario en el comportamiento de Basilio aquella noche. Y no hallo justificación para que el incidente se rememore con un morbo especial cada vez que se desea denigrar a su protagonista. Como todos los ganaderos, Basilio sacrifica para su alimentación los animales que dejan de ser productivos, ya por vejez, ya por afección. Siempre como junto a sus compañeros, los perros, lo mismo en el campo que en la casa. Poco amigo de los guisos, cocina al fuego de la chimenea. Al igual que en la

sierra, asa la carne sobre las cenizas, directamente. Si no usa cubiertos en la montaña, ¿por qué habría de hacerlo en otra parte? Dispone de mejores herramientas: las manos y un cuchillo al cinto. No le gusta que se enfríen las viandas, y no tiene reparo en hablar con la boca llena. De la limpieza de su vivienda y de lo higiénico de sus hábitos sólo debe responder ante su propia salud. Y así como otros pueden permitirse no limpiar porque pagan a una sirvienta por ese menester, Basilio se complace en no hacerlo porque la suciedad no le afecta. No enferma por el barro; no enferma por la sangre, la paja, las vísceras, los perros, las pulgas, el estiércol; no enferma por tragar ceniza, por respirar amoníaco, por desollar animales muertos. Por tanto, vive en las condiciones higiénicas y sanitarias suficientes para preservar su salud. ¿Dónde está el problema?

Tampoco vislumbro qué es lo que escandalizó al representante, acostumbrado a cenar, muy probablemente, con el televisor en marcha, viendo los espacios informativos, con sus imágenes de hombres muertos por la locura de otros hombres, asesinados en realidad por la “lógica” de la economía; niños hambrientos, con sus vientres horriblemente hinchados, por culpa de cómo se organizan y explotan los adultos; epidemias que deforman los órganos hasta hacerlos irreconocibles, y que se ceban en esos países del Sur que sostienen el bienestar del Norte, incluido su propio acomodo de agente comercial; crímenes de arma blanca, violaciones de menores, bebés torturados por sus padres, parricidios...; monstruosidades, todas, dictadas por la “necesidad” o por un extravío homicida que forma parte de la racionalidad de este mundo. No entiendo qué impresionó tanto al fantochito, cómplice, partícipe y beneficiario del horror del planeta; quien, posiblemente, y para más inri, habrá regalado a su mujer, alguna vez, la piel de un animal magnífico, repugnantemente desollado; que comerá cordero, con sus amigos, sin reparar en la violencia carnícora, en la crueldad metódica y desavisada, que sus preferencias gastronómicas exigen de tipos como Basilio, condición sanguinaria de su deleite; olerá a orín de gato, fijador de sus perfumes; y tendrá en su hogar el grado de limpieza adecuado para que no peligre su salud, como la mayor parte de los pastores. No debería desagradarle ver a un hombre comer con las manos si, como intuyo, gusta de “mojar” en sus caldos y sigue la costumbre mediterránea de la ensalada común, en la que todos los comensales “enjuagan” sus tenedores, recién salidos de sus bocas, jóvenes o viejas, limpias o sucias, con caries o no, malolientes de tabaco o apenas sí desocupadas de una felación...

Me temo, incluso, que lo que el representante no pudo soportar de Basilio fue más bien su naturalidad y su franqueza; su ausencia radical de afeitado, pose, disfraz, de todo eso que se denomina “buena educación”; lo espontáneo de sus modales; la falta de artificio en que vive; su gusto por lo primario, lo sencillo, lo elemental; su forma de ser hombre al desnudo, sólo-hombre, *el animal que llamamos “hombre”*. No soportó que Basilio comiera con las manos, el instrumento más precioso de que disponemos, ya que él habrá malgastado el tiempo, despilfarrando energías, en aprender a comer incómodamente, con la prótesis de los cubiertos; no soportó que mi amigo mordiera con fuerza, clavando sus afilados dientes en la carne, porque él tendrá la dentadura perdida, floja de empastes y postizos; no soportó que el pastor continuara cenando en su presencia, con fruición y para que no se le enfriara el asado, porque él habrá descabado muchas comidas atendiendo “educadamente” a esos amigos que llegan a deshoras; no soportó aprehender de un vistazo todo el proceso de la carne desangrada, separada de la piel, troceada y cocinada, al que siempre cerró los ojos a pesar de su condición carnívora, por la refinada mojigatería de su sensibilidad. Habitado a pagar por la adquisición de pestes que se venden como perfumes, a respirar en el parque los gases de la ciudad como si inhalara saludable aire puro, a consumir basura en lata, en bolsa, alimentos tratados, congelados, kilos de conservantes, saborizantes,

estabilizantes, etc., creyendo cuidar así su dieta, no soportó el olor de lo orgánico, olor natural, biológico, el aroma de la carne fresca, todavía secándose, y la visión sin tapujos de un manjar en su cruda obscenidad. No soportó toparse con un hombre de criterio sólido, difícil de embaucar, sincero hasta la atrocidad, él, veleta de las ideas, esclavo de las modas, fascinable, hipócrita de afición y de oficio. No soportó toparse con un compendio de verdadera humanidad, ser inmune a la engañifa, felizmente desesperado.

Uno de los rasgos definitorios de lo que se ha dado en llamar “Civilización Occidental” estriba en su pretensión de aniquilar toda *diferencia*. Cultura soberbia, arrogante, solipsista, nunca ha tolerado la cercanía de lo distinto, nunca ha perseguido la convivencia con lo extraño. Su terrible pasión homogeneizadora se proyecta hacia el exterior bajo la forma del genocidio y del imperialismo cultural. Pero también se desboca hacia el interior, segregando o enclaustrando al portador de la diferencia existencial. En ambos casos, usa como policía y verdugo a su Razón, situándola fuera del tiempo, al margen de la historia, por encima de las diferentes formaciones sociales y culturales. Las relaciones de Occidente con el mundo musulmán ilustran ese complejo de superioridad, ese fanatismo ideológico, ese dogmatismo criminal en el que se disuelve toda posibilidad de una comprensión de Lo Otro, toda eventualidad de un acercamiento respetuoso a Lo Diferente. Hacia el interior, el ámbito cartesiano del manicomio y el dominio etéreo de la esquizofrenia recogen a las víctimas de la “normalización”, seres supuestamente privados de razón por inasimilables, enfermos por diferentes. Es tal su odio hacia la alteridad, su manía igualadora, que, en nombre de esa uniformidad absoluta de la subjetividad y de los comportamientos (objetivo histórico de la Razón moderna), nuestra Civilización se hace profundamente hostil a toda idea de tolerancia. Comprensión, coexistencia y tolerancia son conceptos que sólo puede esgrimir demagógicamente. Lo suyo es ignorar, imponer, exterminar. El representante de la casa de piensos compuestos encarna de algún modo esa inflexibilidad y ese ensimismamiento de nuestra cultura. Hombre “razonable”, jamás comprenderá a Basilio; engreído, se burlará de él; peligroso, cerraría filas por un mundo en el que ya no quedarán seres así. Basilio, por su parte, aparece hoy como un hombre marginal, con cierto aspecto de residuo, aferrado a una “diferencia” demasiado poderosa, a una idiosincrasia resplandeciente, altiva, inquietante. Miembro de la misma civilización que el representante, las circunstancias de su vida y alguna oscura determinación de su carácter lo han hecho menos permeable a la cháchara racionalista de nuestro tiempo. Como no se expuso al trabajo homologador de los aparatos del Estado, a la eficacia socializadora de las instituciones y de los medios de comunicación, mantuvo hasta el final a salvo un rescoldo de ese “animal sencillo” que somos al nacer. Dotado de una inteligencia inaprehensible, jamás se entregó al juego proselitista de las ideologías. A su lado, el representante comercial, “hombre culto” (embutido de modernidad, calado hasta los huesos de educación), “hombre económico” (ávido de poseer), “hombre político” (dominable), “hombre civilizado” (gris, anodino, hecho en serie, imitador imitable), se nos antoja, simplemente, una caricatura de ser humano, engendro de la intransigencia, represor reprimido, fantochito. Porque somos como él, nos reímos de Basilio. Vomitaríamos a la puerta de su casa.

También aquí se hace patente nuestra embriaguez de esperanza. Productos de nuestra cultura, encarnaciones de la civilización dominante en el planeta, hemos depositado en ella la esperanza que nuestro estrecho horizonte existencial no admite. Esperamos de la Razón la forja de un mundo pacífico, sin darnos cuenta de que el mundo de la Razón es éste, el de hoy mismo, violento, sanguinario, cruel. Esperamos de nuestra Ciencia la difusión en la Tierra del conocimiento e incluso del bienestar, sin querer admitir la barbarie intrínseca de nuestro saber y el fondo de penuria ajena, de explotación del más débil y miseria de la mayoría, sobre el que descansa nuestro acomodo. Esperamos que algún día todos sean como nosotros, porque así ya nadie podrá señalarnos como los

peores de entre los hombres, sanguijuelas desangrando al resto de la especie humana, Norte rapaz. Formando todos parte de lo “indistinto”, universalizada nuestra iniquidad, nada quedará por fin de la debilísima, si bien enojosa, consciencia occidental de culpa.

Por el terror que sentimos ante la mera insinuación de que estamos equivocado y es preciso “cambiar”, esperamos que cambien los demás y dejamos que nuestros sabios y educadores imputen siempre el error al otro. Para no sospecharnos parásitos, usurpadores, criminales; para no reconocernos vacíos, desalmados; para romper todos los espejos en que nuestra procacidad aún pudiera reflejarse, mitificamos nuestra Civilización, le asignamos un destino planetario y la embadurnamos de esperanza. Ya que no cabe esperar nada de nosotros, de cada uno de nosotros, como individuos, lo esperamos todo de nuestra Razón, de nuestra Cultura, de todos nosotros juntos en la misma lata de mentiras. Incrédulo y desesperado, Basilio mira hacia otra parte. Hombre de la esperanza prostituta, el representante se mofa de él... Más fuerte que el fantochito, nuestro campesino pudo soportar la cercanía de tanta estupidez, tanto teatro, tanta falsedad, y seguir cenando. El fantasma de la corbata vomitó por otear la inteligencia primitiva, la realidad que acusa, el desenmascaramiento silencioso.

Mi hermano perdió la esperanza en los estudios, y dejó de acudir al Instituto. Hasta ese día había sido un alumno “ejemplar”. Perdió la esperanza en el trabajo, y dejó de buscar patrones. Hasta entonces, trabajaba duro para ayudar en casa. Perdió la esperanza en la masculinidad, y se declaró bisexual. Siempre se lo habían disputado las chicas. Perdió la esperanza en la familia, y dejó de ser el “buen hijo” de antaño. Perdió la esperanza en el dinero, y empezó a hacerse la ropa con sus propias manos, a vivir con menos que poco. Siempre se había dicho de él, hasta ese instante, que sabía ahorrar y sabía gastar. Perdió la esperanza en la moda, en los aspecto aceptables, y se cortó el pelo al cero, pintándose la cabeza de tres colores. Nada quedó de su inveterada elegancia. Perdió la esperanza en la amistad, y se encerró en su habitación para dibujar y escribir canciones sin destino. La multitud de sus amigos jugó a alarmarse y a querer “socorrerle”. Perdió la esperanza en mí, a quien desde niño había procurado imitar, y me definió mejor que nadie en el mundo: “Eres el hombre de la cuadrícula interior”. Perdió la esperanza en la Razón, y fue sincero, franco, fresco, espontáneo. Se dijo que lo que había perdido era la Razón misma. Sin perder las esperanzas, mis padres lo internaron en un centro psiquiátrico el día de Navidad... Roto, deshecho, quebrado, se esconde hoy en su cuarto con el aspecto de antes de la desesperación.

Desesperar aboca a la diferencia; y ante ella nuestra Cultura afila de inmediato la navaja. En este mundo marginal de la alta montaña, donde las singularidades ni entusiasman ni enojan, Basilio aún puede defenderse. Mi hermano, muy cerca del ojo del huracán de nuestra civilización, sucumbió. Desesperar no sólo es difícil: arrostra a su vez un peligro inmenso.

Estar Muy Cerca De La Violencia

Yo, que soy un hombre pacífico, siento por los fantochitos algo que me acerca mucho a la violencia. Lo siento por la mayor parte de vosotros. ¡Qué cerca estoy de la violencia! Veo un fantoche en cada hombre moderno. En casi todos vosotros, y no en Basilio.

83.
No Seré Casi Nada

Las cosas que hice a lo largo de mi vida, y que no hubiera debido hacer, las hice porque estaba henchido de esperanza. Todo aquello que fui, y que no debiera haber sido, lo fui a empetones de la esperanza. Desesperado, haré muy poco; no seré casi nada.

El Trabajo Embrutece

La identidad social, esa reducción de un hombre a la condición de instrumento, de herramienta, un tan lamentable prendimiento por un oficio, casi una clausura, subsunción de la multiplicidad de un ser en las arenas movedizas del empleo, de la categoría sociolaboral, toda esa mutilación del hombre y de sus posibilidades (particularmente, de la posibilidad de no-ser-nada, sólo hombre), no resulta ni siquiera pensable fuera del ámbito de la esperanza. En la medida en que un hombre deposita su esperanza en una profesión, en un trabajo, la deposita en sí mismo e incluso en la humanidad toda. Esperanza de contribuir a la salud universal, siendo un médico excelente: lo que espero de mí, de mi ciencia, del día de mañana en este mundo. Esperanza de colaborar en la difusión de la cultura, en la divulgación del saber, hasta que el error y la superstición dejen de lastrar el progreso en la Tierra, siendo un buen maestro. Esperanza de un Reino planetario de la Justicia, empezando por entronizarla en mi despacho de juez. Defender la conservación de la naturaleza, yo forestal. Ser buen profesional de lo mío, la mecánica, y esperar que todos sean buenos en su oficio, por el bien de la comunidad entera. Hacer el mejor pan, yo panadero, y que otros construyan puentes impecables, publiquen libros fascinadores, defiendan celosamente el Orden, gobiernen con clarividencia y magnanimidad,... para que la vida sea más cómoda, más grata la existencia, palpable el bienestar. Esta ideología de la profesionalidad, hundiendo sus raíces en las esperanza (esperanza, en definitiva, de que, siendo la sociedad una máquina, ésta funcione bien), concibe al hombre como mero soporte de una práctica, lo encadena, lo diseca, lo succiona.

Como el resto de los animales, el hombre es sólo un ser que vive; y no el embrión de un pescador, de un policía, de un magistrado. Proclamar que yo no quiero ser nada equivale a decir que puedo hacer muchísimas cosas, pero que nunca seré meramente un desprendimiento de eso que hago. Entre lo que hago (lo que puedo hacer) y el enigma de lo que soy se abre un abismo infranqueable... Alienante, el trabajo nos cosifica. El empleo embrutece. Ponzoña de los oficios. Quien aduce que trabaja para poder comer da demasiada importancia a la dimensión nutricional de la existencia; y quizás nunca haya intentado en serio vivir sin trabajar. Abundan los hombres que, sin saber lo que es un empleo, encuentran de un modo o de otro la forma de alimentarse todos los días. Queda siempre el robo. Queda la mendicidad. Cabe vagabundear. Menos arriesgado, hay quienes viven de paso; de paso por las tierras, por los oficios, por los corazones. Acordémonos de Bukowski. Otros, como Basilio, hacen las cosas, lo que se supone su trabajo, por el mero placer de hacerlas, sin esperar mucho de ellas y aún menos de sí mismos.

Quien diga que Basilio *es* un pastor, se equivoca... Igual que conduce un hato, sacrifica un animal, prepara unas canales, embute, ahuma fiambres, cura jamones, poda, hierra, castra, descuerna, curte pieles, confecciona un zurrón, diseca cabezas, levanta una casa de mampuesto, arregla hornos y chimeneas, construye terrazas de piedra en las faldas de la montaña, limpia acequias, excava pozos, sanea vigas, fabrica una mesa, una puerta, una cuna, cocina, hace pan, tortas, magdalenas, buñuelos, trabaja el barro, pinta, doma un potro, arregla huesos quebrados, esquila, carda la lana, teje, vende huevos, miel, cortinillas de junco, badajos, jabón casero, botas para el vino, toneles de carrasca, ayuda el parto, corta el pelo, afeita a navaja, inventa cepos para zorros, nidos de madera para pájaros, colmenas de corcho, destila licores, recolecta frutos silvestres, cultiva un huerto, trenza mimbres y espartos, investiga la vida de los animales, entierra a los

muertos de la aldea, llena una despensa de conservas, surte al vecindario de esteras, cestos, sandalias, quesos, cuajadas, cecinas, persigue al rastro, explica los hábitos del jabalí, la liebre, la perdiz, la víbora, el águila, el ciervo, la jineta, el buitre... Basilio no es un pastor como otros *son* sastres, buhoneros, abogados o cineastas. Basilio es un superviviente, un hombre autónomo en estos parajes, como un animal perfectamente adaptado a su territorio. Si tiene algún oficio, ése es *la vida aquí*. Pudiéndose llamar “ganadero”, o “agricultor”, o “artesano”, o “constructor”, etc., se llama “Basilio” a secas. Trabaja por el gusto de trabajar, y ya no impelido por la necesidad. Nada espera de su esfuerzo, a nada pretende contribuir. Las cosas que hace son formas diversas de llenar el hueco del tiempo. Desesperado, escapa de la mutilación del empleo. Autónomo, trabaja en lo suyo. Libre, si quisiera dejaría de hacerlo. Inteligente, nada le ilusiona.

El Fantasma De La Identidad

Aparte de robar, dejarme la piel jornalera en los bancales, dar clases, publicar artículos, practicar el contrabando, presumir de “solidario” en Centroamérica, escribir cosas como éstas y llevar un hato de cabras, ya no he hecho mucho más en la vida... Habiendo ejercido de ladrón, asalariado, profesor, articulista, mafioso, cooperante, escritor y cabrero, no fui nada de eso. En parte, porque todo lo hacía mal, y lo hacía sólo por hacerlo. Y en parte porque el fantasma de mi identidad no responde al nombre de un oficio. Tan desesperado como Basilio, a este respecto, del mismo modo que *no* escribo, *no* trabajo.

Cargar De Cultura El Arma De Nuestra Vanidad

Basilio no cree en la Enseñanza. En su opinión, sólo hay una maestra que no miente: la vida misma, la tierra, los trabajos, lo que se oye decir a los demás... Conoció a un profesor desocupado que tenía mucho más que aprender que todo lo que él pudiera enseñar. “No sabía ni hacerse un guiso, confundía el nombre de los árboles, de las aves, de las labores,... Era como si no tuviera manos, como si no le hubieran enseñado a hacer cosas con ellas, a trabajar, a nada importante”. Un vecino suyo estudió, luego se metió en guerras y al final murió en la cárcel. “Quería decirnos lo que teníamos que hacer. Menos mal que no le seguimos la corriente: estaríamos muertos”. Ha oído que tampoco los estudiantes encuentran más tarde empleo, y por eso se pregunta: “¿Para qué los tendrán entonces tantas horas encerrados, *para qué tanto corral?*” Responde, a su manera, con otra pregunta: “¿No será para atarlos mejor, para hacerlos tan inútiles como el maestro que conocí y tan infelices como el vecino que murió preso por estudiar demasiado y atenerse a lo que los libros decían? ¿No será para acostumbrarlos a levantar el carro de una manera y no de otra, como interese a quienes mandan en las escuelas?”. Yo le doy la razón: en efecto, a la juventud se la obliga a estudiar para controlarla mejor; para sujetarla; para hundirla un poco más en este pozo de estupidez, desdicha y servidumbre que es el mundo de los mayores, la vida adulta. Y la juventud cae en la trampa ciega de esperanza: esperanza de conseguir un trabajo cómodo, disputándose, cuchillo entre los dientes, a todos los demás; esperanza de dominar un área de conocimiento y, a su través, dominar a un círculo de personas; esperanza, para los más ambiciosos, de cargar de cultura el arma de su vanidad y capacitarse así para persuadir al común de las gentes, arrastrando tras alguna interesada quimera, si hay fortuna, a un hatajillo de crédulos.

“Leer no sólo corrompe el escribir, también degrada el pensar”, anotó Nietzsche. El estudiante, máquina de leer y de repetir, adiestrado en la obediencia, desaprende en la escuela a pensar. Sobre la pizarra borrada de su carácter, escriben los funcionarios del consenso discursos de sumisión y adaptación. A través de su cerebro, el poder pensará, el capital hará negocios, la Razón matará. Se estudia como se deja uno explotar, como se funda una familia, como se acepta el engaño político..., sólo por esperanza. Esperanza de cosas turbias, sucia esperanza. Desesperados, Basilio, mi hermano y yo detestamos la educación. El pastor no fue a la escuela, mi hermano escapó de ella por la puerta de atrás de la locura, y yo intimé lo justo con el monstruo para escupirle por sorpresa en la frente y echar a correr hacia ninguna parte.

Miseria De La “Vida Intensa”

Cuando los días se suceden iguales los unos a los otros, como calcados, sin nada que reseñar de sus horas salvo que ya han pasado, cuando la vida se compone meramente de un sinfín de jornadas idénticas, siempre en torno a lo mismo, siempre haciendo lo mismo, cabe preguntarse entonces si se habrá errado el camino, si se estará desperdiciando la existencia, dando la espalda a la posibilidad de una vida diferente, martilleada por la novedad, sorpresiva, imprevisible, *en la que cada día podría llevar nombre propio y no se conocería más rutina que el despertar por las mañanas*; cabe preguntarse si será un problema nuestro, de cobardía, incompetencia o raquitismo de la imaginación, lo que determina esa falta de sustancia, de inquietud, de “viveza”, de nuestra existencia, o si, por el contrario, la vida misma será así de sencilla, monótona, tediosa y maquínica, así de ayuna de color, insípida, y no tenemos más remedio que adaptarnos, tomarla o dejarla; cabe interrogarse acerca de *dónde* está el vacío, el hueco, eso que un escritor de nuestro tiempo ha llamado “levedad”, *dónde* la entraña de lo anodino, el imperio del gris, la esencia del “ya no hay más”, si en la forma de ser de la vida o en la manera que tiene el hombre de vivirla, si en la existencia misma o lamentablemente en nosotros.

La respuesta que doy ahora no la hubiera hecho mía años atrás, cuando la épica enturbiaba mi percepción de la realidad. Y no la darán quienes todavía se consuman en el teatro vanilocuente de la “vida intensa”. La vida es este sinsabor, así de poco pesa, lívida, lisa, descolorida, irrelevante; la repetición devoradora, la ingravidez inconsolable, la ausencia de poesía, el hastío que no cesa, forman parte de la existencia misma. Un hombre puede engañarse, recubriendo su existencia con un barniz de aventura, de irregularidad, de frenesí y melodrama, acaso de pulsión heroica, pero a poco que se arañe la superficie de sus días enseguida se descubrirá el suelo de rutina y tedio, de falta de sustancia y de “¿esto es todo?”, sobre el que descansa su aspaentoso y gesticulante devenir. *Risa nerviosa e inmotivada, esplendor de domingo por la mañana, trajín de patio de recreo, la “vida intensa” hiede a impostura y señuelo*. Se puede correr tras las mujeres lo mismo que si se huyera de la vejez y de la muerte, saltar de hombre en hombre como de hombre en mujer o de anciana en niño, jugando al desgarramiento pasional y a la incontinenencia lúbrica; puede uno drogarse, afiliarse a lo demoníaco, autodestruirse ante el espejo, puede matar, y, sin embargo, no deja por ello de ser trivial su peripecia, no deja de estar vacía, espectáculo vano, nimiedad, fanfarria. Queda debajo de esa falsa tormenta, de ese inflar los días artificialmente, un mismo hueco irrellenable, un no-color, nada de nada. Tírate a todos los hombres que te de la gana. Siete u ocho cada noche. ¿Y qué es eso? Bébetes todas las botellas del bar; llénate de agujeros los brazos, hasta que parezcan colmenas. ¿Y qué? Deja el trabajo, abandona a la familia, sal del país, rompe con todo. Seguro que volverás a empezar. Estarás donde estabas. ¿Qué has hecho? Mata, mata. ¿Y eso es tanto, carnicero?

Al final, todo se resume en lo más simple: se duerme por las noches, se come cada cierto tiempo, se va de un lado para otro, algo se hace o no, y pasan los años, se vive una vida. Así de sencilla es la existencia de los animales; y el hombre, aunque se nos antoje el peor de todos, no tiene por qué constituir una excepción. Así vive mi perro. Así son estas cabras, que, aparte de comer, dormir y procrear, se enfrentan con saña, a veces matándose, enloquecen temporalmente de celo, copulan entonces sin descanso, disfrutan desobedeciéndome, se rebelan, rompen todo lo que encuentran..., y no pretenden que por ello merezca el nombre de “intensa” esa vida suya tan apasionada..

Así somos. Así vive Basilio, cada día a la cabeza del hato, cada noche regresando sobre su mulo, solo, sin otra cosa en el horizonte de su deseo, sin pedirle más a la existencia, incapaz de engañarse a ese respecto. Y así vive todo el mundo, cada día al pie de la fábrica o del terruño, cada noche persiguiendo el sueño o convidando al placer; a veces, lo mismo de noche que de día, buscando esquinas donde sacar la navaja, clavándose agujas en la vena de la frustración, o apaleando sin piedad a la esposa que se pasó de sal en la comida... Así vive el hombre, de paz o de guerra, sólo que mintiéndose, poblando su cabeza de fantasmas, aspirando a exprimir de algún modo esta fruta seca de la vida, que nunca dio jugo, exigiéndole a la existencia un vago “algo más”, no sé qué brillo, una especie de doble fondo, ruido y movimiento, todo lo que no tiene.

La esperanza que ha depositado el hombre en sí mismo y en todo lo que compone su mundo, la esperanza que envuelve al hombre como una segunda piel y que lo lleva a enfrentarse con su propia condición animal, a no reconocer su propio mezcquino ser físico, funda también esa ilusión de una “vida viva”, de una existencia abigarrada, de unos días repletos e irrepetibles, ilusión de que aún resta un infinito por hacer y por vivir a condición de que en verdad se desee y al precio de la intrepidez, de la fantasía, de la inteligencia valerosa y de la imaginación que inventa caminos. Desesperado, el hombre toma la verdadera medida de la vida, y puede entonces, si quiere, atiborrarse de sexo, maltratarse entre risas, irse, herir a los amigos, puede matarse o matar; pero todo ello tranquilamente, sin afectación, consciente de que no hay en su obrar ni rastro de epopeya, no da a sus días un sabor especial, no tienta la intensidad, no acaricia la grandeza -simplemente, “hace eso”.

Desesperado, el hombre no se apena de Basilio; no lo considera insignificante, reo de limitaciones insuperables, malgastador de la existencia. No percibe en sus jornadas “menos vida” que en las de los demás. Ve en el aldeano, simplemente, a otro hombre dedicado a otras cosas. Otras cosas también sin color, sin aureola, sin luz particular. Desesperado, lo mismo da irse que quedarse, estar en un sitio que en otro, cambiar que no cambiar. No dejando lugar a la épica, la vida sin esperanza desmitifica al hombre y lo devuelve a su inocultable elementalidad animal; limpiando de engaños el horizonte de la existencia, ofrece a los ojos del entendimiento descreído la simpleza radical del vivir. A Basilio, todo esto que escribo no le dice nada que no haya sabido desde siempre. “Comparando y no igualando -repite-, el hombre y el animal hacen lo mismo”. Lucidez de la desesperación.

El Trasto De La Desesperación

¿Qué beneficio aporta la desesperación? ¿Dónde está la utilidad de desesperar? ¿De qué sirve vivir sin engaños? Llegados a este punto, no es mucho lo que tengo que decir. *Tampoco cabe esperar nada del desesperar*. La desesperación no es útil, no renta, no ayuda a vivir. No libera. No ilumina. No hace al hombre más hombre. No lo eleva. No desbroza la senda de la felicidad. No conduce a ninguna parte. Igual que se puede vivir toda una vida ebrio de esperanza, se puede vivir desesperado. La desesperación simplemente *acontece*. Sucede a uno. Es propia de alguien. No es una consigna. No se postula como meta. Ni siquiera resulta defendible. Nada inaugura, nada concluye. Tan solo, puede pasar. Revelar a un hombre lo vano de sus ilusiones, la falacia de su esperanza, el cúmulo de mentiras bajo el que entierra sus días, no equivale a incitarlo a cambiar, a movilizarlo, a pretender hacerlo otro. No es concebible un proselitismo del desesperar, pues todo afán de convencer y empujar a la acción se basa en la esperanza misma. La desesperación no se propone; únicamente, se muestra. Desesperado, Basilio no invita a nadie a seguir su camino. Está ahí, para quien quiera verlo. Ni mejor, ni peor. Ni más dichoso, ni más desgraciado. Ni más cerca de nada, ni más lejos. Ni por encima de nadie, ni por debajo. *En el desván lleno de trastos que es nuestro mundo, hay uno que recibe el nombre de “Desesperación” y que tampoco sabemos para qué sirve*. Desde el principio sostuve el no-valor de esta escritura mía, su riguroso no-servir. Me pregunto si habrá llegado el momento de poner punto y final a este trabajo, ejercicio concienzudo de descreimiento inútil.

Continuemos, un trecho más. Para poder “esperar” algo de la clase trabajadora, se la idealizó hasta extremos de grotesco fideísmo, convirtiendo al obrero en una abstracción, depósito vacío colmado con destilaciones entusiásticas de romanticismo y metafísica. Quienes así procedían, hallábanse asimismo poseídos por la esperanza, y muy pocas veces pertenecían a esa órbita del trabajo físico magnificada como redentora casi profética de la humanidad. Por extraño que parezca, la mitificación de la Clase Trabajadora como Sujeto de la Historia, agente de la Revolución definitiva, verdugo de la necesidad y de la opresión, se sirvió desde el principio de conceptos religiosos, sutilmente desplazados. Había heredado del Cristianismo, al que sólo superficialmente combatía, una misma formulación de la esperanza. Predilectos los miserables, los pobres, los últimos de la fila, tanto del Cristianismo como del Marxismo, en ellos había que depositar toda la fe: estos últimos que serán los primeros, Clase Elegida, Salvadores de una especie humana hundida para unos en el Pecado y para otros en el Error y el Interés, se hallarían, lo sepan o no, en el verdadero camino liberador, generosos, solidarios, incorruptos, bienintencionados. De su mano, por su lucha, el hombre arribaría a un Paraíso que la ideología comunista bajó de los Cielos casi intacto. Los hombres serían allí como ángeles, felices y satisfechos. En la base de esta *esperanza de un Paraíso*, que cuenta ya con su orfebre, se halla siempre la identificación (en el “aquí-y-ahora”) de un Valle de Lágrimas odioso e insoportable, hecho para el Marxismo de fábricas inmundas, patronos despiadados, estómagos vacíos, cerebros confundidos... Si para el Cristianismo eran las tentaciones, el vicio, las seducciones de la carne, la obra de Satanás, lo que alejaba al hombre de Dios y de su salvación; para el Marxismo serían las falsas consciencias, las ideologías, las mistificaciones, la obra de la Burguesía y de su Estado, lo que distraería al obrero de su misión histórica, obstruyendo la progresión hacia ese Reino de la Libertad sito al final de los tiempos. Embotados de esperanza, los sentidos de estos profetas no percibían el mundo tal y como era, no captaban al hombre de carne y hueso, nada atisbaban de una realidad más ramplona, más ligera, más sencilla. Como el obrero que asomaba por las calles cada mañana no coincidía con el diseñado para sostener su esperanza de Otro Mundo, considerábanle mixtificado, manipulado, embrutecido, alienado. Cabía esperarlo todo de él, pero cuando llegara a ser él mismo. Se requería así un trabajo de educación, de casi evangelización, de adoctrinamiento, encargado a una “minoría consciente” detentadora de la Verdad y experta en ‘deshacer’ ideologías, espejismos, patéticas ilusiones, arterias de “Satán-El Capital”. Sindicalistas lo mismo que sacerdotes, dirigentes de partido como jerarcas de la Iglesia, afiliados tal misioneros, simpatizantes-creyentes, se esforzaron entonces en que el Obrero volviera a ser el que de hecho, y a pesar de las apariencias, siempre había sido, y siguiera el camino que no seguía pero que, en el fondo de sí mismo, sabía que debía seguir. En su desnudez, sin mistificaciones, consciente de sí mismo y de cuanto lo erigía en miembro de una clase, el obrero era “bueno” y deseaba Lo Mejor para sí y para los demás. La “bondad”, concepto cristiano, se instalaba de ese modo en el corazón del pensamiento comunista, si bien de forma no-declarada. Y también se enquistaba allí la patraña del “amor”, llamado ahora “solidaridad”. “Amando al prójimo tanto como a sí mismo”, hermano de todos los que, como él, sufrían y eran explotados (es decir, habiendo adquirido “consciencia de clase”), el obrero bondadoso destruiría todo lo que convierte el mundo de los hombres en un Valle de Lágrimas... ¡Menuda embriaguez de esperanza! ¡Qué hartazgo de religiosidad! ¡Vaya un derroche de fe!

Basilio sabe que, mirados de cerca, los obreros ya no son el polo opuesto de los empresarios: el sueño de muchos de ellos radica precisamente en montar un negocio, con empleados bajo sus órdenes. Sabe que, dentro de la esfera reducida de su poder, llegan a ser terribles, tiranos y explotadores -de sus mujeres, de sus hijos, de sus compañeros más débiles. Con sus votos (esto lo ignoraba el pastor, aunque me dice que “puede que sí, qué me sé yo”) los obreros entronizaron el fascismo. Desearon a Hitler como caudillo. Basta con haber sido obrero para reconocer que la subjetividad proletaria no cobija, ni en el corazón ni en el cerebro, el ideal abstruso de la Emancipación; que le es extraña, ajena, odiosa, la ética de la Solidaridad -descubre más bien una amenaza, algo parecido a un enemigo, en las víctimas de la pobreza profunda y de la marginación: gentes del Sur, razas oprimidas, minorías discriminadas,... Basta con haber trabajado entre trabajadores para admitir que éstos no desean destruir el Capitalismo, sino instalarse mejor en su seno, individualmente, luchando sin clemencia unos contra otros. Y saben muy bien lo que quieren, sin necesidad de que nadie se lo diga; sólo que no anhelan nada sublime. No están engañados, mixtificados, alienados: son, simplemente, así. La mixtificación y el engaño residen, por el contrario, en la óptica de quienes los imaginan de otra manera. La esperanza que los atenaza es más concreta, terrenal de lado a lado, y múltiple: poseer más cosas, estar más arriba, llegar más lejos... Ni uno solo de ellos cree de verdad que le incumbe, como miembro de una clase, contribuir a una gigantesca tarea histórica liberadora. No cabe esperar nada de los trabajadores, salvo lo que cada uno de ellos espera de sí mismo. Si la desesperación no lleva a ninguna parte, las esperanzas materiales de los asalariados de este mundo tampoco. Y las esperanzas altruistas de esas minorías inebriadas de idealismo encierran a sus esclarecidos sustentadores en las galeras sin destino de una existencia estrictamente religiosa, monjil o pastoral.

El Valle de Lágrimas no es un valle, sino un desierto. Desierto de arena, polvo que arrastra el viento. Cada día de un hombre está hecho de cientos de paraísos y cientos de infiernos, unos dentro de otros, astillados éstos de aquellos, perdidos todos en la selva de las horas... La mixtificación o no existe, o es total y afecta también al campo del denunciante. La lucha contra la tiranía, contra la explotación, no augura el fin del horror, sino su remodelación, nuevas maneras de atar y usar a los hombres. Y, hoy por hoy, no halla sus agentes mejor armados en el mundo del salario. Podría defender que el Comunismo es preferible al Capitalismo, y que allí donde arraigó dignificó inmediatamente la vida de las poblaciones, pero al precio de apuntar sin demora que se trata también de un sistema opresivo, execrable. ¡Y claro que lo prefiero al Capitalismo! Militaría en todas las insurrecciones sin esperar nada de ninguna. “No simpatizo con la clase trabajadora porque no lucha”: al decir esto me dejo capturar por alguna forma de esperanza, lo sé. Pero no simpatizo con los obreros. De familia trabajadora, los conozco. Habiéndolo sido, los temo. Me dan miedo los obreros, menos que los funcionarios pero casi tanto como sus patronos. Como privilegio, la desesperación absoluta sitúa al hombre fuera del mundo laboral, extirpa el quiste de obrerismo que llevamos dentro. Desesperado, no se trabaja. Hay un deje aristocrático, elitista, en mi escritura; soy consciente de ello. No temo a Basilio, el más noble, verdadero aristócrata. Si un hombre se sitúa al margen del burdel de los empleos y, habiendo escapado del salario, vive sin afectar a los demás, ese hombre es más que un rey, reina sobre sí mismo. Nadie depositará en él la menor esperanza, pues sólo sirve a la causa de su persona -una causa muy sencilla, que todos los reyes envidiarían si no los hubiera coronado la necedad y la violencia: comer, beber, hacer cosas con las manos, fornicar a menudo, no soñar jamás despierto, dormir sin sobresaltos...

Encadenarse A La Lucha Lo Mismo Que A Una Rendición Perpetua

“Retoños de la mentira, los objetos de nuestra esperanza nos esclavizan. Esclavizados, nos incapacitamos para la lucha”. “Sólo le queda al hombre la pequeña libertad de elegir por sí mismo sus cadenas. Puede encadenarse a la lucha lo mismo que a una rendición perpetua, amarrarse a la esperanza como si se condenara a la desesperación”. Entre estos dos enunciados, profundamente contradictorios, se debate hoy mi escritura tanto como mi vida. Lo que pueda ser la libertad, me inquieta. Pienso a veces que se trata sólo de una *sensación*. Y que, atados, podemos sentirnos libres. Eso significaría que nos autoengañamos, y que no hay nada censurable en ello. La sensación de vivir en libertad justificaría la mentira interior de no reconocernos galeotes, prisioneros sometidos a trabajos forzados en un navío sin puerto al que arribar. Pero si disculpo esa engañifa, ¿qué tengo en contra de la esperanza? No admitiéndola, rechazándola como quiere un autoconocimiento temerario, ¿en virtud de qué contrapartida la repudio, en nombre de qué ventaja? ¿Y qué hay de bueno en ser sincero con uno mismo cuando esa franqueza interior no ayuda en absoluto a soportar mejor la existencia? Necesito sentirme libre, consciente de que no lo soy. La mentira de esa sensación, ¿en qué se distingue de la que instituye la esperanza? Y si no es distinta, ¿en razón de qué la tolero cabizbajo, como no hago con la otra? ¿Por qué cultivo una ficción, aunque sea a regañadientes? No puedo responder. Escriba lo que escriba mi mano, y alumbra lo que alumbra mi cerebro, mi organismo en pleno se ha rebelado con estrépito ante el menor ataque a esa sensación de libertad. Si rompía, si emprendía la fuga, era porque algo ponía en peligro dicha sensación. Este trabajo se inició en una de esas coyunturas, cuando mi compañera denigraba mi comportamiento como si, cabría sospechar, anhelara corregirlo. Atentaba así contra la sensación de libertad que me produce actuar desatendiendo los dictados de la lógica, desoyendo el mandato del sentido común. Sensación de libertad que me embarga al incumplir arrogante mis obligaciones y, sobre todo, al manifestar mi torpeza, mi muy emprendedora impericia, ante cualquier empresa vital. Ella tenía razón: yo no hacía nada a derechas, y se diría que por capricho. Me reprochaba además que, seducido por la Desesperación, me internara tan alegremente por una senda “autodestructiva”, abominando de la enseñanza, de la investigación, de la literatura, de mí mismo... Quise dejarla, huir de nuevo, partir. Luego mi cabeza empezó a ejecutar su trabajo, y esta mano mía irresponsable a escribir sus conclusiones, aplastando entre ambas la rebelión del organismo, que ya deseaba acabar con todo. Y no me fui. Permanecía a su lado, al lado del niño, a cargo de la granja. Un montón de palabras, contradictorias como todas las mías, diluyeron la impresión de que se había atentado contra mi libertad; y me permitieron seguir aquí, ni libre ni desesperado. Engañándome. Y sin luchar. Si fuera capaz de pensar, si creyera en el pensamiento, intentaría conciliar de una vez estos tres terribles conceptos, imprescindibles para mí, de la Lucha, la Desesperación y la Libertad. Armonizándolos, por fin tendría un modo propio de ver las cosas, algo que decir sin desdecirme, una teoría, no sé si una forma de vida coherente y defendible. Detestador del pensamiento, acaso porque no adivino en qué consiste, ni cómo se practica, mantengo sueltas las tres ideas, bullendo en mi cabeza, asaetándome el corazón, desgarrándome. Desesperación, Lucha y Libertad. ¡Ojalá hablar de una fuera hablar de las tres, y no pusiera cada una de ellas una bomba de relojería bajo los pies de las otras dos! Basilio no se plantea este problema. Sus sensaciones son más concretas, y no dejan lugar para el autoengaño. “A veces, siento frío; a veces, siento hambre; a veces, estoy cansado... Pero no sé qué es eso

de sentirse libre. Luchar, luchar, sí; uno pelea con los animales”. Blindado contra las palabras (quizás la libertad no sea más que una palabra, al igual que la desesperación o la lucha), Basilio no padece tormentos como los míos. No experimenta la necesidad de situarse en el campo de tiro de un concepto, como nosotros. Yo, que quiero inscribirme en la órbita de la libertad, de la desesperación y de la lucha, que quiero incrustarme en cada uno de esos tres territorios, me desgarró. Basilio, que no busca la sombra de las palabras, vive tranquilo bajo el sol de la desesperación. Desabrigado, lejos del cobijo de los conceptos, cruza el desierto de no esperar nada. De tan callado, por la hondura de su silencio, ni siquiera llega a mentirse. Diría que el habla es un instrumento exclusivo de su cuerpo, de su ser físico, y que usa esa facultad lo mismo que sus ovejas el balar: para comunicar realmente algo, para vivir apegado a la tierra, y para nada más.

Pedro García Olivo
Apartado de correos no. 7, Ademuz-46140, Valencia
pgarciaolivo@hotmail.com
www.pedrogarciaolivoliteratura.com